



Enrique Cerdán Tato

El paseante y otras apariciones

prólogo de José Carlos Rovira

Índice

Breve historia de búsquedas
Un agujero en la luz
Inútil caballo de noche
El palomar
El tiempo fasto
Pequeña crónica
Lucha en el valle
El pellicoco
La raíz
«Tomatoes sport , Ltda. »
Opus número uno
La espera
Caín, de ocho a ocho
Así en la tierra
Informe de urgencia para el señor Malthus

Torre de Babel, octavo izquierda
Me llamo, v. gr. : Heráclito
Historia antigua
Un viaje largo y esperanzador
El lugar más lejano
El paseante

Breve historia de búsquedas

Al iniciar la relectura de los cuentos de Cerdán Tato, me surgió una reflexión motivada por todo un conjunto de recuerdos que pueden, quizá, delimitar el marco social del tipo de escritor y del tipo de literatura, ante el que estamos. Serviría la denominación «de provincias», para testimoniar, al margen de la geografía y el tiempo concretos, una situación que ha sido paradigmática, en la España que conozco. Enrique Cerdán Tato comienza a escribir en y desde la ciudad de Alicante. Por entonces, impartía clases de literatura y trabajaba en los periódicos. Muy pronto, su actividad literaria la complementará con una inquietud cultural y social que lo vincula a un grupo de jóvenes intelectuales. Pero su actividad en tanto en cuanto escritor se verá tamizada por una doble servidumbre -que es, por otra parte, una doble libertad- y que se manifiesta en la progresiva desconfianza que hacia él mostrarán los detentadores del poder cultural próximo -si es que por aquella época hubo algún poder que pueda ser llamado cultural- y también por su alejamiento de los grandes centros editoriales y de la cultura. Estamos en la década de los cincuenta.

Creo que es este el espacio que hace paradigmática la actitud del escritor, en cuanto coincide con la de otros -8- muchos escritores de aquellos años y en parecidas circunstancias. No faltaron reseñas y críticas elogiosas, pero sí faltó la voluntad de poner en un mismo plano de posibilidades la actividad de un autor que, por un lado, se hacía incómodo, y, por otro, se expresaba en ámbitos reducidos y nada propicios.

Pues bien, esa aludida doble servidumbre/libertad condicionaba y, al mismo tiempo, dinamizaba su quehacer literario y humano: hay una búsqueda ávida, un permanente empaparse de cuanto consigue, en una sorpresa continua que tiene sus jalones (que se llaman, por ejemplo, Kafka, Sartre, Camus, Joyce, Pavese, Moravia, Faulkner, Hemingway), dispuestos en un terreno inestable y que paulatinamente moverá, en este y en otros casos, al intelectual a convertirse en militante de la cultura, como consecuencia del continuo choque con una realidad poco o nada asequible, y a convertirse igualmente, y me refiero, en concreto y aquí, a Cerdán Tato, en militante democrático.

Durante la última parte de aquella primera época, Enrique Cerdán Tato se dejó en el tintero siete años sin narrativa, aunque escribió, sin embargo, un importante libro-testimonio, *La Lucha por la democracia en Alicante* (Madrid, Ed. Casa de Campo, 1977). Se dejó también, probablemente, algunas ilusiones.

Pero en 1982, Cerdán Tato reaparece con dos novelas sobre las que ya tuve ocasión de señalar su importancia narrativa¹. Al comentar *Los ahorcados del cuarto manguante* (Barcelona, Laia, 1982) y *El mensajero de los últimos días* (Madrid, Cátedra, 1982), apunté cómo el escritor -tras un largo paréntesis de silencio- había recuperado el pulso estilístico, anunciado en 1975 con *Todos los enanos del mundo* (Madrid, Júcar, reeditada en Barcelona, Laia, 1981). Y lo había recuperado, después de un período durante el cual no había escrito creación -9- por su actividad periodística y política, pero que había sido, sin duda, un tiempo para la reflexión y sedimentación de todas las tensiones de estilo patentes en su producción anterior. Si ya eran ejemplos válidos las novelas *El Tiempo prometido* y *La primera piedra* (Madrid, Alfaguara, 1966), *Cazar ballenas en los charcos bajo la luz cenital* (Madrid, Helios, 1922) o, sobre todo, la ya citada *Todos los enanos del mundo*, es a partir de las últimas obras donde se puede afirmar que el escritor ha llegado rotundamente a la novela, con todas las implicaciones de dominio del lenguaje y de la técnica, y con la capacidad de proponer y asumir un estilo, de desarrollar un interés en el lector, que ese llegar significa.

Pero al lado de sus novelas, tiene Enrique Cerdán Tato una considerable producción de cuentos aparecidos en diferentes revistas («Papeles de Son Armadans», «Cuadernos Hispanoamericanos», «La Estafeta Literaria», etc.), particular y mayoritariamente durante los años cincuenta y sesenta. Sus cuentos y novelas cortas presentan hoy un interés que se concreta, en primer lugar, en el valor autónomo de cada uno, valor destacado por la crítica, desde hace años², y por el hecho de que se encuentran en los orígenes de un escritor que verifica un tránsito desde la narrativa breve, a una producción novelística densa y compleja. Por supuesto, no contrapongo el valor del cuento al de la novela, sino que destaco la condición de un autor que escribe cuentos y plantea, en algunos de -10- ellos, génesis directas de novelas y, en todo caso, pistas seguras de una maduración estilística.

El primer caso, un cuento que genera directamente una novela corta es *Lucha en el valle* que constituyó la base de *El tiempo prometido*, por la que Cerdán Tato obtuvo el premio Guipúzcoa de novela, en 1964. La lectura de los dos materiales demuestra una coherencia entre la estructura breve y su desarrollo, por ampliación del núcleo inicial, en novela.

El segundo caso, mucho más interesante, está en el carácter de núcleos narrativos que la cuentística de Cerdán Tato ofrece y que entraña una investigación de formas que pone en pie el segundo período del escritor. Y así tendríamos en *El paseante*, que cierra esta edición, la clave de algunos aspectos de la escritura desarrollada en *Los ahorcados del cuarto manguante* y *El mensajero de los últimos días*. Porque, efectivamente, la metáfora social de *El paseante* anuncia un estilo posterior en el que el tiempo narrativo, su forma, la recreación documental de episodios (como el atestado en el que se pormenoriza el ritual del paseante), la aparición de imprevistos y rotundos golpes de humor, revelan estructuras que se concretarán ampliamente ya, en las novelas últimas.

A través del ejemplo de *El paseante* observamos también otras características del escritor. Es un cuento que nace del gozo de descubrir y proclamar que las actuaciones gratuitas de cierto individuo, su simple

deambular por una ciudad sin objetivos, examinando edificios antiguos o los propios zapatos o saludando con un «buenas noches, amigo» a los demás, puede conmocionar los cimientos de un orden frenético y lógico de toda una sociedad. El mundo organizado de Cerdán Tato no es el de «1984» de Orwell ni el de «Fahrenheit 451», de Bradbury. El enemigo ahora es el ocio o la actividad gratuita. No puede haber nada más peligroso que un sujeto que camine tan sólo a un kilómetro por hora. Un mariscal valleinclanesco será el encargado de solucionar también esta amenaza. Y hay que hablar, a partir de aquí, de una concepción diferente del realismo. El realismo de Cerdán Tato es metáfora, es humor, es sorpresa, hasta conducirnos -11- al convencimiento de que los paseantes ociosos, efectivamente, podemos llegar a resolvernó en un peligro social.

El tema del realismo nos lleva a una reflexión, de nuevo, sobre el problema que señalábamos al principio del aislamiento de los grandes centros de producción y dirección de la cultura. Aislamiento que conlleva, junto a la desventaja de las resistencias a la lectura, la ventaja de recorrer en soledad el camino que pone en pie la propia obra. Y esto, en ocasiones, esteriliza, pero en otras, densifica. Se trata de un problema de voluntad y conocimiento. Y aquí ha pasado lo segundo, aquí se ha generado un espacio de originalidad que se puede reconocer, por ejemplo, el abordar esta narrativa en relación con las corrientes de la época en la que surge. Si en los años cincuenta se hacía, sobre todo, realismo social, en el ámbito de la nueva literatura, Cerdán Tato, introducido y actuante asimismo en tal dirección, no se define totalmente por ella y resulta atípico, en muchos ejemplos. La preocupación existencial aparece y dura como preocupación central, aunque fundiéndose con vislumbres de sociedad, si bien no es ésta la que entrega la óptica determinante, ni, mucho menos, la óptica exclusiva. El realismo de Cerdán Tato es un conjunto de variantes en la visión del hombre: sus angustias, sus temores, su aventura, su pesadumbre. Sus modelos narrativos se aproximan más a una literatura como la de Martín Santos, en coincidencia en años de elaboración, que a la específica de nuestros narradores sociales.

El tema recurrente de una parte importante de sus cuentos es la situación esencial de desconcierto y búsqueda, en la que se mueven los personajes quienes testimonian, a veces, una inmovilidad aniquiladora en el terreno social, y para los que las posibilidades de salvación están en todo aquello que se dirige hacia alguna parte, aunque se desconozca su destino: trenes como el de «El Pellicoco» («aquellos grandes trenes que veía cruzar su camino y que nunca lograba comprender a dónde se dirigían») o en «Inútil caballo de noche» («Y se preguntó de nuevo dónde iría aquella recua de vagones y qué harían y quiénes serían -12- aquellas gentes. Y siguió agitando las manos, hasta que el tren fue sólo un punto negro y desolador»). Los dos personajes de estos ejemplos son personajes socialmente asediados por el entorno en que viven. Necesitan, a todo trance, huir, salvarse.

La huida es el tema central de Un agujero en la luz, obra que, más de veinte años después, transmite una capacidad narrativa en extensión, repleta de posibilidades que el tiempo había de confirmar. Estamos ante un cuento o novela corta o lo que sea, capaz de levantar un personaje y una situación que, como reconoció la crítica de entonces, llegaban a

interesarnos desde las primeras páginas. Bien es cierto que constituye un homenaje, diríamos, kafkiano, a un espacio narrativo, en el que la dificultad para entender el sentido de la acción es la clave que provoca el interés. La doble peregrinación del personaje, en ese barco que carece de destino, y en sus inmensos y oscuros pasillos, buscando una claridad a su presencia, puede ser leída en la tipología de El proceso, de Kafka. Pero la sabiduría narrativa de Cerdán Tato es la que origina que no sea exactamente el personaje el que busca su destino o el sentido de la acción, sino el propio lector, inquieto por el ambiente enrarecido del polizón camarero, las partidas de ajedrez con el señor Alfil o el erotismo decadente y feroz de madame Boquilla, contrapunteados todos por la silenciosa compañera del personaje. Y la metáfora narrativa de la isla ansiada y salvífica resuelve en aniquilación la dureza del silencio que rodea a los protagonistas -el silencio es la mejor creación estilística de la obra-. Cuando el personaje está cumpliendo su destino -memorables mezclas del pasado con la acción actual, del padre que lo expulsó al mundo, para que, al regreso, le hablara de sus luchas y de sus muertes, con la peregrinación en la nada- contemplamos nosotros que las islas remotas son ciertamente aniquilación final, como si la fábula hubiera querido romper y desterrar toda metáfora de salvación.

La huida testimonia después un extravío y esto es también una constante temática que da unidad a la obra: «Y ahora ya estoy convencido de que andamos extraviados» -13- («Así en la tierra»), o toda la construcción de Un viaje largo y esperanzador o El lugar más lejano o en el mundo de confusiones de Torre de Babel, octavo izquierda, en el que la única posibilidad de clarificación de un relato compulsivo, en el que se comunican espacios históricos con cotidianos, está en el amor, identificado con una pérdida o un proceso imposible: «Te buscaba, te he de buscar, te busco, pero ya no sé qué hacer, no sé por dónde iniciar la búsqueda [...] Pero si aún te encuentro, si aún nos encontramos y hacemos el amor sobre la gran, sobre la vasta alfombra de pelo verde de zafiro de esperanza, podremos salvarnos».

Los personajes que ansían el en otro lugar obtienen a cambio el extravío, que deviene fracaso de la búsqueda. Una tentación crítica inmediata es hablar del «cuento maravilloso» de partida, búsqueda y viaje, en base a Propp, por ejemplo (hace tiempo, advertí la coincidencia, en el terreno de la antropología cultural, de determinadas estructuras de las obras de Cerdán Tato: el bosque cercante de «Todos los enanos del mundo» o el caimán de humo engullidor de «Los ahorcados del cuarto menguante», con narraciones de las estudiadas por Vladimir Propp³. Pero la búsqueda es aquí, precisamente, la que se desarrolla en un mundo no maravilloso, aunque quepan a veces los mitos, como metáforas de una situación real que el narrador conoce bien y quiere definir, conscientemente, por medio de sus creaciones: véase «La raíz», en la que el hombre que va a ser trasladado al en otra parte, mediando la compra de su propiedad, plantea, a través del amor de un campesino por su campo, la fusión imaginativa, telúrica y angustiosa, del hombre con la tierra. La solución mítica -el hombre transformado en raíz- resuelve, en el plano de lo «maravilloso», el imposible desenlace positivo. A veces, sólo los mitos pueden solucionar la realidad, confirmando, al determinarla, una parte de su análisis.

Se deben de leer estas narraciones, en definitiva, como un conjunto de búsquedas: búsqueda del hombre, -14- de la sociedad, de la vida, de la cultura; búsqueda también de la novela y búsqueda, por último, del lenguaje, que ha sido un camino lleno de esfuerzos. Sobre las últimas novelas, comentábamos cómo el lenguaje se nos enriquecía de eficacia y de belleza, se nos enriquecía de lenguaje. Ha habido un trabajo serio y riguroso, y una voluntad de estilo que Cerdán Tato siempre se planteó como un gran reto. Esta muestra de sus narraciones breves es, pues, un testimonio de sus aciertos.

José Carlos Rovira

-15-

Un agujero en la luz
(Premio Gabriel Miró, 1957)

-[16]- -17-

Primera parte

I

¡Qué solos están los muelles a estas horas! ¡Y qué tristeza se despliega de las grúas! ¿Verdad? Claro que nosotros ya estamos a bordo. Sí, ya estamos. Y ahora, a esperar, a esperar. Cuántas veces nos lo hemos preguntado durante la marcha, casi de reojo, con cierta inevitable pavidez. ¡Y aun nos parecía largo el camino! El zurrón al hombro y oliendo a sudor de muchos soles, ¿recuerdas?

Bueno, pues ahora ya estamos en casa, como quien dice. Y ahí, al lado mismo, el mar. Tenías ganas de verlo, ¿eh? Yo, también. Te lo digo ahora que ya estamos a bordo, ahora que mi fatiga no importa, ni mis temores, ni si quiera mi punzada en el pecho, junto al corazón. Porque no me duele el pecho, ni la garganta, ni los pies. No me duele nada, en absoluto. Nada. Ella abandona la cabeza en mi hombro. Es un ademán muy suyo. Y me gusta. Su langor, su menudencia súbita, hace que me considere más necesario, que me trepe, piernas arriba, una pujanza caliente.

En su mirada late una pregunta. Estoy seguro, sí. Estoy seguro. Se tranquiliza. O me lo parece a mí. No estoy seguro de nada, la verdad. Pero no puedo decirle otra cosa.

-18-

Ha sido una buena compañera a lo largo de la andadura. Ni una queja. Ni un

reproche. Ni un lamento. Sólo, de vez en cuando, se detenía para beber o para tomar un bocado o para orinar. Me alcanzaba en seguida. Corría de puntillas, como quien pretende evadir un castigo. A mi lado, procuraba pasar inadvertida, distante, casi ausente.

Bueno, ahora ya estamos a bordo. A bordo de un navío enigmático. Y esperamos que alguien nos pregunte, que alguien nos indique a dónde hay que ir, qué debemos hacer. Pero la cubierta se mantiene como insobornable: silenciosa y fúlgida. Tengo, no obstante, la vaga, la imprecisa sensación de que alguien -ese alguien tan anhelado- nos espía, incluso ausculta nuestra respiración. Me parece una actitud muy laudable y cautelosa. El modo de respirar dice mucho de una persona: si está fatigada o si es honesta o fermentada o si sufre de asma, por ejemplo.

Ella ha cerrado los ojos. Tendrá sueño, claro. Es que hace muchos, pero muchos días que no dormimos como cristianos. Y luego, eso de andar y venga a andar, rinde a cualquiera. Ella respira hondo. Es la suya, una respiración exacta, de ritmo cabal, saludable. Sí, a nuestro espía le tiene que agradar su respiración.

Ella es pequeña, rubia. Ella sabe lo del silencio y todo lo demás. Sabe también lo que yo sé. Ella llegó tranquilamente y me pidió que le dejase un poco de camino, para compartirlo conmigo. Y lo compartió. Y aún lo comparte. Y continuará compartiéndolo. Ella calla cuando yo callo y cuando yo hablo. Por eso, y por otras muchas más cosas, ella vendrá hasta el final. O yo no iré.

De pronto, se acerca un hombre. Casi resulta extraño, inverosímil, verlo avanzar por cubierta.

-El pasaje, por favor.

¿Oíste? Parece como si la voz surgiese de la misma bodega.

-¿Pasaje?

Es una evasiva de emergencia, por supuesto. Porque sé muy bien qué es lo que quiere.

El marinero permanece erguido, inalterable, serio. No contesta.

Simplemente, me mira.

-Verá usted -le digo, desmadejado-, en la -19- agencia nos comunicaron que aquí, en el barco, podríamos conseguirlos.

-¿En la agencia?... ¿En qué agencia?

Su ignorancia me molesta. Un tanto desabrido, respondo:

-¿En qué agencia ha de ser?... En la misma donde se despachan los pasajes para este crucero, buen hombre.

Sonríe. ¿Sonríe? Tal vez se le ha resquebrajado el gesto.

-Creo que no me ha comprendido usted, señor.

-¿Que no le he comprendido?... Pero, ¿a qué se refiere?

-Me temo que...

Emite un susurro apenas perceptible. Me solivianta el secreteo.

-Mire usted, amigo, lo que yo quiero es hablar con cualquiera de sus superiores.

Primero, duda. Luego, hace un gesto afirmativo.

-Espere un instante, señor.

Otra vez solos. ¿Que qué me ha parecido? ¡Bah! Un pobre marinero acostumbrado tan sólo a tratar con individuos de su laya. Probablemente, estará borracho. Hasta olía a ron, ¿no te has dado cuenta?

Pero qué triste está hoy el mar. Y el muelle, qué opaco. También en estas ciudades del litoral hay tristura. O es que la llevamos ya dentro, demasiado dentro, demasiado apretada.

Ella me contempla de soslayo. Creo que le traen sin cuidado mis asuntos. Siempre ha sido así. Desde que nos encontramos. Le gusta estar cerca y escuchar mi latido.

¡Qué solos! Frente a frente, los dos. Sucios de polvo y de barro. Llevamos muchas historias en las suelas de las sandalias. Y porque nos pesan, quisiéramos descalzarnos con urgencia. ¿Y la ropa interior? Huele a sudor agrio y a tomillo. ¡Qué cosas! Debió de ser aquella noche inicial que nos acostamos a la intemperie. Hacía frío, mucho frío, y si no llega el pastor a tiempo, lo hubiéramos pasado mal.

Ahora, retorna, grave, el marinero.

-Bien. Parece que todo está resuelto, señor.

-20-

-Así, pues, ¿veremos a sus superiores?

-No, no hace falta.

-¿Y el pasaje?

-Olvide eso, señor.

-Entonces...

Se ha hecho un silencio sólido. Casi invulnerable.

-¿Lleva valija?

Claro que llevamos valija: dos kilos, quizá tres, de ropa sucia y un deseo que se nos espesa por minutos; y todo eso que dejamos atrás: restos de fuegos y restos de recuerdos.

Pero sería inútil hacérselo comprender. El tripulante es un solemne zote.

Y de otra parte, son cosas que no le incumben, en absoluto. Por eso, como toda réplica, me limito a gruñir.

Mientras, el mar supera los escollos. Lejos, ladra un perro. Y nosotros nos acurrucamos, ante la obstinación del marinero, en una sola sombra.

-21-

II

Suena el silbato y todo adquiere un ritmo vertiginoso: surgen hombres y más hombres. Corren, de uno a otro lado. Gritan. Gesticulan. Chirrían los cabrestantes y se advierte el bocado del ancla, su ascenso cachazudo y su definitivo ajuste en el escobén. Simultáneamente, las máquinas han iniciado su sordo latido -pla, pla, pla, pla- remiso en principio.

Aceleran las pulsaciones cardíacas y nos sentimos como parte íntima de la nave. Vibramos con ella. Al mismo compás.

Chapotean las gruesas maromas, ajenas ya al muelle y pronto se ciñen a sus respectivos emplazamientos. Libre de ligaduras, el barco lanza un áspero crujido longitudinal. Se aleja, hendiendo, violento y potente, la masa líquida.

Como quiera que nos ha cogido un tanto de improviso, no podemos evitar un cierto escalofrío. El marinero sonrío, de nuevo.

-No ocurre nada, señor. No ocurre nada. Sin más, da media vuelta y se marcha.

Es entonces cuando salgo de mi estupor. Aún ignoramos dónde debemos ir. Aún no sabemos qué hacer. Este hombre es nuestro único asidero. Voy tras él.

-¡Eh!... Usted, sí. Espere, espere un momento. Lo detengo antes de que desaparezca por una escotilla.

-¿Qué se le ofrece?

-No nos ha dicho cuál es nuestro camarote.

-¿Su camarote?

-Naturalmente, nuestro camarote. No pensará que pasemos la noche aquí, al aire libre.

Se queda como perplejo y azorado.

-No, desde luego que no -titubea, antes de agregar:- Pero busque, busque usted mismo, señor. No resulta nada difícil, nada, se lo aseguro.

Y de un salto, desaparece por la boca de la escotilla.

Desalentado, grito:

-Pero, ¿qué número es?

Y me llega su voz -¿o son muchas voces?-, rebotando por los mamparos, entre ecos metálicos y secas explosiones, -22- pero la cifra se dispersa y sólo consigo un dos negligente y fugaz. Oscurece. La cubierta ha recuperado su más prístina soledad.

En fin, lo siento por ella. Sólo nos resta aguardar aquí, hasta que alguien -ese alguien tan esperado- nos conduzca a nuestro alojamiento. Por de pronto, nos cobijamos al amparo de un bote salvavidas. Y así, pasamos la noche. Una noche despacible, nubosa. He intentado inútilmente barruntar la Osa Mayor, entre el paso intermitente y casi ingrávito, de las bardas.

El sol parece un huevo frito. Sé que es un tópico. Pero lo parece, de verdad. Tanto que hasta dan ganas de comérselo. Con el alba, se levanta un aire fresco. Ella se me duerme en el pecho y percibo su hálito que apesta a estómago vacío.

Por lo demás, el mar está de fiesta. Saltan los delfines a nuestro alrededor y cruzan la proa, en un puro juego. Sus saltos son largos, alegres, distendidos. El sol, mientras, se les han subido por el lomo. Ya es hora de hacer algo, de tomar determinaciones. Ella se despereza, con voluptuosidad. A veces, tiene actitudes felinas, como ahora.

Andamos un buen trecho. El barco apenas cabecea. Pero percibimos bajo nuestros pies algo parecido a una gelatina mórbida. El alcázar es enorme. Se alza varios pisos por sobre nuestras cabezas. Lo circunvalamos, siempre buscando una entrada, una solución. Y finalmente, logramos nuestro objetivo.

La puerta no entraña dificultad alguna. Penetramos. Descendemos por una escalera alfombrada, leve. Los pasos se diluyen en un apagado rumor. La escalera se remanza en una amplia cámara. De ella arrancan dos corredores profusamente iluminados. Elegimos uno, al azar. Todo tiene, en este singular navío, una pauta suberosa. Nos movemos imperceptiblemente. Nuestras palabras y nuestros jadeos se pierden en el silencio. Por otra parte, la longitud del pasillo, la simétrica disposición de los fanales, la alfombra verduzca y como intacta, invita a la quietud. Y eso parece:

que no andamos, que permanecemos en el mismo lugar. Pero nos consta el engaño. Sin duda, es -23- debido a la fatiga, el sopor, al hambre, al asombro, a la angustia.

Por último, el pasillo experimenta una desviación. Acogemos la novedad con júbilo: una sonrisa que cuelga de los labios y los dilata forzosamente.

Pero estamos extenuados y nos dejamos caer en el suelo. Ella se adormece de nuevo. Duerme con el mismo gesto de costumbre. La examino con curiosidad. Después, la beso.

Y sin embargo, hay que proseguir. La despierto. Miro el reloj: las doce y cuarto. Hace ya varias horas que recorremos esta galería. Se me ocurre que tal vez hayamos elegido una dirección falsa, un camino vedado, inutilizado, infinito. Pero desecho tal conjetura. De ser así, no estaría, como está, el pasillo tan iluminado y pulcro. Lo mejor, no aventurar cábalas ni vaticinios. Y si todavía no hemos tropezado con nadie es porque cada cual tiene un cometido que cumplir, y a estas horas resulta muy natural que lo hagan.

De repente, nos alcanza una luz viva, prometedora. Aceleramos el paso. Poco después arribamos a una estancia confortable y espaciosa. El mobiliario lo constituyen varias mesas y silloncitos tapizados de azul turquesa y hábilmente distribuidos. Al fondo, un bar con estilizados taburetes. El barman, de espaldas a nosotros, limpia las copas. Un suspiro nos reintegra a lo real. Pienso, de forma instintiva, en una buena jarra de cerveza y en un bocadillo de carne caliente. Nos precipitamos hacia la barra.

El hombre se vuelve, cuando ya estamos muy cerca. Adopta, al verme, una actitud servil, asaz correcta, y una sonrisa cómoda.

-¿En qué puedo complacer al señor?

Y al ritmo de su voz tan cálida, tan aparatosamente cálida, se desmayan mis sospechas, se disipan en un bálsamo reciente.

-Quisiéramos... -pero me callo, sin saber muy bien por qué. Resulta costoso iniciar una conversación tan de repente.

Él adivina mi indecisión. Y se inclina, zalamero, copioso en su cortesía, ampliando la sonrisa, amanerando el gesto.

-24-

-¿Decía el señor?

-Yo... -balbuceo- Quisiera... Quisiera ver al capitán de la nave. O a cualquier oficial.

-¿Al capitán? -en la pregunta percibo un gran desencanto.

El barman lanza una mirada tangencial al mundo opalino que se remansa en los frascos.

Pero insisto. Monocorde. Contumaz.

-Tengo necesidad de verlo.

- Lo he oído, señor.

El silencio se polariza entre ambos. Y lo rompo con violencia, cansado de tanto misterio.

-Pero, ¿por qué no dice nada?

-¿Y qué debo decir, señor?

Ha alzado sus ojos por unos instantes. Pero los reintegra a una posición humillada. Tirita dentro del impoluto mandil.

-Discúlpeme, señor. No es asunto de mi incumbencia saber dónde se halla el

capitán.

Comprendo sus razones. Creo que he estado demasiado brusco con él. Por eso dulcifico la pregunta, la susurro casi.

-Pero, ¿no habrá inconveniente en que lo visite?... ¿O qué opina usted?

Y se desmorona, se produce un inesperado desequilibrio. El hombre llora y gime incoherencias, habla a trompicones, me asegura que él nada tiene que ver con todo aquello, que es sólo un pobre diablo, un simple empleado. Estoy confuso y algo avergonzado de mi conducta. No sé cómo reaccionar. Palmoteo sus espaldas, casi paternalmente. Me justifico como buenamente puedo.

Mientras, él moquitea, hipa, se ovilla. Y no puedo impedir que, en un arrebato, me tome la mano y me la bese. Parece calmarse. Le dejo hacer. Al final de la escena, señala una puerta.

-Es por ahí, señor. Estoy seguro de que es por ahí.

No espero más. Salimos, sin acordarnos de los viejos propósitos de una buena comida. Siento, entonces, la dulce presión de sus dedos en mi hombro. La miro. Me mira, -25- con una sonrisa. ¡Qué necio! Con la peripecia casi la había olvidado. Pero sólo un minuto, lo juro. Ella siempre calla.

-26-

III

Descendemos por una escalera similar a la de esta mañana. Tal vez, un poco más estricta, ligeramente más estricta. Luego, un salón del que arrancan varios pasadizos.

Anduvimos en silencio durante algunas horas más. Poco, muy poco tenemos que decirnos. El diálogo se marchita, caduco e inoperante. Entre nosotros, todo se reduce a un intercambio de presiones, de leves contactos, de leves guiños.

Como ella comienza a manifestar síntomas de cansancio, me invento una dirección útil. Es preferible antes de que sobrevenga el derrumbe. Camino de prisa. Detrás, siempre detrás, sus pasos casi inaudibles, pero permanentes.

Me viene a la memoria un viaje que realicé siendo aún niño, un viaje también marítimo. Iba con mi padre y apenas hollamos los baos de cubierta, todo fueron deferencias y atenciones, para con nosotros. Con bien organizada solicitud, un subordinado nos condujo hasta nuestro pequeño camarote, ofreciéndonos consejos y explicaciones.

Sí, recuerdo que era aquel un provectoro vapor mixto de tres mil y pico toneladas. Transportaba tomates y plátanos, principalmente. Y por todo el ámbito, se expandía una fragancia tropical, un grato frescor. El pasaje lo constituíamos un matrimonio francés, con su hija Monique; una joven viuda alemana; un sacerdote que marchaba a su destino, con objeto de operarse de cataratas; varios pescadores, supervivientes de un naufragio; y nosotros. La simpatía, la cordialidad más íntima, circulaba entre pasajeros y tripulantes. Eran personas amigas de la plática, de la carcajada abierta,

del café, de la partida de naipes. Los dos personajes, porque personajes se me figuraron en todo momento, que más me impresionaron -impresión que todavía perdura en mí con pujanza- fueron la teutona y el clérigo. Este, por su deficiente visión, fue, quizá, el único que no reparó en la viuda. Son estos recuerdos que se engarbullan ahora, algo -27- desvaídos, como cogidos por los pelos, para contrastar, con esta travesía, aquel valetudinario y primer viaje náutico. La diferencia entre ambos resulta palmaria. Aquí y en este preciso instante, parece que la proporcionalidad -el concepto de lo cabal, de lo justo- se halla desmentida, arruinada. No puedo reprimir un escalofrío de estupor y me consuelo pensando en que las cosas, quiéranlo o no, han de volver a su cauce.

Pero el pasillo es tan dilatado, tan dilatado, que los recuerdos vuelven a puntuar la continuidad de los hechos. Y en esta ocasión, parece que más ordenados, más asequibles.

-Hijo, ya es hora de que empieces a vivir -mi padre me rodeó los hombros con su poderoso brazo-. Cada uno debemos procurarnos un lugar, nuestro lugar, ¿comprendes? No para ganar el pan, que el pan no vale gran cosa, si no para ganarnos a nosotros mismos. Mira, un buen consejo: ahorra sudor. Si lo dispendias, olerás mal. Y el mal olor ha sido origen de muchas calamidades. Derrocha inteligencia, eso, claro está, si la tienes. Y procura que te produzca el mil por uno. Pero si no tienes inteligencia, no merece la pena que te aconseje.

Me producía náuseas su vanidad. Pero mi padre siempre ha sido así de engreído. Fui a decir algo, pero me lo impidió.

-Nunca concedas prioridad alguna a la vejez. Los ancianitos venerables constituyen un grave peligro para la juventud, una carrera siempre malograda y pútrida. Tampoco respetes a las mujeres. Las mujeres son fuente de estulticia, de... Hijo, ¿me escuchas?

Asentí. Le escuchaba, en efecto, pero sin comprenderlo, en absoluto. Estábamos en pleno campo. Entre olivos y viñedos. Nunca he logrado saber por qué y cómo llegamos allí.

-Bueno, muchacho, como das muestras de haber asimilado mis palabras, ya puedes partir. Ahí, tienes el camino. Es ancho, ¿te fijas? Muy ancho, tal vez, demasiado ancho. Pero sáltatelo a la torera, no le prestes atención. En serio, hijo, es preferible caminar campo a través.

-28-

Me encontraba confuso, con aquella inesperada propuesta.

-Pero, ¿ahora mismo?

-¿Y cuándo si no? El tiempo no es oro, la lucha, sí. Lucha pronto, lucha desesperadamente. Y, oye, si regresas alguna vez, que sea para hablarme de tus muertes, de tu lucha.

Perplejo y hasta aterrado, intuí su irrevocable decisión. No podía hacer otra cosa más que recurrir a argumentos de tipo sentimental.

-Pero... Bueno, quisiera... quisiera despedirme de madre.

-No te preocupes de nimiedades. Además, yo lo haré por ti. Las mujeres son propicias al drama y al lloriqueo.

-El equipaje...

De su bolsillo, sacó un reducido envoltorio.

-Soy un hombre previsor, hijo. Toma, aquí tienes cuanto puede serte útil.

Abrió el paquete: una muda interior, unas sandalias y varios pares de

calcetines de lana.

(Un pastor silba en la alcarria. Con su honda acierta a una cabra indócil. El animal herido corretea hasta reintegrarse al rebaño. El pastor continúa como si tal cosa).

-Los aviones no hacen más que sobrevolar el mundo.

Dije que sí.

-El mundo, hijo, es la universidad de los pobres.

Dije que sí.

-Y tú eres pobre.

Por tercera vez, dije que sí.

-¡Hala! A ganártelas como puedas. Yo regreso a casa. Hace frío y tengo sueño.

Y la tarde se convirtió en una bola densa, como el plomo. Y los olivos y los viñedos. Y mi padre que se iba, con sus espaldas anchas, muy anchas, tal vez, demasiado anchas. Y el cabrerizo y el hato. Todo, absolutamente todo, como una bola espesa que se me divulgaba por los ojos.

Después, días y más días de camino. Extraño a mí mismo, ignorante y zampatortas, por esas tierras de Dios, -29- exhibiendo no sé qué mirada a bovino, por villorrios y aramos.

Más tarde, la encontré a ella y todo cambió. Tenía un propósito, un objeto determinado. ¡Y ella sólo me miraba! Sólo eso.

Juntos ya, concebimos este crucero. Y anduvimos raudos, campo a través -como afirmara mi padre-, para llegar en buena hora. Durante la marcha, pensaba en cosas muy diversas, incluso disparatadas. Pero la promesa de este viaje, me restituía a la realidad. Y la realidad era un sudor pegajoso, una tierra árida y un puerto remoto que sólo vislumbrábamos en la esperanza.

Sin embargo, frente a la destemplanza de estas galerías, frente a la albura, monda y casi descarada, de estos mamparos, siento que he cometido un tremendo error. Pero ya es tarde para lamentarse. Percibo el líquido cosquilleo en la carena del buque y en nuestros propios pies. El agua late bajo nosotros y su latido llega acompasado, profundo, insobornable. No, no hay remedio.

En el fondo del pasillo, se yergue la silueta de un hombre.

-30-

Segunda parte

I

-Será porque tiene un carcajada siempre a punto o, quizá, por que gusta de la buena mesa. No sé, pero es la única pieza que me agrada. Con

frecuencia, me recuerda también a un hombre obeso y torvo. O a un joven recién afeitado, como esos que aparecen en los periódicos anunciando tal o cual jabón.

Lanza una ojeada al tablero. Sesenta y cuatro cuadrados, la mitad, negros, la mitad, blancos. Las piezas componen un caprichoso dibujo.

-¿Ve? Un rey. Sí, tuve un amigo anarquista, un dinamitero profesional que jugaba muy bien al ajedrez. El rey es tardo, demasiado noble. Siempre combate de frente. ¡Zarandajas!, digo yo. El alfil resulta más práctico. Corre en todas direcciones y hiere de costado, al menor descuido. Lo verdaderamente magnífico es su sentido del humor. Nunca lo pierde. Aun en los momentos de mayor dificultad, su sonrisa no se extingue -una pausa. Maniobra en el tablero y me zampa un inocente peón-. Siempre lo afirmo: el rey simboliza la caballerosidad; pero el alfil es la nueva era. Para mí, un legítimo heredero del maquiavelismo.

Me ha ganado la partida en un santiamén. Ya es la -31- tercera. Y tan sólo con los alfiles. Claro que yo soy un pésimo jugador, lo reconozco. Apenas sé quién es mi adversario, ni siquiera su nombre. Aquí, se le llama señor Alfil.

-Aprendí a jugar cuando todavía era muy niño y he ganado una fortuna. Mi padre me instruyó en este arte, me enseñó las combinaciones más contundentes, los movimientos precisos, la táctica más desconcertante. Poco tiempo después, le gané a él. Son gajes del oficio, le dije. Y como era un hombre juicioso, se retiró definitivamente. Había entendido la lección. Y es que él concedía mucha importancia a los peones. Y, mire usted lo que son las cosas, por eso mismo, los obreros de mis fábricas están obligados a pasar hambre. Lo hago por su propio bien, créame. Así, serán hombres como yo, ¿comprende?

Su constante parloteo me aletarga. No le presto mucha atención.

Probablemente, se trata de un millonario medio chiflado y fatuo.

-¡Ah, los reyes! Sí, tienen gracia. Verá usted: el único monarca que he conocido era un gitano, tratante de caballos. Recuerdo que apenas entablamos nuestra primera conversación me soltó: «Mi abuelo tenía hechas treinta y tres muertes, señor. ¡La edad de Cristo!». Y agregó: «Claro que lo agarrotaron muy joven, que todo hay que decirlo». Se llamaba Miguel González González y era jefe o rey de su tribu. En seguida me percaté de la situación: tenía que vérmelas con un taimado jugador. Por supuesto, también le gané. Porque nunca he perdido una partida, ¿sabe? Pero me costó trabajo, no vaya a creer.

El señor Alfil desgrana una risa discreta. Se repantiga. En su butaca verde, parece un sapo. Un viejo sapo burlón y viscoso.

-Pero, ¿no estoy hablando con exceso? Usted, sin embargo, no ha dicho nada -disimula su aburrimiento-. Me resulta usted un joven ecuánime, sensato y responsable, aunque, quizá, algo desazonado, ¿me equivoco? Dígamelo, dígamelo, no tema.

Basta con un gesto afirmativo. No tengo ganas de hablar.

-Me lo imaginaba. Además no hay más que verlo.

-32-

Y es que estos viajes se hacen pesados al principio, un tanto monótonos. Hasta que uno se acostumbra, naturalmente. ¿Usted sabe cuánto llevo navegando en este buque?

Otro gesto, pero negativo. Aún no tengo ganas de hablar.

-¿Y por qué habría de saberlo?... Bien, pues treinta y siete años. Una friolera de tiempo, ¿eh? Justo desde que comenzó su primer periplo turístico -contempla sus cuidadas y rosáceas uñas-. He visto desfilar por aquí a grandes personajes: hombres y mujeres, viejos y jóvenes. Siento unos vivos deseos de escapar hacia mi camarote. Pero me lo impide una pizca de urbanidad.

-Usted probablemente se preguntará el porqué de mi prolongada estancia a bordo, ¿no? Es muy simple: necesitaba unas vacaciones. Y entonces, alguien, ya no recuerdo quién, me insinuó que me convenían estos curiosos cruceros. Se iniciaban, por aquellos días, y solicité reserva. No fue fácil conseguirlo, pero... Me instalaron en la misma estancia que ocupo en la actualidad, aunque mucho más reducida. Cuando concluyó el viaje, pude hablar personalmente con el propio capitán y logré que me ampliaran el espacio, con objeto de acomodar archivos, despacho y un pequeño dormitorio para mi secretario. A cambio, tuve que abonar, por anticipado, el precio de otras diez singladuras -el señor Alfil se limpia una supuración fétida, aparcada en la comisura de sus labios. La verdad es que confiaba encontrar en los nuevos viajes lo que no encontré en el primero. Vana pretensión, muchacho. Todo resultó inútil. De manera que ahora ya no busco nada. Sencillamente, permanezco a bordo por pura inercia. Y me gusta, sí, me gusta. Por otra parte, poco tengo que hacer en casa. Mi mujer ha muerto y mis hijos ya son mayores. Así que... -el señor Alfil se encoge de hombros-. Bueno, desde aquí, dirijo y coordino mis negocios. Negocios complejos y de envergadura. Cada día recibo más de un centenar de cables y transmito otros tantos, ¡una verdadera lata! Claro que es mi secretario quien se encarga de todo eso, pero... En fin, tanto me he encariñado con el barco que, cuando entra en dique seco, permanezco -33- en mi camarote, gracias a un permiso especial. El dinero... Usted ya comprende. Ahora bien, cuando me encuentro mejor es, obviamente, en pleno crucero. Resulta muy divertido, mucho.

Bebo un sorbo de coñac. Él, un poco de agua de Vichy.

-Sí, repito que es muy divertido y usted, que parece inteligente, lo ha de confirmar -baja el diapasón de su voz-. Todos casi todos nuestros compañeros de viaje son unos perfectos estúpidos. Obsérvelos bien. Y verá cómo no le engañó. Permanecen horas y horas con las narices aplastadas contra el cristal, oteando el horizonte, en busca de su isla. ¡Casi nada!... ¡Y en el siglo veinte! Desde luego, a mí, no me molesta. Al contrario. Su actitud, su ilusa actitud, supone uno de los principales motivos de mi distracción. Perfectos y solemnes estúpidos, para nuestra fortuna. Porque, ¿se imagina usted un pasaje integrado por sabios, por eruditos, por científicos? ¿Deplorable, no? En tal supuesto, preferiría estar a muchas millas de aquí.

El señor Alfil calla. Su respiración se hace fatigosa. Estará enfermo del corazón, me digo ingenuamente. Y bien, joven, ¿qué opina de todo esto? Alzo los hombros. De verdad que no opino nada. Ni nada me importa su rompecabezas.

El señor Alfil me devuelve una sonrisa de complicidad.

-¿Absurdo?... No, no lo crea. Tal vez carezca usted de la suficiente experiencia. Pero... Ya hablaremos más adelante, ya hablaremos.

Cierra los ojos. Una mueca burlona y casi cruel alumbra su rostro. Poco después, ronca. Es el suyo un ronquido pando, contrapuntístico. Me marchó de puntillas. Es tarde. Es tarde y ella me espera.

-34-

II

Me estoy adaptando a las circunstancias. Es una necesidad urgente. Aquellos temores primerizos, aquellos que me asaltaban a cada instante, se han esfumado. Ahora los atribuyo a mi apocamiento, a mi total impericia en este tipo de lides. Porque lo cierto es que en el barco no hay ninguno de los presentidos misterios. Nada espantoso, nada oculto, nada censurable. Sencillamente, a los pasajeros les place permanecer en sus respectivos aposentos durante el día, y sólo por la noche asisten a la sala de proyecciones o juegan al tresillo, en la cafetería. De esto se desprende que los corredores se hallen habitualmente solitarios, como abandonados. Son, en cierto modo, vías muertas, vías cuyo último fin es permitir el acceso a las dependencias donde se concentra la vida del navío. Por otra parte, a muy pocos marineros les está tolerado el tránsito por estos lugares, y sólo algunos servidores seleccionados lo hacen, para atender al pasaje.

Me lo explicó el comisario de navegación, cuando nos llevaron a su presencia. El comisario es un hombre afable. Nos saludó muy correctamente y apenas le informé de nuestra situación, se hizo cargo de la misma.

-Bien, hombre, bien. No tiene por qué preocuparse. Comprendo su caso y no pienso, en modo alguno, considerarlo como a un vulgar polizón.

Me observó atentamente. Examinó mis manos. -Sin duda, es usted un joven educado, hijo de familia acomodada y respetable, ¿no?

Quise objetar algo. Quise apuntalar mi actitud, definirme, pronunciar me.

-No, no hace falta, por favor -soltó un prolongado suspiro-. Yo también...

Bueno, quiero significarle que, en su caso, hubiera procedido de forma análoga. Es... es corriente, ¿sabe? Un disgusto con los padres lo tiene cualquiera, sí, cualquiera. No tiene por qué sentirse cohibido.

Alcancó un grueso volumen.

-Le asignaremos el número setecientos dos. Se trata de una habitación amplia y confortable, por supuesto -confidencialmente, susurró:- Como usted comprenderá, -35- no puedo ni debo confinarle en una clase inferior. Sería... ¿cómo decirle?... Sería un grave error.

Tomó mis datos personales. De inmediato, pulsó un timbre. No tardó mucho en presentarse un chico de uniforme.

-En fin, ya está todo en orden, ¿satisfecho? Hubiera llorado de buena gana. Pero comprendí que no era oportuno. Le tendí la mano.

El comisario la estrechó firmemente con la suya, lúspida y caliente.

-El muchacho le acompañará hasta su alojamiento. Cuando ya salíamos, me detuvo.

-Un momento, por favor. Se me olvidaba una mínima formalidad y a modo de disculpa, añadió:- ¡Con tantos asuntos como uno lleva siempre en la

cabeza... ! Extendió un impreso, frente a mí. -Fírmelo, tenga la amabilidad. -¿De qué se trata? -pregunté sin demasiado interés. -¡Oh! No es nada, nada de particular. Un recibo... un simple recibo... El importe de su manutención, de su permanencia a bordo... Leí el documento.

-Pero... Aquí no se estipula ninguna cantidad, ¡está en blanco! -balbucí. Es claro, señor mío. Sería imprudente prescribir el número exacto de días que durará el crucero, ¿no le parece a usted?

Me di cuenta de que no había escapatoria. Era mejor acceder por las buenas. Y sin más, firmé. Al hacerlo, mi mano tembló ligeramente.

-¡Muy bien! Ahora sí que se han cumplido todas las formalidades. Palmoteó mis espaldas y la vieja chaqueta se desgarró bajo el filo de sus dedos.

El camarote es, en efecto, confortable y hasta suntuoso. No voy a entrar en descripciones minuciosas. Pero resulta acogedor, extrañamente acogedor. Como si hubiera estado aguardándonos desde siempre. Salvo algunos leves cambios, conserva el lustre primógeno.

-36-

El botones que nos condujo hasta allí, nos proporcionó también toda una serie de informaciones, manifestándonos que podíamos disponer de él, a cualquier hora. Bastaba con oprimir un timbre. Tras mostrarnos, muy solícito, el camarote, se retiró prudentemente. Nosotros no tardamos mucho en acostarnos sin decir palabra. Nos removimos, con cierta inquietud en el lecho, a pesar del cansancio. Era difícil hilvanar el sueño.

Nos levantamos de madrugada. Nuestros ojos mantenían la huella cárdena del insomnio. Sin embargo, nadie ni nada concreto nos había perturbado. Pero algo singular flotaba en el ámbito. Algo tan sutil como inconmensurable. Tardamos en descubrirlo: era el silencio. Un silencio elaborado de otros silencios. De silencios infinitesimales. De silencios cautivos en invisibles pompas de jabón que, de pronto, estallaban y se expandían por sobre todo. Silencios pequeñitos y apretados, que en su rotación, en su inevitable rozamiento, engendraban el único, grave silencio. Y nosotros mismos éramos como esas pompas, como esas frágiles pompas, como esos frágiles mundos. (Una película nos contiene, una esfera obligada a extrañas leyes gravitatorias. Y el silencio -es decir, nosotros mismos, nuestra propia envoltura- crece, crece, crece).

No he podido evitarlo. Menos mal que es temprano aún. El grito suena como una perforadora. Pero un instante, sólo un instante. Luego, nada. Como una perforadora tragada por la tierra, para convertirse en tierra y piedra mil o dos mil o tres mil años más adelante. El grito es un silencio nuevo que se suma al único, al espantoso silencio. Por eso ya no sé si es el grito o es el silencio lo que hiera. Ella permanece en su pompa de jabón. Calla. Somos seres silenciosos. Los dos somos silenciosos. Incluso el grifo del lavabo. Un silencio colgante. Un silencio tras otro, pausadamente. Y todos resbalan por la blanca pista y dejan un rastro húmedo de caracol silencioso. El grifo parece una fábrica de insignificantes silencios. Y tú y yo. Y el mar.

¿Qué ibas a decir, eh? ¿Qué tienes miedo? Tienes miedo de que tus palabras no suenen. De que no se produzcan -37- palabras. De que las palabras digan nada. Sería gracioso y grotesco mover los labios y que brotaran

silencios. Silencios monosílabos, bisílabos, polisílabos. Sí, no estaría mal del todo, ¿verdad? Pero, ¿callas? Ajá, luego es cierto. Hay una gramática inviolable. Hay una ley. Y la estamos aprehendiendo y aprendiendo aquí, ahora. ¿Cuántos metros de silencio habrá bajo nuestros pies?... ¿Cinco mil? ¿Más? ¿Y eso es poco o mucho? Sé que ibas a decir algo. Lo sé. Lo siento. Lo siento como siento esa ola que golpea el costado del buque. ¿No te parece que eso de oír es puro artificio? En lo sucesivo palparemos los sonidos. O los silencios. Es igual. No, no duermo. Tal vez, he soñado. Lo ignoro. De ser así, el sueño era blando, suave. El sueño era insonoro. Pero no estoy seguro, de veras. A lo mejor, sólo te miraba. ¡Qué cosas! Por un momento, te he imaginado embarazada. Luego, parías un silencio rubio. ¿Te figuras un silencio rubio? ¿Habrá silencios rubios y morenos, altos y bajos, gordos y flacos?... ¿Callas aún? ¿Callas? Calla también el gorgoteo marino. Calla la estructura metálica de la nave. Pero, ¿por qué, Dios? ¿Por qué? ¿Han llamado? ¿O es el pulso del silencio silencioso? Abro la puerta y allí está Luis. Trae una bandeja con café y tostadas, con mantequilla y huevos duros, y mermelada. Lo dispone en una mesita. El desayuno huele a gloria. Luis tose. Luis habla. ¡Habla! ¿Te das cuenta? Una liberación recién inventada nos hace amables. De repente, gritamos cosas tontas, sin sentido, ensamblamos un diálogo que tampoco tiene lógica. Lo necesitamos, sí. Necesitamos decir algo, lo que sea, con tal de que nos saque de este agobio, de esta tremenda angustia.

Luis nos lo explica. El barco navega sólo a impulsos del viento, sólo a merced de las corrientes. Las máquinas no funcionan. Esa es la regla. De modo que por orden del capitán, no funcionan. Según Luis, siempre sucede así. Sencillamente, porque todo está previsto en los códigos. ¿Lo ves, infeliz? Pero si no tenía importancia. Ni la tiene. La nave va dando tumbos de aquí para allá. Y nada más. Es una manera de ahorrar combustible. ¿Tu te haces una idea de lo que debe costar un solo día de navegación -38- a toda máquina? Una fortuna, como lo oyes. Y claro, lo del silencio se, comprende ahora. El silencio significa economía. No está mal, ¿eh? El hecho de que el barco vaya sin un derrotero previamente establecido es asunto secundario. Además, Luis lo expone tan bien, resulta el suyo un razona miento tan cabal que... Me froto una ceja. Lo despido. La cosa está clara. Bueno, debe de estar clara.

El tercer día, conocimos al señor Alfil. Desde entonces, casi todas las tardes jugamos al ajedrez. Resulta un tipo extravagante. Pero no hay mucho para elegir. Creo que debería negarle hasta la conversación. Es viejo, muy viejo. Y mi padre ya me lo advirtió: «Los ancianitos venerables constituyen un peligro para la juventud». Y juventud significa progreso, quizá. Claro que el señor Alfil no tiene nada de venerable. De otro lado, seguir el consejo paterno es paradójicamente desvirtuarlo. Por cuanto mi padre también tiene muchos años. Todo ello, me obliga a pensar en un problema insoluble: A me dice que no preste atención a B, porque B es peligroso, nocivo. Pero resulta que A tiene la misma naturaleza, los mismos defectos, la misma entidad que B. En definitiva, A y B son iguales, axiomáticamente iguales. En consecuencia, puedo rechazar los consejos de A y seguir los de B. Pero, en tal supuesto, también podría rechazar los de B y... Un círculo. Una figura sin principio ni fin.

Ella me dice que no. Que no es más que un espejismo. A y B sólo habitan en mí fugitivamente. Ni uno ni otro tienen consistencia.

En cualquier caso, he de reconocer que el señor Alfil sabe hacerse indispensable. Es un hombre de mundo. Un hombre que ha corrido mucho, que ha visto demasiado.

Apenas conoció nuestra llegada, nos visitó y habló durante media hora. Se ofreció repetidas veces, para cuanto se nos ocurriera y terminó invitándome a una copa. Acepté.

El bar estaba completamente desierto. Acudió a servirnos el muchacho que conocí unos días antes. Acudió azorado y nos besó la mano. Un tanto estupefacto por aquellas demostraciones de sumisión, adopté una actitud de indiferencia, de impasibilidad, como el señor Alfil, -39- quien le entregó un atadizo. El camarero, visiblemente emocionado, se volvió de espaldas a nosotros y echó medio cuerpo hacia adelante. Con júbilo, el señor Alfil le acertó una recia y contundente patada en el trasero. A continuación, me miró con cierta severidad.

-¿Cree, mi joven amigo, que esto es una broma? Pero no le respondí. Intuí que era preferible mantener silencio. Además, nada tenía que objetar. ¡Allá ellos, con sus costumbres!

-No, ni se trata de ninguna broma. Se trata de una necesidad física. En mis buenos años fui un gran aficionado al fútbol, un aficionado practicante, por supuesto. Sin embargo... ¡El tiempo no pasa en balde, hijo! Y necesito algo de ejercicio, ¿comprende? -de pronto, se inclinó y me susurró casi al oído-. El Capitán no permite ningún deporte en el buque y es muy inflexible, ya sabe. De modo que, de vez en cuando, y con objeto de mantenerme en forma, utilizo a este como si fuera una pelota. Así me desahogo. ¿Ve? Ya me encuentro mejor, bastante mejor.

Mientras, el camarero que, con la violencia del impacto, había rodado por los suelos, se incorporó radiante. Abrió el envoltorio y extrajo restos de comida y unos mendrugos de pan.

-¿Se da usted cuenta?... Con unos desperdicios, se siente feliz.

Confieso que mi asombro iba en aumento. -Pero, ¿aquí no come, no gana para mantenerse? -No, claro que no. Es un polizón -hizo una mueca despectiva-.

Durante varias semanas, permaneció escondido en las bodegas, y vació las despensas. Por su culpa, sufrieron sanciones y castigos cocineros y marmitones, hasta que lo cazaron. Con muy buen criterio, el capitán le ordenó que trabajara hasta amortizar todo cuanto había sustraído y... ahí lo tiene.

La peripecia me resultó chocante y comenté:

-La decisión del capitán parece sensata, pero no acierto a comprender por qué este individuo no recibe su rancho cotidiano.

Al señor Alfil se le desencajó la boca en una mueca exagerada y atroz.

-40-

-Pero, mi querido amigo, es usted un ingenuo. Si le dieran de comer, su arresto se prolongaría indefinidamente, ¿no lo entiende? Cada ración supondría una nueva deuda y consecuentemente nuevas horas de trabajos forzados.

Me confunde el dichoso señor Alfil, cuya permanencia en la nave no consigo desvelar. Nada espera, según él. Nada busca. Y puesto que ni espera nada ni busca nada, el móvil de su estancia obedece a algo tan siniestro que ni

siquiera me atrevo a definir. Son, por supuesto, deducciones muy personales y pueden adolecer de enfoques subjetivos, pero... Me confunde, me confunde.

La vida a bordo resulta efectivamente monótona. Cada momento se parece al anterior. Ella se pasa el tiempo de un lado a otro, sin hablar. En ocasiones, atisba por el portillo: siempre fugitiva, la raya del horizonte. Y se solivianta. Me temo que este viaje le ocasione perjuicios y deteriore sus ánimos.

Como de costumbre, comemos en nuestro camarote y luego dormimos la siesta. Me levanto al filo de las cinco. Me ducho. Mientras contemplo unos grabados donde están todas las unidades de la compañía naviera, dejo que ella descanse. La noto deprimida. De repente, llaman a la puerta. Unos golpes tenues. Es Luis. Ya conozco su estilo. Abro. Luis me trae una tarjeta. Al cogerla, un perfume penetrante me aturde. Leo. Con una caligrafía delicada, se me invita a pasar al camarote vecino, con una promesa de felicidad. El muchacho esboza un mohín picaresco. Lo interrogo con la mirada y acentúa el mohín. Cuando salgo, ella está despierta y disimula un reproche.

-41-

III

Su historia se me antoja extraordinaria. Podría hacer mi agosto con ella, en serio. Pero cuenta con mi discreción. Lástima, sí. Hay asuntos que pertenecen ya al olvido. Y este es uno de ellos.

Su alcoba me sugirió parte de la tal historia. Sólo faltaba hilvanarla. Allí estaba, a retazos, en aquellos chales, en aquellos tapices, en las porcelanas, en las máscaras aztecas, en el pequeño buda de marfil, en las terracotas, en esas cien futilidades distribuidas por las paredes, sobre la consola, en el mismo suelo. Todo sometido a una luz azulenca, deslavada. A una luz que parecía emanar de cada uno de aquellos mismos exóticos objetos. Allí, el mismo penetrante perfume de la tarjeta se apoderaba de muebles y personas, se arrastraba como un monstruo amorfo y denso. Ella (esta «ella» no eres tú, ¿sabes?, sino la otra, la que nos separó uno, dos, tres, hasta seis días) habló, en un tono leve. No podía ser de otra forma. En realidad, tampoco decía nada. Se limitaba a insinuar episodios, a barajarlos, a promiscuirlos. Le encantaba intrigar. Estoy seguro. Oyéndola -su voz tenía extraños acentos esperanzadores-, nadie se hubiera figurado el fin que le esperaba, el fin tan próximo que le esperaba. Nadie hubiera podido intuir los hechos que más tarde, pero poco más tarde, debían acaecer inexorablemente, fatalmente.

Cuando llegué, ella permaneció echada en una chaise-longue. Me tendió la mano. Una mano pálida, translúcida. Una mano casi geométrica. En todo instante, exhibía una ajada voluptuosidad. Fumaba largos cigarrillos, en una no menos larga boquilla de ámbar. Y al expulsar el humo, entornaba los ojos y fruncía la boca, hasta convertirla en el hociquito de un roedor. Invariablemente, he recibido sus invitaciones a la misma hora y nunca la

he defraudado. Es decir, creo que no. Acudo obsequioso a la cita y escucho su ronroneo. En la penumbra, el humo se contrae, se dilata y forma siluetas inverosímiles. Con frecuencia, no sé quién resulta más tangible, si el humo o ella. Y voy del uno a la otra, inquieto por la ductilidad de ambos.

-42-

Ha sido Luis el que me ha dicho el mote con el cual se la conoce a bordo: madame Boquilla. No está mal. Tampoco está mal. Estas gentes tienen ingenio. Y a ella no le molesta. Más bien parece gustarle. Y muestra, muy satisfecha, el atributo al que debe tal apelativo.

Madame Boquilla es una mujer que «está de vuelta de muchas cosas». Eso afirma. También afirma que «ha vivido la vida». No tiene idea de gramática y le trae sin cuidado el uso y abuso del acusativo interno. Bueno, aún dice más cosas. Muchas más. Pero me interesan sus costumbres, sus andanzas y no sus continuas reticencias.

-Lo que nunca acierto a comprender es cómo y por qué le complacen esos pringosos marineros, palabra. Además, le gustan en su propia salsa, sin adobo alguno.

Transpira un humor de somonte este dichoso señor Alfil.

-Sí, hombre, hasta con el cocinero jefe. Un individuo bajito y tripón que produce hilaridad nada más verlo. Ellos, por su parte, encuentran muy satisfactorio el pasatiempo de la chiflada y encima les devenga no pocos beneficios.

Esta noche el salón se encuentra algo concurrido. En la mesita más discreta y alejada, allí donde la luz se tamiza, madame Boquilla insinúa con aéreos movimientos de cabeza el compás de un viejo vals. La observo y una congoja húmeda me gatea hasta la garganta. No, más arriba aún, más arriba. Casi se me escapa por los ojos.

El señor Alfil está divagando. Pero he perdido el hilo de su plática. Afortunadamente, lo he perdido.

-... es noble, ¿lo sabía usted?

No sé qué cosas habrá comentado. Ni me importa. El vals me vence. El vals engarzado en la frente de madame Boquilla, sobre la que se levanta un tocado anacrónico, fofo y falseado, sin duda, con crepé o algo así. Ella evoca otras épocas. Épocas que posiblemente no han tenido más consistencia que un espejismo. Pero no lo comprende, no puede comprenderlo. Ella sabe de príncipes y de gallardos caballeros en los ojos enrojecidos y disolutos de los engrasadores. Y está, como una gran dama, valsando con quien ella apetece. Valsando, desvaída. Un último gesto -43- y la frente se abate sobre el seno. Así se justifican ciertas penumbras. Sólo un destello le soba la pelambre. Otra vez me escuece la tristeza. Otra vez una zona de silencios me contiene. Se ahogan las frases y las músicas. Miro al señor Alfil. Y me entran unas ganas tremendas de reír, de reír muy fuerte, tan fuerte como nunca ha reído nadie. El señor Alfil mueve los labios: ora los frunce, ora lo arruga, ora los dilata. Y nada, nada sale de ellos, nada. No sabrá jamás lo que es el ridículo.

Pero el silencio se revuelve. Lo siento ahora en mi nuca. Me la oprime. Tengo ganas de vomitar. ¡Tengo ganas de vomitar! No me puede oír nadie. Salgo corriendo. La boca del señor Alfil es una elipse perfecta. En su rincón, madame Boquilla finge saraos palaciegos. Hay una llama roja.

Alguien bebe ginebra. Casi se la tiro encima. Me aprieto el vientre. Cierro lo ojos. El barco gira, gira y gira. Será un temporal, pienso. A madame Boquilla se le ha caído la cabeza. Era un títere de trapo. Nada más que un títere. El señor Alfil va a reventar de risa. La boca le llega de oreja a oreja. Tengo ganas de vomitar, Dios. El silencio parece una garrapata. Tan incrustado está en mi nuca, tan voraz.

Esta mañana la he visto.

Nos cruzamos en una de las galerías. Dejó tras de sí una fragancia dulzona. Y un tenue hilo de humo. Ahora ya no me invita a la intimidad de sus aposentos. Debo parecerlo demasiado insignificante. Lo prefiero así, de verdad. Resulta menos incómodo.

Unos pasos más y me doy de bruces con Luis.

-¿La ha visto?

-¿A madame Boquilla? Hace un gesto afirmativo.

-Sí, ¿por qué?

-Por... ¿Sabe usted de dónde viene?

-No. Creo que no.

El muchacho utiliza una mímica altamente expresiva.

-Del sollado de popa, señor.

-¿Y?

-44-

-Verá... Los hombres estaban de francachela cuando llegó...

Lo interrumpo con un gesto destemplado. -Otro día, Luis. Otro día.

Sigo paseando. Una bola de bilis se me atraganta. Después de mucho tiempo, he vuelto al sol, a la luz. La cubierta permanece solitaria. Me acodo en la balaustrada y oteo el mar.

La mirada cae vertical como una sonda y rueda hacia abajo, siempre hacia abajo. Me da no sé qué ver las aguas tan heladas, tan profundas.

Y es entonces cuando se produce la alarma: vibra estridentemente la sirena y una barbulla ensordecedora recorre el navío. Pasos precipitados, gritos, timbres...

Hago un esfuerzo y recupero la mirada. La enderezo.

La isla está a pocos metros, casi al alcance de la mano, envuelta en el vuelo inmóvil de miles y miles de gaviotas.

-45-

Tercera parte

I

Según supe, poco más tarde y por el señor Alfil, el vejete que había ocasionado aquella behetrería era uno de los huéspedes añejos del

transatlántico, prácticamente el decano de todos ellos.

He descendido con rapidez al advertir la escandalera. Conozco ya el camino más parvo, el ascensor preciso, para trasladarme, en un tris, a cualquier punto de la nave.

Estoy en el mismo vértice. Cada cual anda como puede: unos, en pijama; otros, a medio vestir. El súbito tumulto los ha sacado de sus camarotes tal y como se encontraban. Hablan entrecortadamente, profiriendo agudos grititos de sorpresa y emoción.

-Sí, sí. Seguro. Se trata de don Lorenzo. Y cuando ya menos nos lo esperábamos... Lo que son estas cosas, ¿eh?

-Me alegro por él. Además, tiene el tiempo justo para hincar el pico.

El señor Alfil está en el centro del conciliábulo. Es un corifeo indispensable. Conoce su papel y sabe dirigir con propiedad. No dice nada, pero cuando me descubre, se viene hacia mí.

-No ponga esa cara, ¡diablos! No hay para tanto. -46- Un pasajero, un antiguo y deteriorado pasajero que cree que ha encontrado su isla, ¿comprende? Imbécil. Una ruina que se desmorona, ni más ni menos. De golpe, las máquinas del buque se ponen de nuevo en marcha. Sólo unos minutos. Luego, se detienen. El ancla chirría y se precipita hacia las profundidades.

En medio del guirigay, aparecen dos marineros con uniformes de gala. La muchedumbre les cede el paso con respeto. Todos los seguimos, hasta las habitaciones de don Lorenzo.

Don Lorenzo es un caballero arrugado como una pasa y huele a orines que tira de espalda. Los marineros lo transportan en unas parihuelas. Y entonces sobreviene la locura: todos quieren tocar sus manos, su pelo, su ropa.

-¿Se dan cuenta? -dice el viejecito- Hay que tener fe, mucha fe, señores. Algo alejada, madame Boquilla observa la trapitiesta. Una escueta envidia ilumina su semblante. Mientras, el venerable anciano no cesa de babear y reír.

Alguien me pasa el brazo en torno a los hombros. Es el señor Alfil.

-Véngase a mi cámara. Desde allí, veremos en qué termina esta frase grotesca.

Una chalupa está amarrada al costado del buque. Hasta ella descenden a don Lorenzo. Los remeros bogan, aproando la isla.

La isla es una roca áspera. Un refugio para las gaviotas. Una fábrica de guano. Nada hay que permita suponer una muerte fácil, una muerte agradable. Sólo una esfera de silencio quebrada, de vez en cuando, por el hostil chillido de las aves.

-No, no... Esta baza también es mía.

El señor Alfil apenas ha despegado los labios.

La chalupa, entre tanto, arriba por fin a la isla. Desembarcan al viejo carcamal.

-¿Comprende usted todo esto?

Me vuelvo hacia mi interlocutor.

-¿Lo qué?

-Pues, esto: que una piedra, que un simple peñasco perdido en el océano, pueda hacer feliz a ese vejestorio.

-47-

-No sé... Pero, realmente... -mi voz se desinfla. -Soledad garantizada para el resto de sus días que, dicho sea de paso, ya son bien pocos. Un sepulcro per secula seculorum. La Compañía mantendrá a ultranza el secreto. Ni aun sus propios hijos sabrán dónde se halla.
Regresa la chalupa. Tendido en la roca, don Lorenzo agita el pañuelo. La nave se aleja a media máquina.
Me despido del señor Alfil. Voy a mis habitaciones. Pero antes de llegar, unos dedos afilados me sujetan por el brazo.
-El bueno de don Lorenzo ha encontrado, por fin, su isla, ¿eh? -dice, con cierta nostalgia, madame Boquilla.
Me duele el estómago. Me duele la garganta. -Uno más que nos deja.
Una tibia bocanada de humo brota de sus labios.
-¡Su isla!
Tengo ganas de estar junto a ella. -Con su permiso...
Doy un paso, dos pasos. -El supo reconocerla. Me detengo escuetamente, para responder:
-Eso parece.
Y de improviso me pregunta:
-¿Y usted? ¿Usted también lo sabrá?

-48-

II

Anoche, estuvimos jugando al póker el señor Alfil, dos hermanas gemelas y yo. Las hermanas son francesas. Las conocía de vista. Suelen ir a las fiestas, aunque nunca bailan. Toman generalmente refrescos de fresa y limón, nada más. Son algo reservadas y sólo tratan con el señor Alfil. En su alcoba, según se dice, guardan dos hermosos gatos persas, únicos y seguros confidentes.

Nos ganaron la partida el señor Alfil y una de las hermanas, creo que se llama Olga. Nos retiramos pronto. La vida a bordo es así de monótona. Ella está celosa. Su habitual silencio no contiene comprensión, sino encono. En parte, entiendo su actitud. La verdad es que llevo algunos días sin prestarle demasiada atención.

Me acuesto, sin pronunciar palabra. Lo mejor será enfurecerla, tratar de romper el hielo. Pero resulta invulnerable. Se ha pasado gran parte de la noche mirándome con extrañeza. Bajo el aguijón de su mirada, tampoco he podido pegar un ojo.

Amanece. Hay en el ámbito un círculo de metales derretidos. Una luz como esotérica. Me escuecen los labios. Tengo que ducharme. Probablemente el agua fresca me devolverá el sosiego.

Después del desayuno, viene Luis en plan de cotilleo. Me gusta porque es alegre, un pícaro de los de armas tomar. Me cuenta muchas cosas de su vida, de su familia. (Vivía en un barrio periférico, cerca del mar, en una casi chabola resquebrajada y sucia, donde el tufo a sardina mareaba al más pintado. Bueno, aquel olor era privativo de todo el barrio, porque en él se congregaban los pescadores y una caterva de advenedizos que sólo Dios

sabe de qué se mantenían. Tiene madre y dos hermanas, asegura, una de las cuales se echó a la vida y la otra no anda muy en sus cabales, a decir del mismo Luis. Por eso dejó aquello, para embarcarse. Allí no había porvenir para un chico decidido y ambicioso).

La jerigonza de Luis no puede ser más pintoresca y rica de lo que es.

Quizá, por eso, procuro no interrumpirlo. Sus divagaciones constituyen algo así como una terapia, para mis temores. Al medio día, se marcha.

-49-

-Perdone pero tengo que ir a lo de madame Boquilla.

Comemos sin dirigirnos palabra alguna. Ella ha adoptado una indiferencia radical. Me temo que se origine un desplazamiento mutuo en nuestras relaciones.

Cuando termino, me dirijo al bar. Tomaré café. Creo que lo necesito porque me encuentro decaído.

Al pasar frente al camarote del señor Alfil, se me ocurre llamar. Abre su secretario. Un hombre de exagerada nariz, sobre la que se afianzan unos lentes de muchas dioptrías.

-No, el señor no está. Creo que ha salido a cubierta, a tomar un poco el sol.

No puedo reprimir mi perplejidad ante la noticia. Porque mi ya viejo amigo es muy sensible al calor y a las tataradas de brea que emana la cubierta. Claro que es muy dueño también de hacer lo que le venga en gana y si luego lo lamenta, allá él.

Decididamente me voy al bar. Necesito café. Lo necesito.

El barman me recibe con su habitual y extremada solicitud. Después de servirme, murmura.

-Ya falta poco para que finalice mi arresto, señor. Lo felicito, mientras prosigue jovial y dispatadamente.

-Me lo ha comunicado, hoy mismo, el jefe de servicios: «Tomás, dentro de pocas semanas, el capitán firmará la orden de tu manumisión» -suspira-

¿Se da usted cuenta? ¡No sabe lo que significa para mí!

Y entonces me asalta una sospecha.

-Cuando seas libre, ¿qué harás?

La satisfacción se muda en repentino desamparo. Deja caer los brazos, como si fueran los nexos de una infinita subordinación. Creo que ha comprendido la situación. Ambos estamos igualmente condenados. Y no podemos zafarnos de nuestras ligaduras. Se aprietan con las contorsiones y, al final, son carne de nuestra carne. Tanto y tanto llegan a atarnos. Sorbo la infusión.

Tomás se aleja, cabizcaído.

Al momento, entra una de las hermanas francesas.

-50-

No sé si es Olga o Laura. Me mira de soslayo y se dirige a la barra. Entre sus brazos que se cierran maternales, descansa un soberbio gato persa.

Pide unos terrones de azúcar y se va por donde ha venido, sin dedicarme el más nimio saludo.

No me molesta su menosprecio, de veras. Porque soy consciente de que desde el instante mismo en que puse los pies en este barco, todo ha cambiado. He cambiado yo, en realidad. Y conmigo, simultáneamente, lo demás: personas y cosas. Antes, incluso la luz tenía una gradación más neta. Y el mar. Y la noche. Todo.

El señor Alfil se me acerca, jadeante y congestionado.

-Vengo de pasear por ahí arriba. -Sí. Me lo ha dicho su secretario.

Inicia una discreta conversación. Cada dos frases, una carcajada. No me entero de lo que cuenta, en absoluto. Pero disimulo. Ahora, comienzo a ver claro todo este asunto. Y lo veo en su cara, en sus aspavientos, en su bisbiseo, en su lengua incolora y desbocada.

-... sólo supuestos, hijo. Supuestos, islas, gatos persas y desesperación.

Afortunadamente, logro escapar. Lo dejo adormilado en su butaca, como de costumbre, y corro hacia mi camarote. Pero por los mamparos se desliza una tristeza fluida, incontenible, mientras me alcanza, desde el mar, un súbito aviso de abandono: ella ya no está.

-51-

III

Temprano, muy temprano, se produce de nuevo la señal de alarma. Y todo sucede exactamente igual que la vez anterior: pasos precipitados, gritos, timbres, sirenas...

Me asomo al corredor: es una marea viva de seres hacinados, enloquecidos y ávidos. Nadie se entiende. Cada quien pretende imponer su criterio. Cada quien trata de acomodar el desorden. Y se desgañitan todos aumentando la tremenda algarabía.

No entiendo cómo, pero Luis se cuelga hasta mi camarote. Suda y su uniforme ofrece un aspecto lamentable.

-Es ella, señor. En esta ocasión, le ha correspondido a ella.

Un clamor creciente me aturde. La aglomeración se contrae o se dilata, como un repugnante pulpo. Como un pulpo que avanza hacia mi refugio.

Cierro la puerta, echo el cerrojo y me apoyo en ella. Luis me observa, asombrado. Cierro los ojos, pero los suyos -los fascinados ojos de Luis, los ojos ausentes de mi compañera, los insondables del señor Alfil y los implorantes de madame Boquilla- se me quedan dentro. Sus ojos, los centenares de ojos del barco, se me quedan dentro.

Pero los abro de golpe, porque el pulpo me vence, me arrastra. Y alguien me empuja. Y alguien me pateo. Y alguien me hunde. Voy de un lugar a otro. Esto es una mesa de ping-pong, me digo. Y yo soy la pelota, nada más que la pelota. Un olor picante me asedia y siento náuseas. Ignoro quién estaba junto a mí, pero tampoco he podido evitarlo. El vómito le ha resbalado por el pelo, por la nuca, sabe Dios hasta dónde. De pronto, me sacuden un buen golpe.

Luis me hace beber no sé qué potingue. Estoy tumbado en mi lecho. Consigo incorporarme. Me levanto, ando y se me doblan las rodillas. Sumerjo la cara en el lavabo repetidas veces y el ejercicio me despeja. En el corredor no se oye nada.

El señor Alfil entra en mangas de camisa, con la chaqueta en una mano.

-52-

-Discúlpeme, por favor -se excusa-. La alarma me sorprendió en el baño -y

ante mi pasividad y desconcierto, agrega:- Pero, ¿usted no viene?

-¿Dónde?

-A despedir a madame Boquilla.

Ahora lo comprendo: aquella «ella» que dijo me Luis es madame Boquilla. De todas formas, no tengo más remedio que asistir a la absurda ceremonia. Me arreglo en un santiamén.

-Vámonos.

La cubierta presenta un panorama insólito, con una muchedumbre vocinglera y endomingada, tal y como si fuera un día feriado. Madame Boquilla se pasea, muy envanecida y triunfal, entre la pública admiración; viste elegantemente y luce todas sus joyas. Se reconoce centro de la abrumadora curiosidad y no quiere desperdiciar la oportunidad que se le brinda. Nos ve y se viene hacia nosotros.

-¿Y bien?

Con aplomo, el señor Alfil se inclina y le besa la mano translúcida.

-Todo se andará, señora.

Pero ella no se inmuta. Circunda su semblante una aureola de felicidad. Yo diría que está más joven, más hermosa que nunca haya podido estar.

Se acerca un apuesto oficial y la invita a seguirlo. Nos mira, por última vez, con un gesto emocionado. La chalupa espera, con un equipo de remeros engalanados.

Y todavía antes de abandonar definitivamente el buque, se vuelve y saluda a la concurrencia, con un soberbio ademán. Pero me parece que la boquilla de ámbar le tiembla, con ligereza, entre los labios. Aunque es muy posible que sólo sea un escalofrío.

Poco después, la chalupa navega rumbo a la isla. La minúscula isla tiene dos graciosas palmeras y una playa de aguas inmóviles.

-¿Se da cuenta? Otra porquería de alucinación, como la de don Lorenzo.

La voz del señor Alfil suena con cierta amargura. Se acoda en el pasamanos y murmura algo ininteligible.

-53-

Regreso al camarote y observo, en mi soledad, cómo madame Boquilla toma posesión de su islita. Su gozo apenas cabe en el reducido ámbito. Y siento que algo se rompe, para siempre, que algo ya no admite soluciones. Siento el lastre de la nave. Un lastre de carroña y sumisión. De manera que me quedo solo. Solo con Luis que ha llegado con una carga de congoja de buena ley.

-Se ha ido, señor. Se ha ido.

-54-

IV

y último

Tampoco el comisario sabe nada.

-Lo lamento, créame. Pero soy algo miope, ¿comprende?

-Comprendo.

Pero nunca hubiera sospechado su desdén. Ni el de todos los demás. La

incomprensión de todos los demás. El señor Alfil abre una rendija. Por ella, asoma sus ojillos turbios y nocivos.

-Estoy muy ocupado, señor mío. Tengo demasiados negocios que atender. No, tampoco el señor Alfil. Ni Tomás, el barman. -Aquí entra mucha gente y uno no es buen fisonomista. Así que...

Invariablemente, las puertas se me cierran de golpe y se hace muy difícil encontrar a alguien, porque se han prohibido reuniones y fiestas. He intentado entrevistarme con el capitán en persona. Pero, nada.

Me refugio en el camarote, seguro ya de que he transgredido alguna norma. Pero sólo me importa el hecho de que ella ha desaparecido y con ella, parte de mi identidad. Y así transcurren los días y se desarrolla la pesadumbre y la monotonía y la angustia. Hasta que la nave, quizá a impulsos de unos vientos despiadados, acierta a pasar de nuevo cerca de la isla en la que, hace unas semanas, desembarcó madame Boquilla. Hay un trasiego de barlovento a sotavento. Y la nave se escora. Pero no alborotan timbres, ni gritos, ni alarmas. Es un tumulto sordo.

Avizoro por el portillo: la isla se encuentra próxima y sobre la playa, se yergue la silueta inconfundible de la madame. Enfoco los prismáticos y me devuelven una imagen desastrosa: la pobre mujer se halla convertida en una piltrafa, en un montón de huesos y piel, de cabellos lacios y ropas desgarradas. Con una prenda de color escarlata, nos hace señas.

Desde cubierta, me llegan fragmentos de una conversación.

-55-

-... sería incapaz...

-¿Que no?... Pues, ¡fíjate!

Madame Boquilla se arroja al agua y nada hacia nosotros.

-Doble contra sencillo a que no aguanta esa ola.

La aguanta y otras muchas. Ha descubierto el engaño y saca fuerzas. Y hasta, por unos instantes, parece que va a lograr sus propósitos.

-... ni un minuto más.

Pero pasan cinco y diez minutos. Se debate entre la espuma desabrida de la marejada.

Comprendo que no debo permanecer impasible. Es necesario proceder con urgencia. Y cuando intento salir, me lo impide el señor Alfil que se mete en mi camarote, con dos hermosos gatos persas y una sonrisa de cinismo inconmensurable.

-Pero, ¿qué pretende usted?

Apenas baluceo algunas palabras. De nuevo, me invade un sopor pesado (hay un pastor en la Alcarria y una oveja herida. «Y si vuelves alguna vez que sea para hablarme de tus muertes, de tu lucha». Pero, ¿acaso se puede volver?).

-¡Mire, mire!

Madame Boquilla desaparece, ya para siempre, en la cresta voluptuosa de una ola. Entonces el señor Alfil tira por la portilla los dos gatos.

-Ya no sirven.

Me mira con dureza. «Ya no sirven». Puede tratarse de una clave. Pero confío en mi hora.

-Supongo que aprenderá con todo esto.

Alzo los hombros, con desgana. De repente, el señor Alfil ya no tiene vigencia alguna. Para mí, no tiene vigencia alguna. El mismo se ha

desenmascarado. Recojo mis cosas: una muda interior, unas sandalias y varios pares de calcetines.

-Pero...

Ahora, sé que puedo reír cuanto quiera. El anciano se contorsiona y dice algo, entre muecas. Pero no lo escucho. Ya todo es silencio. Un silencio hecho de otros silencios. De silencios infinitesimales. Y ella está allí.

Sí, precisamente -56- en un silencio rubio. Por eso el silencio no me afecta. A él, mucho. Al señor Alfil, digo. El silencio lo desarticula.

Salgo. Un aluvión de golpes me derriba sobre el piso. Pero me arrastro, me incorporo y continúo. Es preciso llegar.

Los corredores mantienen su rigurosa soledad, tan dilatados, tan solitarios, como de costumbre. Encuentro una voluta de humo, la olfateo: madame Boquilla. Más adelante, adivino una huella. La reconozco de inmediato. Aquí, reposamos juntos, al principio de las cosas. Vago por las galerías. El silencio viene a mi lado. Y siempre será así. El silencio y también el vértigo.

(«Y si vuelves alguna vez que sea para hablarme de tus muertes, de tu lucha». ¡Cuánta estupidez, Dios!). Por fin, alcanzo la cubierta. Bajo un sol pálido y amarrada al costado de la nave, una chalupa me espera.

-57-

Inútil caballo de noche

Juanco espió a la gran rata desde su escondrijo. Contuvo el aliento y oprimió la botella entre ambas manos. Estaba apercebido para la liza: el pecho bien afuera para disolver aquel leve e indiscreto amago de temor o de repugnancia, las mandíbulas apretadas, las manos prontas, ceñidas al vidrio terroso.

La rata estaba a tres metros escasos. Corría, con su paso ágil, nervioso, se detenía para husmear cualquier desperdicio y volvía a correr. Juanco esperó. Sabía que la rata lo despreciaba, que aún habría de aproximarse más con la confianza de quien ha esquivado, muchas otras veces, análogo peligro. El roedor se detuvo, por fin, a dos o tres pasos. Era el momento preciso. No debía errar el tiro. Juanco arrojó la botella.

La rata profirió un áspero chillido mientras daba un bote de dos palmos. Luego, quedó inmóvil en medio de los cristales rotos y de un charquito de sangre oscura.

Juanco salió de tras el tonel. Tenía toda la arrogancia del vencedor. Se acercó al animal y lo cogió por el rabo. Pero la rata debía tener vida aún porque se revolvió para morder el dedo pulgar del muchacho. Juanco gritó tan ásperamente como lo hiciera la rata segundos antes. Arrojó al animal contra la tierra y lo remató con un canto golpeándole la cabeza hasta que el canto se puso rojo.

-58-

Con la rata colgando de su mano, el muchacho se acercó a la pila de leños

y la dejó caer por una de las chimeneas laterales. Después, manipuló con la azada. Aquel día, sí que iba a carbonear a sus anchas.

Sólo alzó la cabeza cuando percibió el pitido del tren. Con sus ojos bovinos, abiertos siempre en un asombro cerril, avizó el tren que pasaba. Juanco agitó la mano igual que lo hacían aquellos hombres que miraban por las ventanillas cada vez que el tren cruza por frente a su chabola. Y se preguntó, de nuevo, dónde iría aquella recua de vagones y qué harían y quiénes serían aquellas gentes. Y siguió agitando la mano hasta que el tren fue sólo un punto negro y desolador.

Se lo había preguntado a su padre, hacía meses, y su padre se limitó a proferir, por respuesta, un par de irónicas risotadas. No hizo él mucho caso, sin embargo, por que solía llegar su padre algo mamado, con dos cuartillos de tinto, siempre que se acercaba al pueblo. Pero a Juanco la idea se le había incrustado de tal forma allá adentro que no había quien la sacase.

Verdad que era hostil la paramera: dilatada, monótona, agreste. Ellos, Juanco y los suyos, tenían la choza en un altozano donde sólo brotaban matojos parduzcos o amarillos. Y más abajo, en la torrentera de piedras y ba suras, vivían los otros: gitanos y buhoneros, mendigos, vagabundos, gentes hoscas de mirada huidiza y manchosa. Cuando la lluvia, el ramblazo se llenaba de súbitos hervores. Bajaban las aguas y derretían las casas y las arrastraban y hasta, en ocasiones, las aguas se llevaban también a alguna que otra persona: como al Tumbao, que lo encontró la pareja de civiles tres días más tarde hinchado como un sapo. Luego, aquellas gentes u otras iguales apañaban los bohíos con sacos y cañas, con fango, y ¡a vivir! Que era eso lo importante.

El padre de Juanco se dedicaba a la carbonería. Allí tenían la industria: pilas de madera y grandes rimeros de cenizas sobrantes. Juanco, con sus quince años en el costillar, ayudaba a su padre en la faena y lo sustituía en no pocas ocasiones. Sabía el oficio, aunque le había costado hacerse con él; al principio, sólo extraía de las tierras sus -59- buenos montones de cenizas, pero a fuerza de mamporros y de perseverancia, Juanco llegó a ser un hábil carbonero. Con frecuencia, cuando al caer la tarde dejaba la pala, Juanco se iba vía adelante saltando de traviesa en traviesa o jugando a hacer equilibrio sobre los raíles. Hubiera deseado Juanco seguir la vía hasta más allá, pero mucho más allá, del horizonte que tantas cosas le segaba. Pero se lo impedían los padres y Rafa, su único y menor hermano, un zagal de seis años pálido también, quién sabe si de tristura, que se le iba a remolque cada vez que lo atisbaba imaginando viajes. De todas formas, casi siempre resultaba fructífero el paseo porque a ambos lados de la vía encontraban trozos de pan, botellas y hasta, una sola ocasión, dos morcillas enormes.

Había severidad y reproche en la mirada de aquel señor. Los dedos de aquel señor tamborileaban sobre la mesa incansablemente.

Frente a él, Juanco dejó escurrir la vista hasta el pavimento. Las manos de Juanco iban de las ingles a las rodillas y viceversa. Las manos de Juanco, sin poderlo remediar, seguían el ritmo de aquel tamborileo que fluía por entre los dedos del hombre calvo.

Juanco tenía miedo. Y para escapar de aquel temor que, poco a poco, lo violaba, pensó en lo que estaría haciendo allá en su tierra a aquellas

mismas horas.

Cuando mediaba la tarde, Juanco y el «Pizca» se pusieron al acecho. No tuvieron que esperar demasiado. La Amparo llegó con aquel su habitual, salvaje desaliño del que tanto gustaban. No se preocupó mucho la mujer de si habría alguien en las cercanías porque, sin mirar a su alrededor, se alzó las faldas y se acuclilló entre las peñas.

Los dos muchachos tragarón saliva. Respiraban con dificultad y tenían desorbitadas las pupilas y tensos los músculos.

Aquella fue la primera vez. Luego, volvieron otras muchas. La Amparo era puntual para su cuerpo. Era una moza alta y algo metida en carnes que no andaría aún por los veinticinco años.

Pero un buen día, sin que nunca supieran cómo, la Amparo los descubrió. Hecha una furia, con la greña caída -60- y las faldas bien arriba, salió tras ellos y la emprendió a chinazos. Huyeron ellos pero una de las piedras alcanzó a «Pizca» en el tobillo y quedó allí tumbado mientras Juanco escapaba hacia su chabola.

Cuando minutos después volvieron a reunirse, el «Pizca» le explicó que la chica le había dado de patadas, siempre con las ropas por la cintura, y le había llamado puerco y cabrón. La cosa terminó entre risas torpes y nerviosas.

Había cesado el tabaleo. Juanco, sorprendido por el tan inusitado silencio, levantó la cabeza. El hombre calvo lo miraba ahora con un gesto más benigno.

El hombre paseó por el despacho. Se detuvo junto a él y le oprimió los hombros con aquellas manos impolutas.

-Nada tienes que temer, muchacho.

A Juanco le entraron ganas de abrazar al extraño. Quiso, entonces, haber llorado pero permaneció mudo y seco, con los ojos bajos, fijos en las figuras del mosaico.

El hombre se acercó a la gran mesa y pulsó un timbre. En seguida, penetró en el despacho una joven alta y huesuda que le dirigió una mirada de curiosidad. La joven se puso unos lentes y tomó asiento frente a la máquina de escribir.

-Bueno, chico, al menos me dirás tu nombre y el de tus padres, ¿eh?

Juanco hizo un movimiento indefinido. El hombre se frotó las manos.

-Muy bien, muy bien. ¿Cómo te llamas? -Juanco.

-Juanco..., ¿qué? Juanco.

A pesar de ser invierno, el sol pegaba de firme. Temprano empezaron a carbonear. Esperaban un camión y era, pues, necesario que activaran la faena. No cesaron hasta el mediodía. Comieron potaje y descansaron sólo el tiempo justo para que el padre se fumara uno de sus cigarros.

A eso de las cinco y pretextando una necesidad, Juanco se alejó de las carboneras y de su padre. De un -61- pequeño roquedal próximo a la vía cogió el hatillo que había guardado. Después, con una reciente firmeza, echó a caminar vía adelante. Juanco tenía el propósito de huir para siempre de aquella odiosa paramera, de no regresar nunca más, pasara lo que pasara.

El sol se amagaba por tras la cordillera azul. El muchacho se preguntó cuánto tardaría en llegar a la ciudad. Había estado en ella sólo tres veces, pero con su padre y en viajes rápidos, de negocios.

No se habría alejado aún doscientos metros de la casa, cuando percibió unos pasos breves a su espalda. No tuvo necesidad de volverse para saber quién le seguía. Era Rafa, su hermano. Un minuto más tarde, Rafa lo cogía de la mano y sin decir palabra caminaba junto a él. Para Rafa aquello no significaba más que otro de los acostumbrados paseos. Para Juanco era una total liberación. No podía, pues, permitir que sus proyectos se fueran al traste por aquel mocoso. Sin embargo, se dijo que nada podía hacer para evitar la intromisión. Si lo despedía con malas palabras, el pequeño correría a contárselo a su padre y éste lo alcanzaría. Si le golpeaba, sus gritos advertirían a los suyos. Por otra parte, una explicación hubiera resultado baldía porque el chico estaba en agraz y nada podía comprender. Lo prudente era callar, seguir caminando y esperar que el mismo camino le brindase una solución.

Anduvieron en silencio hasta que el yermo se espesó con la oscuridad. Rafa jadeaba. Estaba cansado del prolongado paseo, sin duda. Juanco le apretó la mano. Pretendía trasvasarle su enérgica resolución. Pero sólo consiguió que su hermano profiriera un lamento de asombro y dolor.

-¿Pa dónde vamos, te?

Juanco no respondió. Y como si aquella pregunta hubiera hecho mella en su ánimo, alargó el paso e hinchó el pecho de aire frío de la noche.

-Padre dirá que es tarde, te.

Juanco se subió a lomos al zagal. No quería que su hermano presintiera lo que realmente estaba sucediendo. Tenía un miedo grande a perder esa libertad por vez primera, se le ofrecía en toda su anchura.

-62-

La noche venía densa, se apretaba en los nubarrones de bordes desgarrados y brunos, como un agua sucia mineralizada de súbito. Y de aquella oscuridad, se precipitaba un helor riguroso sobre los dos muchachos. Rafa temblaba de frío y de hambre. Dejaba escapar hipidos entre el castañeteo prolongado de sus dientes. A Juanco le dolía en las costillas el cuerpo aterido de su hermano. Se dijo que necesitaba buscar un refugio y dormir a cubierto, más por el pequeño que por él. Luego, con la amanecida, proseguiría la andadura.

Dejó al zagal en el suelo. Sin alejarse mucho de la vía, Juanco buscó y encontró buen asilo en la oquedad de una muralla roqueña. Juanco hizo sentar a su hermano y le dio unos mendrugos que llevaba en el zurrón. Mi entras Rafa devoraba el pan, él procuró hacer alguna leña. Encendió los matojos y crepitaron éstos alegremente. Pronto, se caldeó el pequeño recinto. Rafa sonreía ahora y dejaba que sus manos hendieran las vivarachas llamas. Juanco dijo a su hermano que se acostara. Le puso el hatillo a modo de cabecera y con su chaqueta lo arropó. Después, Juanco se apoyó en el poroso muro de roca.

Sólo se oía el viento raspando la superficie rugosa de la llanura. Juanco cerró los ojos y se preguntó, nuevamente, qué haría con el chiquillo. Se le ocurrió que podía irse ahora y dejarlo allí hasta que alguien lo encontrase. Pero no estaba muy seguro de si Rafa dormía realmente o sólo lo fingía. De cualquier modo, si Rafa volvía junto a los padres podría delatarlo y darles la dirección que había seguido. En el cerebro de Juanco se sucedieron toscas y prometedoras imágenes. Sobre todas, prevalecía la de su libertad, que tenía que conservar a cualquier precio.

Juanco miró al pequeño. ¡Qué ajeno estaba Rafa de tales pensamientos! Se agachó y lo besó en la pálida mejilla. Al levantar la cabeza, Juanco se quedó paralizado al dar una vuelta y ver que Rafa se había acercado a las brasas.

Primero tuvo un escalofrío, luego un sobresalto. Pero no hizo nada por evitar la terrible proximidad. Sus ojos, con sólo describir un ligerísimo arco, iban del rostro de su hermano a las ascuas. Y se mantuvo inmóvil por el -63- estupor que le causaba aquella idea que se abría paso a empujones por entre las otras.

El viento era más crudo, soplaba con mayor violencia, como queriendo avivar las llamas y su oscuro pensamiento. Juanco volvió a cerrar los ojos mientras sus manos acariciaban las facciones de Rafa con increíble suavidad. Los abrió para escudriñar aquella carita que ahora oprimía entre sus dedos recios y nerviosos.

La mecanógrafa se había marchado. Sólo estaban con él aquellos dos hombres: el de la calva y el otro que llegó después.

Juanco pensaba en la Amparo, en «Pizca», en Rafa. Pensaba en los bigotes de aquellos dos guardias que le habían cogido y en sus fusiles que brillaban tanto o más que la calva de aquel señor. Pensaba, sobre todo, en la visita al depósito. Se había tenido que inclinar sobre el cadáver desfigurado de Rafa.

-¿Es ese tu hermano?... ¡Contesta, canalla!

Juanco, al sentir el golpe en plena nuca, dijo que sí, que era su hermano.

Lo llevaron a muchos otros sitios antes de encerrarlo en la oficina del hombre calvo. Y él iba por las calles, siempre entre dos guardias, sonriendo a cuantos le miraban. ¡La ciudad! Por fin era libre, por fin se había independizado de aquella tierra asquerosa, de aquellos padres asquerosos, de aquel trabajo asqueroso y duro.

El hombre de la calva, no; el otro, paseaba a derecha y a izquierda. Sus manos, las manos de Juanco, iban de las ingles a las rodillas al mismo compás que seguía el hombre en sus paseos. Cuando se detuvo, las manos de Juanco también se detuvieron.

-¿Por qué lo hiciste?... ¿Por qué?

El calvo se había puesto a sus espaldas y Juanco sentía el aliento tibio junto a su oreja.

-Es mejor que hables claro, muchacho.

Entornó los ojos. Hacía un mes, sobre poco más o menos, a aquellas mismas horas, estaba viéndole el culo a la Amparo.

-Vamos, hombre. No podemos perder más tiempo.

-64-

Tan sólo seis días atrás, se había ido con «Pizca» a cazar sapos a las charcas que se formaban en la torrentera, después de los chaparrones.

-Vamos, vamos, no me hagas perder la paciencia -y con un tono más crecido, agregó:- ¿Por qué lo mataste?... ¿Por qué?

Juanco se estremeció. Un fuerte sollozo le hizo doblarse sobre sí mismo y comenzó a llorar.

Y es que Juanco pensaba entonces en la vieja rata gris que había quemado en la carbonera, en el animal que había vertido su sangre oscura a dos o tres pasos del tonel.

El palomar

1

A las cinco de la tarde, de tan absortas y taciturnas, las cinco parecían remotos idolillos circunspectos. De vez en cuando, alguna se hurgaba los dientes. O eructaba. O escupía.

A las seis de la tarde, hubo un leve, breve estremecimiento general. Hacía frío. Y sólo el frío desvaraba por bajo la puerta, por bajo las haldas, por sobre los muslos estriados de varices. Quizá por eso, a las seis, las cinco restregaron las nalgas, veleidosas y encallecidas, sobre las cinco sillitas de enea.

A las siete de la tarde, las cinco, sin saber exactamente por qué, enlucieron sus bocas con tibias sonrisas amañadas, con tibias promesas heñidas en el hambre misma de cada día.

Y eran las ocho, cuando las cinco, que desde las cinco de aquella tarde, y de otras muchas, habían permanecido ovilladas y mudas, dejaron fecundar sus pequeñas risas y se miraron -casi se midieron, más bien- con un gesto de inadvertida resignación.

El primer parroquiano pidió un chato de blanco y, mientras lo sorbía morosamente, lanzó furtivas ojeadas a las cinco mujeres que, algo diluidas en la humilde penumbra, lo estudiaban sabia y anhelantemente.

Pero debía llevar prisa aquel primer parroquiano de -66- la tarde porque, tras largarse el vinillo, salió por el mismo palmo de puerta que dejara abierto al entrar.

«La Pechugona» resopló a lo ancho de la taberna y dijo ciertas letrillas, en una melopea dúctil, referentes al mamacallos y a la cicatera hombría de algunos.

2

A eso de las nueve, las cinco se holgaron calladamente: habían llegado varios militares sin graduación y dos verracos de paisano.

Andrea hizo un guiño al más joven de los quintos. Y el mozo irguió el pecho, bizqueó el mirar, introdujo la mano derecha en la hebilla del cinto y dio varios lengüetazos glotonos a lo largo de sus labios.

Pero Andrea volvió a ovillarse, a ser carne de torpe idolillo. El rostro lampiño de aquel soldado, le sugirió, sabe Dios por qué, otras facciones más suaves, más recientes. Andrea, con tierna, con limpia gratitud, percibió entonces cómo la leche afluía a sus senos.

Sólo alzó la cabeza cuando supo, por el precipitado pateo, que los mozos se iban con el toque de fagina en los talones.

3

Uno de los paisanos, rechoncho, tripón y de malévolos ojillos, tomaba copas de coñac y fumaba cigarrillos bisonte. Lucía, en el lúspido índice, una alianza, y valoraba, medía y cubicaba a las chicas con aires de perito insobornable.

Flor, con su aspecto lánguido e infantil, fingió arrumacos bisoños. Flor tenía un hermano tísico y algo escorado del hombro izquierdo, que administraba, organizaba y subastaba, cuando era necesario subastar, la industria. El tísico le decía a Flor que los hombres eran unos borregos de solemnidad y que de la tal coyuntura había que sacar hasta el tuétano. Y así Flor, que en humildad y -67- obediencia se parecía mismamente a su madre, se dio a correrías y malaventuras antes de sumergirse en la tibia dulzura de «El Palomar».

El hombrecillo tripón, después de sorber la tercera copa, se fue hacia Flor, se plantó delante de ella en actitud dura y recelosa, y terminó invitándola a una caña o a lo que fuera.

Flor pidió una cerveza con hígado a la plancha por que tenía el estómago deshabitado y se ruborizaba cada vez que sus tripas emitían sonidos oscuros y ligeramente sospechosos. Mientras comía, el chaparro le sobó un muslo y le pellizcó el trasero. «Tienes las carnes duras, hija», le susurró poniéndose tierno. Flor sonrió provocativamente y hubiera llevado mucho más lejos su provocación de no haberse atragantado con aquel hígado. Flor tosió. Flor lagrimeó. Flor babeó con timidez, hasta depositar, sobre la manga de su amigo, una bazofia densa y negruzca.

Mientras el hombrecillo tripón, de ojos melifluos, injuriaba, renegaba, maldecía y frotaba su gabardina con el pañuelo empapado de sifón, la muchacha, muy sofocada y trémula aún del pasmo, recibía la caricia amagada, torpemente maternal, de Amparo «La Pechugona»: «Márchate, niña, tú estás algo tocada».

Cuando los verracos de paisano se esfumaron, su compañera le repitió que se marchara a su casa. Flor le mostró un papel arrugado y le dijo que era para Jaime, para su hermano. Amparo, con el amplio y fino ademán de una dama, le replicó que ella misma lo mercaría si la noche era propicia y que si no, lo pediría de fiado en la botica de don Nicolás.

Durante un par de horas, nadie entró en la tasca, salvo el reseco y cetrino Francisco González González, rey de la gitanada local.

4

Al filo de la medianoche, irrumpió la trashumante caterva de mozalbetes, algo mamados y con ganas de pulla, -68- desmelenada, untuosa la pelambre. Charo fue hacia ellos ensayando sus más lúbricos andares. Charo les pidió un pitillo rubio.

Charo Fuentes, oriunda de la vega oriolana, convivía, con otra muchacha de su misma o muy parecida industria, en el desván de una añosa casona. Charo Fuentes, que tenía aprobados varios cursos en la Escuela Profesional de Comercio, alimentaba secretas novelerías al cobijo de aquel blasón que campeaba -recomido, triturado, desyelmado- en la clave del arco.

Charo, aquella noche, como otras muchas, cantó y bebió, bebió y cantó, hasta que se le desinfló la voz y se le voltearon los ojos. Entonces Charo Fuentes, algo mimo silla, acercó sus altos pechos al pecho del mozallón. Pretendieron llevársela con ellos, pero Charo, por último, declinó el paseo. Porque le gateaba, garganta arriba, una apretada congoja. Porque escocía jugar, otra vez, al dulce, al efímero juego de las marionetas. Porque se le habían roto las cintas del sujetador y se reconocía demasiado vulnerable, demasiado ilusoria.

Tornó, pues, a su sillita de enea, al sopor de cada hora, de cada minuto, al muelle refugio de los recuerdos volanderos, de las volanderas afirmaciones. Charo Fuentes se agitó, de nuevo, con las aristas en el costillar y escuchó las rondas de los mozos, sus guitarras, el bullicio de la romería en la noche fúlgida de San Ramón, mientras Fermín, el rabadán de ojos reptilinos, le rasgaba la blusa. Charo Fuentes, que tenía un corazón pequeño, pero cabal y amable, dedicó aquella noche un leal recuerdo para el Fermín multicéfalo y único, perdurable e instantáneo.

5

Cuando barruntaba a un señorito, Elvira blanqueaba el mirar e, inevitablemente, discurría en su Gustavo Adolfo. Claro que aquél no tenía los ademanes finos, ni la gallarda apostura de su Gustavo Adolfo, pero resultaba más correcto que de ordinario y sus palabras, de tan extrañas, olían a cosa santa.

-69-

Elvira conoció a Gustavo Adolfo Bécquer en un cabaret del Paralelo. Bailaron un «rock and roll» y el muchacho, que apestaba a vino y sudor, le dijo que era poeta y le recitó unos versos ante los que Elvira no supo -ni si quiera lo pretendió- negarse a nada. Desde aquel entonces, Elvira los repetía con unción mística:

Por una mirada, un mundo.
Por una sonrisa, un cielo.
Por un beso, ¡ay! Yo no sé
qué te diera por un beso.

¡Ay! Qué felicidad saberse amada así. Claro que el noviazgo se rompió en el aire mismo de misterio donde había fraguado. Y se rompió sin estridencias, sin preludeo alguno. Simplemente, se rompió cuando ella pudo entregarle los últimos dineros necesarios para la edición de su gran obra.

Luego, después de varios meses, el maestro don Agustín la tomó de la mano en la penumbra del departamento de tercera clase, y le fue soltando, entre honestas vaharadas de chorizo y tortilla a la española, la emocionada caricia de aquellos versos. Don Agustín, aunque tullido de nacimiento, era individuo venerable y de muchos saberes, de forma tal que, con toda su miopía brincándole por sobre el vidrio, le narró también la vida, muerte y milagros del vate Bécquer.

Elvira abandonó el departamento y el tren en el primer apeadero, y estuvo allí desaguándose en llantos, bajo la luz oxidada de una tulipa.

6

A las cuatro de la madrugada, las cinco mujeres jugaron sus últimas bazas de buena voluntad. Pero aquella noche, como otras muchas, pintaba la mala uva.

Andrea se restregó los ojos, pensó en su pequeño y acarició con suavidad los pechos donde se embalsaba la mansa leche.

-70-

Charo se relamió los labios reseco, cuarteados por el alcohol y dejó sus brazos caer hasta el suelo.

Elvira se dijo que iría a misa de seis. Sólo faltaban dos horas. Después tomaría un vaso de malta, bien calentita, y a la cama, a dormir hasta la tarde siguiente.

Flor sonrió a Amparo. «¿Crees que nos fiará don Nicolás?». Y se quedó mirando a su compañera como en una súplica.

Amparo profirió una opaca letanía y le devolvió la sonrisa. Pues qué, ¿acaso no había aún hombres? Entornó los ojos e hinchó el enorme busto con serena confianza.

A las cinco de la madrugada, de tan exhaustas, de tan pálidas, de tan inmóviles, parecían cinco idolillos torpes y circunspectos.

El amo del bochinche, fregó los últimos vasos, pasó un paño húmedo por el mármol del mostrador, se desperezó, batió palmas y les gritó que ya era tarde, que se largaran a la calle.

Pero aún tardaron en comprender por qué el aire nuevo de la mañana, de cada mañana, les llevaba, junto al chillido del huésped, el husmo desabrido de la ciudad.

El tiempo fasto

Me dicen Roberto y tengo treinta y dos años. No sé ni de dónde he salido, ni cómo se llamaban mis padres. Pero no soy un cualquiera. He vivido, he corrido por esos mundos de Dios, he bregado de firme y tengo las carnes llenas de mataduras. Tampoco sé ni para qué. Digo yo, si serán para que se note que nunca me he rebajado.

Ahora estoy en una pequeña capital de provincia. Algo fría, tal vez, pero tranquila, muy tranquila. No me puedo quejar. Sobre todo porque don Darío se me antoja un bendito, aunque algo lerdo, que todo hay que decirlo. Don Darío Ridruejo es mi amo.

Tiene gracia. A don Darío le han colgado el sambenito de sabio. Total porque es catedrático. Claro que no me importa demasiado. Sé que a la gente le gusta incordiar. De cualquier modo, es natural que don Darío, como buen cristiano, tenga sus rarezas. Y cuando se pone a lo culto, dice que soy un... ¡qué sé yo! Pero, bueno, lo dice sin ánimo de molestar. Creo que don Darío es un santo o algo por el estilo al lado de aquel mostrenco al que llamaban «El Cagarruta», trajinante de mala ralea, que fue mi amo durante algunos meses.

Doña Matilde, la mujer de don Darío, sí que me pone como loco. Doña Matilde es una bestia de tiros largos. -72- Doña Matilde, hembra de muchas y reidoras carnes, no pierde el turno para endilgarme sus buenos torniscones en el pescuezo. Doña Matilde, en fin, me llama zamarro porque no logro hacerme con el inglés, pero ¡qué idea...!

Para mí tengo que doña Matilde anda algo ida desde que la palmó el chico, que en Gloria esté. Sea lo que fuere, el caso es que don Darío y yo la odiamos con odio sanguinario. Aunque lo disimulamos, por si las moscas. Siempre que hay jollín, don Darío llega perdiendo el culo, me acaricia y se duele de su cobardía.

-¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!...

Don Darío, más sosegado, toma el periódico, enciende un habano y se deja caer en la butaca. Don Darío, que es hombre de hábitos, se despabila un sueñecito hasta que lo empoma doña Matilde y, de nuevo, le arma la de Dios. Lo pone de guarro y vilordo que da pena, ¡y todo por una miaja de ceniza! Pero la cosa no termina ahí, ¡ni hablar! Doña Matilde, con muchos humos, se vuelve, me casca un sopapo y me pregunta que qué miro. ¡Qué mujer, don Darío!... ¡Qué mujer!... Momentos hay que... no sé, no sé. Pero todo esto son menudencias, no más. Mi vida es una vida plácida y ordenada. Cada mañana, don Darío, a las nueve menos cuarto, sale para el instituto con su abrigo negro y su cartera negra y su paraguas. Entonces las mujeres hacen la limpieza. Doña Matilde sacude el polvo siempre con la pechuga muy inflada. La Petrita canta coplas y empina el trasero mientras friega los pisos. Al mediodía, me llevan a la cocina y me dan buñuelos de viento o sopas de leche. En un principio, no había quién me hiciera tragar aquellas porquerías, pero... ¡qué remedio!

Don Darío, me creo que ya lo dije, es hombre de costumbres. Desde que la

palmó el chico, que en Gloria esté, no sale por las tardes. Las pasa en el saloncito, junto a la estufa, leyendo en los papeles. A don Darío se le alumbran los ojos con una candela que se me antoja algo astuta.

Yo y don Darío somos dichosos esas tardes, ¡lo juro! Son tardes largas melancólicas, casi pasmosas. Tardes en -73- las que se diluye mi mudez. Tardes en las que se columpian las campanas de la colegiata y resbalan por los aires como vencejos. A menudo, doña Matilde nos revienta la quietud. Doña Matilde tiene la rara afición del clavicémbalo y cuando toca, no tolera ni un suspiro. Como me la conozco de sobra, simulo dormir y ¡allá se las apañen!

Los domingos sí que son para no mentarlos. Los domingos, doña Matilde recibe e invita al té. La cosa queda muy fina y doña Matilde se cuelga los pendientes y el broche de perlas. A la Petrita la viste como de feria: toda empingorotada y con un sombrero o algo parecido que le cae muy cursi.

A don Darío es mismamente como si lo despanzurrasen. Da grima barruntarlo con sus botines y su cuello duro. Don Darío apenas habla. Se deja sobar, llevar, traer, preguntar, etc. Cuando se largan las madamas, el pobre suelta el resuello y se repantiga en su butaca. -¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!...

Las amigas de doña Matilde son de peso, de la buena sociedad, de esas que se las saben todas y hacen punto para los niños panzones y piojosos, y despotrican de todo y con todo se santiguan y dicen palabras santas y cuentan cuentas de rosario y hablillas de los arriscados coadjutores. Son señoras finolis y muy dadas al prójimo que sorben el té maravilladas del chispeo de las joyas.

Los amigos de don Darío ya son harina de otro costal. Se reúnen muy de tarde en tarde, y forman un grupo locuaz y muy culto. Allí está el pediatra don Juan Castroviejo que prodiga chistes subidos y gusta, según es notorio, de palparles el culo a las mozas. Allí también don Ángel Núñez, adjunto de Historia, liberal e inteligente pesquisidor.

-¡Defínase, don Juan!... ¡Defínase, y déjese de historias!

Y el registrador de la propiedad don Ricardo Cifuentes, que anda siempre medio enjumado y como ido.

-Aquí, lo que hace falta es más dignidad, ¿no es cierto, don Ángel?

Mi amo se despepita por meter baza.

-¿Y qué me dicen ustedes del Plan Badajoz, eh?... ¿Qué me dicen?

-74-

Don Ángel lo fulmina con su mirada. ¡Pobre don Darío! con ese cuento de ser sabio, lo han arreglado. Me da mucha lástima don Darío pero nada puedo hacer por él.

¡Qué cosa disparatada es la vida! Por eso me he negado siempre a hablar.

No te aclaras tampoco, no te vale para nada. Además, no es cosa de un servidor. Yo soy como soy y no tengo por qué andarme con rodeos.

De todas formas, hay asuntos que me distraen. Por ejemplo, las cosas que se hacen la Petrita y el militar que viene cuando mis amos se marchan al teatro. ¡Menudos pellizcos se arrear! Sí, son cosas que me ponen cachondo.

Aunque no sé por qué, la verdad. Ni jamás lo he sabido. Debe de ser algo casi mágico porque el mozo y la Petrita ponen unas caras y soplan de una manera muy curiosas. ¡Lástima que no venga con más frecuencia el quinto

ese!

Mi vida es una vida plácida y ordenada. Pero también una vida vacía. Y es que no tiene sentido eso de estar así, siempre lo mismo, siempre sin que nada acontezca. En ocasiones, cuando vislumbro tras los cristales el aire bullidor y azul, me entran ganas de romper a bocados la cadena. Sin embargo, la ventolera pasa pronto, a Dios gracias. Hace muchos años, cuando lo de «El Cagarruta» ya me las piré una vez. Total para nada, porque fui a dar en una corraliza negra y fangosa de donde no había quien saliera. Me mamé la noche entre tiritonas y bramidos por que las ratas no hacían más que porfiar. Luego, cuando volvieron a encadenarme, sentí un gran alivio, lo confieso. Y es que no sé cómo comportarme; estoy desentrenado para estas andanzas. No sé casi nada, ni siquiera si tengo linaje o soy un tipo extrañamente abortado. Pero conozco mis principios, los míos, y nunca hablaré. No me rebajo. Es mi evangelio. Quizá por eso tenga las carnes cubiertas de costurones.

El cadáver de doña Matilde huele con un olor agrio y fuerte, como si talmente hubiera reventado la muy puerca. En los ojos de don Darío alumbra hoy la singular candela. Don Darío ha trabajado con su acostumbrada docilidad y de un solo tajo le ha rebanado el pescuezo a su mujer. Claro que antes don Darío había sacado filo a la navaja barbera, con mucha conciencia.

-75-

Doña Matilde ha lanzado un chillido de verraco, se ha columpiado en el aire hasta caer de costadillo y ha disparado grotescamente los ojos de sus órbitas. En la tajadura, borbotea aún su mala sangre.

Don Darío me mira con cierto empacho. Luego deja rodar los ojos hasta la tremenda cuchillada.

-¡Qué mujer, Roberto!... ¡Qué mujer!

Don Darío Ridruejo se ha retorcido brutalmente, como si tuviera retortijones de tripa, antes de cascar en sollozos.

Cada vez se me figuran más sorprendentes estos hombres... En fin, allá ellos. Para mí, no cuenta nada de lo sucedido. En el mejor de los casos es sólo un pasatiempo. La verdad; se me da una higa lo que hagan con la difunta y con el bendito de don Darío.

Mi vida es una vida plácida y ordenada. Una vida vacía también. Ahora sé que he de esperar mirando el aire bullidor y azul, hasta que llegue mi nuevo dueño.

-76-

Pequeña crónica

Los golpes de la garrota le brincaban a Pascual, como un espeluzno, por la espalda -canija, traslúcida y granujosa-. Desde las piedras del alcázar zurraba con rigor el frío.

Los trancazos reventaron, algo más próximos, en las baldosas de la acera. ¡Pobre Diego! Y recordó al desgaire, cuando ambos, de mozos, iban a pescar meros a la escollera. Pascual barajó los naipes.

Salían a la amanecida, el sueño rebulléndoles aún en los párpados.

Mercaban pan tierno en la tahona de San Onofre, se atizaban unas copas

como Dios manda, y ya, en el rompeolas, apercibían los aparejos. ¡Qué momentos aquellos! A Pascual las cartas se le escaparon por entre los dedos, como pececillos trasijados.

Hurgó en el brasero hasta avivar las ascuas. Por los calcañares le subió un ardor generoso.

¡Pobre Diego, sí! No podía remediarlo. Y es que el pobre Diego tenía un oficio duro, muy duro para sus años. La verdad, aquello de andar de aquí para allá, toda la noche, era mismamente una rechifla. Pascual se removió inquieto. No, no estaba nada bien. No le parecía nada bien. No le parecía nada justo, ni propio de cristianos, ¡qué puñetas! Y que no le fueran luego con monsergas.

-77-

No, señor. Porque allí estaba él mismo, por ejemplo, que lo tenía todo. Así, sencillamente todo. Tenía un hijo. Y una nuera. Y un nieto ya de camino. Tenía una casa. También tenía a Tom; al cascalero, al rabicorto Tom. Entonces estiró el brazo hasta el lomo del perro.

Tom sacó el hocico de entre las patas, tensó las orejas y lo miró con el mirar líquido y manso.

-¿Verdad, tú, que hace frío?

Tom se sentó sobre sus cuartos traseros e inclinó la cabeza.

-Esta noche sí que lo sacamos. Verás, verás... -murmuró, mientras ordenaba los naipes.

Ya no se escuchaban los garrotazos de Diego. Muy probablemente, Diego se habría puesto a buen recaudo en la obra donde el guarda prendía, cada noche, una respetable fogata. Si así era, tanto mejor. Mucho mejor. Cuando menos para él, que se encontraba más a su gusto. Encendió la pipa. Podía fumar con toda la pachorra. Sus hijos se habían ido, en muy buena hora, al pueblo. Se habían ido de romería.

Pascual, metido ya en el laborioso juego del solitario, tuvo un golpe de tos. Se levantó y anduvo los dos pasos que le apartaban del balconcillo; salió afuera y tiró el escupitajo que sonó, al tronzarse sobre el bordillo con un sonido grave.

La única, la tímida bombilla se iba, a costalazos de viento, de una a otra margen del callejón, y llenaba de pálidos vislumbres las cornisas y los ventanucos arropados con cueros de caloyo.

Hacía helor. Lo supo en su piel que se había vuelto vítrea y luminosa.

Regresó al cobijo de las brasas y dejó que sus manos las sobrevolaran cautamente.

Se dio de nuevo al solitario; un arte tornadizo, algo mofador y muy moroso. Claro que, de cualquier modo, la Petrita, su nuera, no le permitía trasnochar más de lo mandado. Pero, ¡en fin!, todo era cuestión de tener, como los matarifes o las echadoras de cartas, una mano sabia. No había hecho más que iniciar la suerte cuando sintió unos ronquidos. Miró en torno. La estera estaba vacía y no vio al perro por el cuarto. Aguardó hasta que nuevamente -78- se ahilaron los gruñidos de Tom. Ahora, sí. Ahora lo había localizado. Estaba en el balcón. Pascual entreabrió un palmo la puerta.

-Venga, pasa de una vez.

Pero el animal soltó otro lamento. Asomó el viejo por la rendija: Tom tenía la cabeza trabada por dos barrotos del pasamano. Trataba de

escabullirse, para lo cual afianzaba las patas delanteras y se zarandeaba de un lado a otro. Sus uñas, en el desmañado, en el frenético arranque, hacían saltar pugaradas de mortero.

-¡Cuidado que eres borrico!

Se agachó e intentó zafarlo. Pero, casi al instante, sus manos se pusieron rígidas en el barandal. Les echó el aliento. Un aliento que se estratificaba, como atónito, y se iba navegando noche arriba.

-Ahora... Verás...

El perro se apretó sobre las costillas y lanzó un aullido de dolor. A Pascual, el taco se le cuajó en la garganta. Tenía una sangre mentida y calcárea. Tenía una sangre ya inútilmente, parsimoniosamente amagada en el corazón. Las nubes se habían retrepado a lomos del otero y patinaban sobre el filo de sus aristas. Sólo, entre desgarraduras, tremolaba alguna estrella con tiritonas singulares. No se oía más que el viento. Y en el viento, como mi celas, el estertor de Tom y los resuellos del viejo. Pascual, por último, se frotó las palmas en los fondillos del pantalón.

-Será cosa de gastar la mollera -dijo, mientras golpeaba las ijadas de Tom.

Entró y cerró el portillo. Bueno, era preciso calmarse y obrar con sensatez. Aquello parecía no más una tomadura de pelo.

Los aullidos sonaban y resonaban con urgencia. Volvió al balcón y arrojó al perro con su manta. Luego lo alzó hasta el antepecho y lo puso sobre sus rodillas. Con tiento, le dobló el pescuezo. Pero un rezongo le hizo desistir. Tom tenía el pescuezo hinchado y tibio, probablemente de sangre.

Le mordió la desesperanza. Era un viejo echadizo. Era un viejuelo modorro. Era un viejarrón que ni siquiera -79- servía para tenderle una mano al amigo, aunque al amigo le dijeran Tom y fuese tan sólo un perro descastado. Pascual soltó un zarpazo a la pipa. El ya no era hombre. No tenía por qué fumar.

Mientras tanto, una lluvia frívola bajó sobre la ciudad...

Los vecinos de Pascual, como todos, eran gentes galanas y humildes, honestas y entrañables. La Petrita, su nuera, solía prestar dientes de ajo, o jícaras de aceite, o ramitas de perejil. Los prestaba a Lola, la del chamarilero; a Charo Fuentes, la del segundo; a Julia; en particular, a Julia, la mujer de Cosme, el herrero.

Por eso Pascual brincó la calleja, con brincos inseguros y mínimos, y, mientras el agua se le escurría por la pelambre, llamó a la puerta.

Julia, la de Cosme, traía en los ojos legañas, entre biliosas y blancuzcas, y el aliento le apestaba. A Pascual le entró tiritona porque la mujer del herrero hacía extraños visajes.

-¿Anda por ahí tu marido?

-¿Pues dónde quiere usted que ande?... Vamos, ¡digo yo!

-Mujer...

Pascual le aseguró que necesitaba hablar con él, que se trataba de una cosa muy principal. Medio amodorrada y medio apática, la mujer se metió en la trastienda, no sin antes refunfuñar algo que Pascual no entendió.

Cosme, el herrero, era mozo bien plantado y de tremendos bíceps, pero aquella noche, liado como iba en la frazada, parecía más bien desmedrado y holgón.

Cosme, el herrero, no sacaba semblante de muy sanas querencias, y sin remilgos le preguntó qué asunto le llevaba a tan destemplada hora.

-Verás, Cosme... Bueno, el caso es..., es cosa de la cabeza, ¿entiendes?... La... la tiene metida así, de manera algo rara... ¿entiendes, no?

Cosme, el herrero, miró para su mujer, se hurgó la nariz y se limpió en la manta.

-No.

-80-

A Pascual, la carne se le había puesto talmente de gallina.

-¿Oyes? -dijo, de pronto-. Es Tom.

Cosme, el herrero, mandó a Julia que se fuera a la cama porque lo único que había sentido era el niño, que andaba con retortijones de vientre.

Cosme, el herrero, con delicadeza casi, empujó al viejo.

-Mañana, ¿eh? Mañana viene y me lo cuenta, ¿de acuerdo?

La fugaz hoja de luz alumbró la calleja enlamada por donde la lluvia, entre tanto, bajaba, algo más crecida. Los vecinos de Pascual, como casi todos los vecinos, eran gentes mesuradas y caritativas, tiernas y urbanas. La Petrita, su nuera, solía prestar la plancha eléctrica o medio litro de petróleo o un pimiento. Se lo prestaba a Julia, la del herrero; a Lola, la del comerciante; a Charo Fuentes, la del segundo. En particular, a Charo Fuentes, recién maridada con un subalterno de la fábrica de tabacos. Pero Pascual no llegó a subir, porque cuando en ello estaba, se abrieron los postigos del ventanuco y la voz campanuda y ordenancista del subalterno gritó:

-¡Si no se calla esa mierda de perro, le rompo el espinazo!

Pascual acarició a Tom con tanta ternura que el perro movió la cola, aunque con cierto desánimo.

Al cesar la lluvia, el frío se había hecho más acuciador. Caía desde las piedras del alcázar y zurraba con ganas.

Se dejó llevar por la pina calleja, dobló a la izquierda. Era la última posibilidad. Algo así como gastar el último petardo. Llegó a la obra. En lo más hondo, barruntó al guarda y a Diego encorvados sobre la lumbre.

-¿Quién anda por ahí? -Soy yo. Soy Pascual. Diego se irguió. -¿Sucede algo?

Pascual carraspeó. El guarda tomó un pote de junto a las pavesas.

-Eche un trago, abuelo. Se va usted a desarmar.

-81-

Pero Pascual no se percató del ofrecimiento.

-Vente para casa. Diego, vente corriendo, porque si no, Tom la diña.

Diego dio un respingo.

-¿Tu chico?

Pascual le dijo que no, que no se trataba del chico, sino del perro.

-Está bien, hombre, está bien. Vamos a ver qué pasa.

El guarda bebió del pote, chascó la lengua y sonrió.

-¡Leches con el abuelo! Menudo susto.

Una vez en casa, Pascual corrió al voladizo: Tom parecía resignado a su suerte. Pascual lo despojó de la manta, que chorreaba. Con ojo limpio y sosegado, Diego advirtió la situación.

-Este animal no tarda en reventar, ¡palabra!

Palpó un barrote. Introdujo su bastón y lo apoyó sobre el hierro. Le rechinaron los dientes y se le fue un bufido cuando venció toda su humanidad sobre la palanca.

Pascual lo observaba con gratitud y admiración. Diego había sido, de siempre, un hombretón capaz de alzar, hasta sus mismas narices, un fardo de más de seis arrobas. Y todavía, ¡vaya que sí!, guardaba un cuerpo firme y macizo.

Pero los años, o el frío, o quién sabe qué, cortaron, a cercén, los resoplidos de Diego.

-A lo mejor entre los dos...

Pascual empuñó la garrota y afirmó los pies.

-¿Listo?

Pascual dijo que listo.

-¡Vaaaaa...!

Se quebró la garrota y su chasquillo restalló por la calleja. Pascual recibió una costalada y se quedó sentado ridículamente en el suelo. Diego, como ido, sostenía el tercio superior de su garrota.

-Más de veinte reales...

Pascual se incorporó y echó un vistazo a su compañero: tenía un gesto entre melancólico y enajenado.

-Más de veinte reales me va a costar...

-82-

Se marchó sin más. Pascual lo sintió bajar. Luego, se dejó caer en la silla. Por el cuarto holgaba el mismo frío, despiadado y elemental, de la calle.

Pascual se dejó caer en la silla, se desplomó en la silla. Advirtió los naipes y los fue apilando uno tras otro, hasta el último. Escuchó, como algo cada vez más distante, las sacudidas de Tom y se quedó, con la cabeza reclinada sobre los montoncitos de cartas, mansamente dormido.

-83-

Lucha en el valle

I

El abuelo ordenó que recogiéramos a prisa lo más necesario. El abuelo nunca ha tenido la costumbre de hablar demasiado, de modo que empezamos la faena, sin atrevernos a preguntarle nada. Había recién llegado de la aldea y no acertábamos a comprender qué cosa pasaba realmente.

-Hay que moverse -gruñó-. Pueden presentarse aquí, de un momento a otro. Sólo padre quiso indagar, pero el abuelo soltó un tremendo resoplido y le hizo tragarse una buena ración de palabras. El abuelo Sebastián siempre ha sido así. Jamás, que yo sepa, ha permitido que husmearan en sus asuntos. Lo cierto fue que se armó un gran revuelo en toda la casa y durante un par de horas no paramos ni un instante. Mientras las mujeres se ocupaban de las ropas, nosotros metimos en los carros sacas de harina, de patatas,

pellejos de vino, cántaras de aceite, cuévanos de frutas y de legumbres, ¡qué se yo! Pero era el abuelo quien mandaba lo que debía de hacerse y no valía rechistar.

-Conviene prepararse bien, por si la cosa tarda más de la cuenta.

Finalmente, nos dijo que cargáramos unos animales, en particular varias gallinas, algunos conejos y hasta los -84- dos lechoncillos que había comprado Anselmo, poco tiempo antes, en la feria de San Cipriano. Cuando ya todo estuvo listo, el abuelo Sebastián recorrió la casa y fue cerrando, ceremoniosa y firmemente, puertas y ventanas, en tanto murmuraba algo que no llegamos a entender. Por último, nos hizo arrodillar a todos, chicos y grandes, en el centro de la era.

-Que Dios nos guíe y se apiade de nosotros. Amén.

Su voz resonó, grave y honda, en el valle. Dijimos amén y nos levantamos muy conmovidos por todo aquello. Ahora ya estábamos seguros de que algo verdadera mente horrible -algo ignorado y monstruoso- podía ocurrir en cualquier momento. De no ser así, el abuelo nunca hubiera tomado tal decisión.

Aún hubo unos minutos de silencio. Después, el abuelo dio la señal de partida; chirriaron con aspereza los ejes de los viejos carros, mientras las caballerías arrancaban el limo de la senda. Nos dolía muy adentro abandonar -ni siquiera sabíamos hasta cuándo- el collado donde habíamos vivido tan confiadamente. Quizá por eso mirábamos hacia atrás, en tanto nos íbamos alejando y veíamos cómo desaparecían las últimas tejas de nuestra casa, entre el verde limpio y casi metálico de los limoneros.

Aún recuerdo que mi madre, en lo alto de uno de los carros y con el pequeño adormecido en su regazo, vertía un llanto silencioso. Por otra parte, Amparo no hacía más que retorcerse con aquellos violentos dolores que le salían del abultado vientre. Sólo tía Concha se mostraba serena y acariciaba suavemente el pelo negro y espeso de mi hermana. Y es que tía Concha, bien lo sé, está hecha de la misma fibra que el abuelo Sebastián. Tanto padre como mi cuñado Anselmo corrían junto a los machos y los fustigaban sin cesar. Parecían muy tristes y movían la cabeza con pesadumbre.

Detrás de todos iba el abuelo, erguido e impasible, con la escopeta cruzada sobre el torso y los grandes y lacios vellones de pelo ariscados por el Sudeste. Daba gozo y sobrecogía, a la par, verlo, a lomos de sus ochenta años, tan vigoroso y seguro de sí mismo.

-85-

-Si no aligeramos, se nos vendrán encima muy pronto -dijo, mientras barruntaba las alocadas carreras de mis hermanos menores. Luego lió un cigarro y le prendió fuego.

II

Sobre las tres de la tarde alcanzamos un altozano, desde el que podíamos divisar todo el valle. Nos detuvimos brevemente, el tiempo justo para

tomar algunos alimentos. Aún nos aguardaba lo más duro.

El abuelo Sebastián espiaba constantemente cualquier movimiento, por leve que nos pareciera.

-Daría lo que fuere por estar bien arriba, cuando esos lleguen.

Me di cuenta de que estaba muy preocupado por los niños, aunque no decía nada. Pero los miraba con una ternura que nadie le hubiera supuesto.

Cuando reanudamos la marcha, Anselmo se puso a mi lado. Durante algunos segundos permaneció sin decir palabra. Al fin, murmuró:

-También es mala suerte que nos tenga que pasar una cosa así, ¿no crees?

Lo digo por tu hermana, la pobre. Porque la verdad es que ya no está para todo esto.

Le contesté que no tenía por qué apurarse, que tía Concha estaba con nosotros y que ella sabía más que nadie en el mundo de tales asuntos.

Sonreí para darle ánimos. Pero continuó tan abatido como hasta entonces.

Poco a poco se fue quedando rezagado. Lo vi que se acercaba al carro donde iba mi hermana y le cogía las manos unos instantes.

Como de costumbre, el abuelo cerraba la marcha. No parecía cansado, en absoluto. Muy por el contrario, daba la impresión de que su paso era aún más ágil y más firme su mirada.

Los chiquillos continuaban persiguiéndose y saltando alrededor de los carros, como si nada sucediese, y tía Concha no paraba de gritarles que llevaran cuidado, por que podían caerse. Realmente no parecía sino que anduviéramos -86- de merienda, por el monte, como tantas otras tardes.

Y, sin embargo..., sin embargo, ¿qué?... ¿Qué era lo que pasaba? ¿Por qué corríamos y corríamos desesperadamente hacia arriba? De pronto, me sentí angustiado y miré al abuelo. Pero nada logré ver en aquel rostro ancho y barbudo. Y sabía muy bien que nada lograría tampoco preguntándole por qué y de quién huíamos. Había, pues, que seguir adelante, que obedecer, que callar la boca y guardar alientos para el camino. Por unos minutos estuve a punto de rebelarme contra todo aquello. Pero fueron tan sólo unos minutos. Dos o tres. Quizá no tantos. Por último, me dije que cuando el abuelo Sebastián obraba así, no lo hacía precisamente para perjudicarnos. De modo que me puse a silbar, aunque pronto me olvidé también de que estaba silbando.

El aire del atardecer era más bien suave y olía a menta. Algunos pájaros gorjeaban en la espesura, y nada hacía pensar que nos aguardara algún peligro. Todo resultaba verdaderamente amable y plácido. Tan sólo el camino se había hecho algo más duro, pero no lo suficiente como para que no pudiéramos con él.

La oscuridad fue aupándose desde el fondo del valle que quedaba ya bien abajo. Por sobre la crestería interminable asomaba apenas un resto de sol, pero la luz era insuficiente y casi no se distinguía nada a unos metros tan sólo de distancia. No obstante, el abuelo gritó que aún podíamos aprovechar la escasa claridad y subir un poco más.

De pronto oí que el abuelo se aproximaba sigilosamente. En un débil cuchicheo nos advirtió que se trataba de una trampa y que debíamos permanecer quietos y en el mayor silencio, hasta que él nos avisara. Así es que detuvimos los carros y dejamos casi de respirar, mientras el abuelo, con el mismo sigilo, se confundía en las sombras.

Tardó en regresar como una media hora. Traía la escopeta en una mano, pero

no parecía alarmado.

-¿Os habéis dado cuenta?

Padre dijo que de qué, y el abuelo le replicó con una palabrota. Pero lo cierto era que no habíamos escuchado, ni visto, nada de particular.

. Los dientes del abuelo relampaguearon en la oscuridad.

-87-

-¿Y tú? -me preguntó-. ¿Tampoco has advertido nada raro?

Le dije que no, que mientras había permanecido ausente nada había sucedido, cuando menos nada que nos hubiera llamado la atención.

Rió de nuevo y susurró que éramos una pandilla de estúpidos. Hizo una pausa y agregó:

-De momento, creo que les hemos despistado. Pero he sentido el ruido de sus máquinas por el valle.

Nos ordenó, finalmente, que anduviéramos bien callados y que envolviéramos con trapos y hierbas las llantas de los carromatos.

III

Pasamos la noche escondidos en un frondoso bosque. No pudimos encender fuego y comimos pan con queso de cabra. Las mujeres se acostaron dentro de los carros, y nosotros, en el suelo, bien arropados con las gruesas mantas.

No tenía sueño y me fijé en el abuelo que estaba frente a mí, de pie y apoyado en un árbol. Sus ojos permanecían muy abiertos y taladraban la oscuridad. En torno, se adensaba un silencio infinito, desgarrado, a intervalos, por el chillido de las aves nocturnas. Hacía un poco de frío en aquellas alturas. Cerré los ojos y me cubrí hasta la cabeza.

Ya estaba casi dormido cuando algo me sobresaltó. Miré una vez más al abuelo y lo vi con el arma montada. Le pregunté asustado qué sucedía y me hizo callar con un ademán.

Durante unos segundos, nos mantuvimos sin decir nada, sin movernos. Al fin descansó la escopeta y me dio unos golpecitos en el cogote.

-Vuelve a tu sitio, muchacho. Creí escuchar voces, pero no ha sido más que el viento.

Poco antes de amanecer, ya estábamos preparados. El más pequeño de los chicos aún dormía, pero los otros -88- dos andaban bien despabilados y muy satisfechos de encontrarse en aquel lugar de tan buena mañana.

El abuelo no había dormido. No obstante, se le notaba fresco y no acusaba síntoma de fatiga. No hacía más que moverse de aquí para allá, revisándolo todo y metiendo prisa.

-Vamos, vamos. Un solo minuto puede costarnos muy caro.

Entre padre, Anselmo y yo enganchamos los tiros, y cuando estuvo todo dispuesto, miramos para el abuelo, por si se le ofrecía alguna otra cosa.

El sol no llegó a brillar apenas. Unos nubarrones espesos y de bordes violáceos lo taponaron en seguida. El viento venía de lo alto y soplaba con ganas. El tiempo ya no era el mismo del día anterior. Mi madre sacó

las pellizas y nos las fue tendiendo de una en una. Probablemente tendríamos tormenta.

Miramos hacia abajo. Nuestro valle permanecía sumido en una extraña luz como de soplete oxhídrico, pero no se veía a nadie.

-Piensan que van a engañarnos con sus trucos, ¿eh? -dijo el abuelo con cierto aire misterioso-. Pero yo sé muy bien dónde se meten. Vaya si lo sé.

Cerca del mediodía rebasamos la Majada del Lobo. Una pequeña meseta boscosa y solitaria se abría frente a nosotros. Nos adentramos por ella y poco después perdíamos de vista nuestro querido valle. Según el abuelo, era mejor así. El peligro que nos acechaba disminuía, toda vez que los de abajo tampoco podrían descubrirnos, mientras nos mantuviésemos fuera del alcance de sus potentes aparatos.

Algunas horas más tarde -a eso de las cuatro, poco más o menos- llegamos a las estribaciones del gigantesco macizo montañoso. Todos nos hallábamos muy cansados y sudorosos, a pesar del creciente frío. La jornada había sido demasiado dura.

El abuelo echó un vistazo a su alrededor y dijo que pernoctaríamos allí mismo, al pie de la vertiente y junto a un roquedal que nos servía de amparo. También dijo que podíamos hacer fuego, porque era de todo punto imposible que nos divisaran desde el valle. Así que yo y mis hermanos -89- acarreamos leña, mientras los demás disponían el campamento. Luego prendimos una hermosa hoguera y nos sentamos en torno, gozosamente. Tía Concha asó unas rodajas de lomo y puso el pote del café sobre las brasas. Todos teníamos mejor semblante y nos habíamos olvidado de nuestro miedo. Entre tanto, el abuelo se alejó. Estaba oscura la noche y no se veía ni una estrella. No comprendía cómo el abuelo se aventuraba en aquellas tinieblas.

-El puede ver en las sombras -murmuró padre, adivinando mis pensamientos-. Además, conoce este terreno palmo a palmo, como nadie.

Me contó que siendo mozo, el abuelo Sebastián había estrangulado a una alimaña gigantesca, entre aquellas mismas peñas.

-No llevaba más que la garrota, pero tampoco le hizo falta. La mató sólo con sus manos, ¿comprendes? Tan sólo con sus manos.

Sí, el abuelo era realmente como una de las murallas graníticas que nos circuían, algo inmenso e indomable y tan poderoso, en definitiva, como la misma naturaleza. Pero también era un hombre justo y prudente. A su lado se podía estar bien tranquilo, se podía crecer y dejar crecer a todo lo demás.

Las secas ramas crepitaban alegremente y veíamos saltar el fuego de una a otra, mientras aullaba el ventarrón en los riscos. Mi madre se puso en pie y arrojó al pequeño que sostenía entre sus brazos.

-Tengo que acostarlo ya. Está muerto de sueño. Padre se levantó y los acompañó hasta el carro. Luego volvió a sentarse en el mismo sitio. Se encontraba visiblemente preocupado y nervioso, pero no decía nada. Poco más tarde me preguntó:

-Pero dime, muchacho, ¿tú..., tú sabes lo que ocurre?

Me encogí de hombros y le repliqué que no lo sabía, aunque conjeturaba que tenía que ser algo muy serio.

-Por supuesto que es algo muy serio. Pero ¿qué? Intervino entonces

Anselmo, que tenía cogida a mi hermana por los hombros, y aseguró que varias semanas -90- antes, cuando se llegó al villorrio, había oído algo muy curioso por la radio del tío Casto, el del bazar, pero ya no recordaba qué era.

-La verdad es que a mí sólo me preocupaban los dos marranos, para cuando venga el chico.

Mi hermana lo miró llena de orgullo y se restregó contra su pecho. Se encontraba bastante mejor de sus dolores y apenas si se quejaba.

El abuelo Sebastián tardó casi dos horas en regresar. No hizo comentario alguno, como de costumbre. Tomó sus tajadas de carne y se las comió en silencio. Luego bebió en el pote del café y encendió uno de sus gruesos cigarros, con una tea.

Todo va bien -dijo, mientras escupía en la fogata. Y añadió-. Montaremos dos turnos de vigilancia. Tú -y me señaló con un ademán- harás el primero, conmigo, hasta medianoche. Y a esa hora os tocará a vosotros.

Padre y Anselmo movieron la cabeza afirmativa mente y fueron a tumbarse por allí cerca. Minutos más tarde todos dormían. El abuelo me ordenó que avivara el fuego. Eché una brazada de ramiza y de nuevo las llamas se empinaron hasta nuestros ojos.

El ventarrón arreciaba y parecía que la montaña iba a desplomarse sobre nosotros. Hacía mucho frío y olía a tierra húmeda.

-El invierno llega pronto, por aquí arriba.

Le dije que así era, en efecto, y me quedé ensimismado, con la vista fija en los leños que se carbonizaban velozmente.

-¿En qué piensas, muchacho?

Levanté la cabeza y le respondí que en nada concreto. Acercó sus enormes manos a la lumbre y se las frotó.

-Abuelo...

-Dime...

-Abuelo, ¿qué es lo que pasa?

Antes de responder, se acarició la barba una y otra vez.

-Si te has de enterar, ya te enterarás a su tiempo, ¿comprendes? -dejó ir un prolongado suspiro-. Aún eres un zagalejo.

-91-

Se incorporó, cogió la escopeta, metió un cartucho en la recámara y gruñó:

-Vamos a dar una vuelta.

IV

Nos despertó una lluvia intensa y helada. El abuelo se sacó las mojadas mantas de un zarpazo y se puso en pie. De la hoguera sólo quedaba un humeante montón de cenizas.

-Meteos todos en los carros. Yo me encargaré de la guardia.

No eran todavía las tres de la madrugada. El pequeño lloraba desesperadamente, y nosotros nos movíamos como tontos en aquellas

tinieblas. Por último, conseguimos acomodarnos, bien apretujados unos contra otros. Sin embargo, ya no pudimos reconciliar el sueño. El abuelo Sebastián se cubrió con una lona y volvió a perderse de vista, hasta eso de las seis.

-Ya casi no llueve. De manera que hay que continuar.

Con el agua escurriéndonos por todo el cuerpo anduvimos durante largas horas. El sendero se hacía, por momentos, más intransitable, hasta que desapareció como tragado por el agreste paraje. Ya no había forma de seguir con los carros.

-No importa, no importa -bramó el abuelo-. Tenemos que subir, a pesar de todo.

Así es que ocultamos los carromatos entre las breñas, los cubrimos bien con helechos y cargamos parte de las provisiones sobre las bestias.

-Si fuese necesario, ya bajaríamos más adelante por el resto.

A partir de aquel punto, la ascensión se hizo muy penosa. Las cumbres nevadas se hundían en el cielo y parecían poco menos que inaccesibles. Pero el abuelo -tal como había asegurado padre- conocía perfectamente la vasta cordillera. Caminaba ahora delante, para indicarnos el cabañal.

-92-

Había cesado de llover, pero el día era cerrado, y el viento, más recio y frío. Los pequeños iban a lomos de los mulos, entre sacos y fardos, y las tres mujeres jadeaban, detrás de todo, envueltas en sus negros chales. La verdad era que ya no aguantábamos más. Por eso padre trató inútilmente de disuadir al abuelo.

-Pero ¿es que no comprendes, so imbécil?... ¿O acaso te gustaría ver cómo nos destrozan a todos?... ¡Contesta!

Padre bajó la cabeza e hizo un gesto negativo. -Entonces, adelante, adelante. Ya habrá tiempo para descansar.

Conforme avanzábamos, el paraje se hacía más sobrecogedor. La pendiente era muy pronunciada y se abrían aquí y allá profundos tajos que parecían no tener fin. Con frecuencia nos teníamos que detener para recobrar el resuello. Pero tan sólo unos instantes, porque el abuelo no admitía dilaciones.

-Vamos, vamos, que sois totalmente como de paja. No recuerdo cuántos días duró aquello. Quizá tan sólo fueran dos o tres, pero a todos se nos antojó una eternidad. Cuando, finalmente, rematamos la cumbre, nos dejamos caer sobre la nieve endurecida. Ni tan siquiera el frío nos preocupaba.

El abuelo nos miró de uno en uno, y sonrió. -Aquí -dijo- sí que no corremos ningún peligro. Por el ventisquero aullaba la tormenta, y de pronto una niebla viscosa y grávida nos aisló del resto del mundo.

V

El hijo de mi hermana llegó muerto. Nada pudo hacer tía Concha, por más que lo intentó. Había nacido antes de hora, y allá arriba todo resultaba demasiado frágil para sobrevivir. Lo enterramos al pie mismo de un

picacho, y tuvimos que cavar muy duramente para darle sepultura en aquel suelo pedregoso y helado.

Durante algún tiempo, Anselmo y su mujer apenas si hablaron. Solían permanecer, junto al hogar, ajenos a -93- cuanto no fuera el recuerdo del hijo perdido. Ni siquiera se acordaban ya de nuestro valle. Pero poco a poco despertaron y volvieron a saberse jóvenes y capaces, aun en las desoladas alturas.

A todo esto habían transcurrido las semanas y hasta, muy probablemente, los meses, aunque no teníamos idea del día en que nos encontrábamos, ya que también el reloj del abuelo -el único reloj del que habíamos dispuesto- se había desquiciado. De cualquier modo, calculábamos que andaríamos metidos en diciembre.

Las cosas no iban demasiado mal. Habíamos levantado unas chabolas dentro de una recogida hondonada, y allí aguardábamos a que pasara el peligro, para poder regresar a nuestro valle. Por supuesto, que todos sentíamos nostalgia y andábamos siempre suspirando, pero -como decía el abuelo- todo aquello era poco comparado con lo que hubiéramos pasado de habernos quedado en casa.

Pues, como digo, las cosas no iban del todo mal, hasta que cierta mañana un hecho sorprendente vino a turbar la grave paz de las cumbres. Como siempre, nos encontrábamos en la mayor de las chabolas, acucillados en tomo a la lumbre, mientras afuera bramaba el temporal, cuando el estampido de un disparo vino a disolver todos aquellos otros ruidos a los que ya nos habíamos habituado. El eco se multiplicó y rebotó de risco en risco, de cañada en cañada, y creció vigorosamente, hasta dejarnos sin pulsos.

Durante algunos instantes permanecemos mudos y como petrificados por el asombro. Luego volvió el golpe blando y conocido de la nieve sobre los troncos del techo y del huracán arremolinado en la crestería.

El abuelo se irguió y palpitaron las aletas de su nariz, como si presintiera muy cercano el peligro. Salió, por último, y todos tras él, por la vereda que habíamos abierto entre los hielos, hasta la plataforma, desde la cual solíamos atalayar los alrededores. Pero nada pudimos advertir, ya que las nubes navegaban bajas y cubrían el inmenso panorama.

Retomamos, pues, junto a los leños, sin atrevemos a decir palabra.

El abuelo se puso la pelliza y el pasamontañas, cargó la escopeta y tomó un saco de provisiones. En la puerta se -94- volvió y nos miró a todos con un tristeza infinita. Después cerró, y sentimos sus pasos que se alejaban.

Mi madre hipó y apretujó a los chicos contra su pecho. Padre estiró las piernas y movió la cabeza como tenía por costumbre.

-Ahora, me parece recordar que hablaba de algo espantoso.

-¿Quién?

-La radio del tío Casto -pero se apresuró a agregar-. Claro que yo sólo había ido por los marranos.

-¿Y qué?

-Pues que el tío Casto juró que se trataba de un artefacto muy raro, o algo así...

-¿Y?

-Bueno, yo estaba preocupado por el asunto de los marranos, para cuando viniera el crío, ¿sabes? Pero el caso es que lo iban a emplear, de un

momento a otro. No sé, ya no estoy muy seguro.
Padre cerró los ojos y murmuró castañeteándole los dientes:
Tú, echa más leña. Nos estamos quedando pasmados de tanto frío.
El abuelo regresó transcurridos varios días, pero ya no era el mismo.
Temblaba como un perrillo, y en sus pupilas alumbraba un débil y casi agónico rescoldo. Jamás lo había visto en aquel estado.
-Lo van a hacer, lo van a hacer... -balbució.
Y en eso, del fondo del valle, subió un prolongado silbido y el rumor creciente y formidable de la lucha que ya se iniciaba.

El pellicoco

Llegó un día cualquiera -iba para diez años, según sus cálculos- y se echó en el ribazo de tierra fresca. Andaba más que harto de ser un guitón, un perro callejero y apaleado, como uno de aquellos grandes trenes que veía cruzar su camino y que nunca lograba comprender a dónde se dirigían. Por otra parte, sus piernas eran talmente de estopa, y los muchos vientos le habían rebañado ya sus buenas tajadas de mollera. «Tiras para viejo, so choto». Se sacó las alpargatas y lió un cigarrillo. Tiempo atrás, cuando dejara decidida y definitivamente el lugar donde se le pudrían sus padres -aún vivos, a pesar de todo, pero pudriéndose de igual manera que si estuvieran ya muertos-, había dicho: «Pues sí. Realmente esta miseria no es asunto mío. De forma que cargue cada cual con lo suyo. Lo que a mí me interesa es saber qué hay después de aquellas montañas. Y si hay más montañas, como dicen, seguiré andando hasta que se acaben». Entonces era un águila capaz de remontar el pedregoso valle y salir de allí para siempre.

Sin embargo, ahora se podía reír con su hermosa risa amarga. Podía reír cuanto quisiera y ya había reído hasta casi reventar en el polvo del alcorce y, cierto día, junto a los cañaverales de la presa-, porque la verdad -96- era que se había quedado en ave zancuda o algo por el estilo, pero muy triste de cualquier modo. Claro que, en ocasiones, aún sentía el aleteo del águila en las mismísimas entrañas, aunque tampoco estaba demasiado seguro de si efectivamente se trataba del águila o más bien los picotazos los daba el hambre.

Se incorporó y lanzó un vistazo. A sus espaldas se abría una profunda grieta cubierta de pinos por donde escurría un soplo apacible. Le gustó aquello. Bien podía largar de una vez el rezón y vivir allí como el virrey ese de las viejas y casi olvidadas historias.

Miró hacia abajo: la ciudad quedaba entre los rompientes y el atillo. Le había resultado al atravesarla de cabo a rabo una ciudad impresionante, ruidosa y llena de vida. Había contado cientos de bares, de hoteles, de comercios. Había visto miles de automóviles, millones de automóviles enormes, automóviles rojos, blancos, azules. Se echó a reír. De la ciudad

le llegaba, entre un rumor de gritos, bocinas y explosiones, el choque de las monedas con todos aquellos cientos de miles de mostradores. Un cuervo pasó graznando a gran altura. Dio un trago y lo siguió con la mirada mientras bebía. Diez años ya y las cosas no podían ir mejor. Aunque todavía necesitaba bregar de firme, pero no como antes, por supuesto. Decididamente, era un hombre de presa, un hombre que resurgía de cierto abismo tenebroso para recuperar sus instintos carniceros, sus garras, sus plumas. Un hombre, en fin, que había escrito su evangelio: «O pagas o te largas.» Un evangelio breve, en verdad, pero suficiente. No necesitaba más. Y cuando lo recitaba con la garrota empuñada firmemente, podía casi palpar su tremenda eficacia.

Así, pues, cobraba los alquileres de las nueve cuevas sin tropiezo alguno, sin gastar más palabras, sin más rodeos. Sólo al principio, porque entonces era tan inexperto aún como tímido, solía mostrar los remiendos del pantalón para excusarse. Pero con el tiempo, cuando ya se supo dueño de sí mismo y de todo lo demás, se compró unos pantalones de pana, bien flamantes, y no tuvo que dar más explicaciones.

-97-

Al atardecer, y siempre que el tiempo acompañara, tomaba asiento a la puerta de su chabola y miraba muy complacido aquel feudo que se había sacado poco menos que de la manga. «Es mío, miiiío, mioooo...» Jamás había supuesto que una palabra pudiera proporcionarle tanto y tan violento placer. Bien, ahora sí podía rendir todos los palos que le habían descargado a lo largo del camino, todas las terribles humillaciones. Porque allí, en aquella grieta del terreno, en aquellas cuevas abiertas a golpe de uña, había llegado a ser alguien con quien era preciso contar para todo, absolutamente para todo. Por eso no quería demasiados tratos con los otros. Es decir: no quería más trato que el único posible. El les facilitaba un sitio donde cobijarse a cambio de algunas pesetas, según. Y eso era todo. Lo demás le traía sin cuidado. De modo que si «El Miajas» tenía la sangre tan clara como el agua o si la Amparo iba con los riñones por los suelos, allá se las compusieran cada quien. Por otra parte, para eso había hospitales y cosas así. Lo que él no podía hacer de ninguna manera, por más que se obstinaran, era convertir sus tierras en refugio de lisiados y mogollones. En consecuencia -y como de continuo gritaba-, quien no estuviera de acuerdo, ya podía recoger sus cuatro trastos y largarse más que aprisa.

Casi todas las noches cenaba en casa de Julián el de la Vega Baja, que daba un caldero bien cumplido y un tinto de mucho cuerpo. Más tarde se iba para el centro de la ciudad a pedir limosna. El Pellicoco tenía muy buenas mañas para mendigar, y sabía urdir historias verdaderamente impresionantes. Aunque había que adivinarlas más bien, porque las canturreaba en una melopea casi ininteligible, pero con un tono muy profesional. «Dinero llama dinero», pensaba cuando alguien ponía en sus manos unas monedas. Luego, ya de regreso a casa, se tomaba un último trago en cualquier taberna, mientras razonaba cómo los hombres pretendían tranquilizar su conciencia con un puñado de calderilla. Finalmente se dirigía a su feudo, satisfecho de aquel mundo que le había caído en suerte.

A veces iba tan bebido, que perdía el pie al trepar la cuesta y quedaba

sentado o tumbado ridículamente sobre -98- un lecho de guijos, matas y polvo. Como es natural, el Pellicoco procuraba que nadie lo viera en tales circunstancias, pero no podía evitar que de vez en cuando algún chiquillo -surgido nunca sabía de dónde- lo descubriera. Entonces fingía haberse dislocado un tobillo, por ejemplo, y profería una sonora maldición, una queja, algo que contribuyera, en definitiva, a poner a salvo toda su dignidad. Claro que lo más probable era que el chiquillo no entendiera nada en absoluto y se limitara a mirarlo con el asombro de quien mira la estatua ecuestre de un gran general vencido por el rayo o sabe Dios qué otros oscuros poderes.

Cierta mañana, cuando regresaba de la ciudad, husmeó algo extraño en el ambiente. De reojo, vio a su gente sentada frente a las cuevas, en actitud que se le antojó grave y esperanzada. A todos los condenados arrapiezos los había sorbido el aire azul de la mañana, porque no se les oía por ninguna parte. Tuvo la certeza de que algo verdaderamente insólito estaba sucediendo o iba a suceder de un momento a otro. Pero no quiso darse por enterado y siguió su camino con la mayor arrogancia de que era capaz. Lo supo cuando llegó a la puerta de su chabola, desde donde barruntó, en el incierto interior, la sombra de alguien, pero de alguien lo suficientemente poderoso como para atreverse a entrar en su casa sin permiso alguno. El Pellicoco no pudo reprimir, a pesar de toda su tiesura, un estremecimiento.

El desconocido permanecía de espaldas a la puerta y no se movió, aunque él hizo lo imposible como para no pasar inadvertido. Carraspeó, porque temía que la voz no le saliera todo lo gruesa y autoritaria que el caso requería. -¿En qué puedo servirle?

El desconocido pareció no haberle oído. Estaba absorto en la contemplación de una fuente de barro, en cuyo fondo se estiraba, muy inflado y radiante, un gallo de color granate.

-Tiene usted una vajilla muy interesante -dijo, por fin, volviéndose hacia él.

Con sus pequeños y vivos ojos de ave rapaz, el Pellicoco -99- trató de identificarlo, de catalogarlo. Era un hombre joven, con un bigotito muy negro, y pulcramente vestido. Podía ser un funcionario municipal, un médico o -¿por qué no?- un policía. Estaba desconcertado y tembloroso. -¿En qué puedo servirle?

El joven del bigotito negro sacó una pitillera y se la ofreció. Él, sin embargo, no quiso aceptarla.

-Fume, fume... -insistió con amabilidad.

Tomó un cigarrillo americano, lo encendió y comenzó a toser.

-Es que como no tengo costumbre de fumar tabaco fino..., ¿sabe, usted? Uno es pobre y... Bueno, ya comprende el señor lo que pasa.

De pronto, el desconocido empezó a hablar y hablar, mientras paseaba por la cueva. Entre tanto, el Pellicoco permaneció inmóvil, acurrucado en una esquina, con los pulsos latiéndole aceleradamente. No entendía mucho de lo que estaba diciendo aquel hombre, pero al cabo de un rato comprendió que nada malo iba a ocurrirle. Sintió cómo el ritmo de la respiración volvía a normalizarse y comenzó a recuperar la confianza en sí mismo. Aún era el amo. Además, estaban en su feudo, y el joven del bigotito hablaba ya decididamente como un cura.

Por unos instantes estuvo a punto de soltar una brutal carcajada, para quitarse de encima todo el miedo que había pasado. Pero prefirió dejar al otro que continuara con absoluta tranquilidad. Claro que ya no le prestó la más mínima atención. Allá cada cual con lo suyo. La caridad no era, ni con mucho, de su incumbencia, de manera que poco podía hacer. Finalmente, le dijo al joven del bigotito que meditaría sobre todo aquello, que estaba -desde luego- muy bien dispuesto a colaborar en lo que fuera, pero que ahora se encontraba algo indispuerto. Lo acompañó hasta la entrada y lo vio alejarse por el barranco.

Minutos más tarde salió con la frasca de tinto en una mano, miró con infinito desprecio a los hombres y mujeres que se apiñaban en el fondo del rehoyo, hasta que fueron desapareciendo, con la cabeza humillada, en la oscuridad de los antros. El Pellicoco ya no pudo aguantarse -100- más; de modo que dejó ir una larga y cruel risa. Después, de un trago, vació el contenido de la frasca.

-101-

La raíz

Le digo a mi padre, una vez más, que es inútil cuanto hacemos, pero suelta un gruñido y me mira con desprecio. Tiene los ojos febriles y hundidos. No parece sino que en ellos se cobijara la escasa vida que aún alienta. Así que me tumbo sobre el surco sin agregar ya ni una sola palabra. Estamos extenuados. En particular el viejo. Me da la impresión de que va a quebrarse, de un momento a otro, como una cañamiel.

Esto es una locura y nada más que una locura. También hoy hemos cavado durante todo el día bajo un sol espeso y ardiente. Y así llevamos casi un mes. Es una locura, lo repito, aunque él no quiera comprenderlo. «La tierra es la tierra», dice. Empuña la azada, la levanta y la deja caer, una y otra vez y otra y otra más, con una energía que no acierto a comprender de dónde le viene.

Me tumbo sobre el surco y le tiendo el paquete de cigarrillos. Ni siquiera lo ve -o hace como si no lo viera-, y saca su pipa de caña y se pone a fumar muy lentamente.

Por sus cejas resbala el sudor. De pronto murmura: «No. No venderé nunca.»

La casa está al pie mismo del alcor, entre dos vetustos algarrobos. Casi no la distingo desde aquí, pero me da mucha pena. Mucha. Las tapias del corral ya han comenzado -102- a desmoronarse, y dentro de poco el tejado se nos vendrá encima. Y no hay remedio. Lo sé. Lo saben todos. Menos mi padre, por supuesto.

Aún hace mucho calor. El aire es pesado, y de la tierra removida surge un vaho asfixiante. El sol se pone. Tras la cordillera se advierte un resplandor rojizo y agónico. Doy una última chupada al cigarro y lanzo la colilla. Todo cuanto me rodea está gastado. Es como un país bíblico. Mi padre también mira para la casa, y sus ojos se llenan con la luz suave del atardecer. «La tierra es la tierra y nosotros mismos», murmura.

A estas horas, como todas las tardes, bajan los canteros del cabezo. Nos llegan sus voces y sus coplas. Son buenas gentes. Gentes de otros lugares.

Pasan cerca y nos saludan alegremente. Sienten un gran respeto por mi padre. Me consta. Los del pueblo, sin embargo, aseguran que anda salido de sus cabales, pero no se atreven a decírselo cara a cara, porque el viejo es aún muy hombre. No, no se pueden gastar bromas con él. Además, si he de ser sincero, no creo nada de cuanto dicen. Sucede que mi padre sabe algo que nosotros ignoramos. Creo que es eso. Eso y nada más. Porque lo creo le ayudo. Aunque ya estoy más que harto. Decididamente, esto no es para mí. «El año que viene todo será como antes. Mejor que antes. Compraré dos machos para la labranza y una jaca. Y levantaremos las cuadras, el lagar y la corraliza. Pero todo, todo volverá a ser como antes o mucho mejor que antes. Seguro».

Las nubes pasan muy altas y veloces, no sé por qué. El viejo agita el puño y las amenaza en silencio. Alguna vez -pero muy de tarde en tarde- cae un ligero chaparrón. Entonces padre se planta muy erguido bajo la lluvia y deja que el agua penetre todo su cuerpo. Pero las gotas, tan pronto como alcanzan el suelo, se evaporan, y el aire mismo entra en ebullición.

Apenas si se puede respirar. Es una plaga, pero no quiere entenderlo. Sólo los lagartos pueden habitar este páramo. Se lo repito cada día, cada minuto de cada día, pero no me escucha. Por esto estoy ya tan cansado, porque sé que cuanto hacemos es inútil. Sólo deseo volver a la ciudad y olvidar definitivamente todo esto.

-103-

«No. No venderé nunca. La tierra no se vende, no puede venderse». En varias ocasiones me he reunido con el señor alemán y con su amigo en la taberna del pueblo. El señor alemán quiere comprarnos la finca, y está dispuesto a pagar un buen puñado de dinero. Si la vendiéramos, yo y mi hermana podríamos ir a la ciudad y vivir allí como viven otras personas. Pero no sé qué es lo que haría mi padre. El señor alemán es muy obstinado, de cualquier modo, e insiste una y otra vez. Yo le digo que sí, que me gustaría vendérsela, pero que no puedo porque no es mía y mi padre se niega a tratar con él. El extranjero jura que es lo mejor para el viejo, que así podría meterse en un hospital y curarse del todo. Lleva razón, le digo que lleva toda la razón, pero que no puedo hacer nada. Mi padre no oye, no quiere oír, no se interesa por cosa alguna. Él ya no habla con nadie, en absoluto, salvo consigo mismo, y no siempre. Porque a veces parece no encontrarse ni aun dentro de sus propios cueros, sino en algún lugar muy distante, y da la impresión de ser un objeto, un árbol más bien. Pero en todo caso, algo muy ajeno y totalmente inaccesible.

Por último, el señor alemán y su amigo terminan los vasos en silencio, visiblemente decepcionados. Luego se meten en el gran coche negro y, antes de partir, justo antes de partir, prometen que volverán otro día, por si acaso.

Está anocheciendo. Las estiradas sombras de la sierra se precipitan sobre el valle. Más abajo el pueblo enciende su alumbrado eléctrico. Hasta nosotros sube un tenue rumor de vida y el aullido de un perro. Miro a mi padre y siento una congoja muy honda.

De pronto rasga el aire la voz de Elisa. Es el suyo un grito tan prolongado que termina confundiéndose con el aullido del perro. Me levanto y cargo con la azada y el pico. Espero unos instantes, hasta que de nuevo nos llama Elisa. Él no se da cuenta, no oye nada. Le sacudo unos

golpecitos en la espalda y le digo que nos tenemos que ir. Pero no hace caso. Permanece sentado en el caballón mientras sus grandes y secas manos palpan la tierra y la oprimen suavemente. Me agacho un poco, lo tomo de los hombros y tiro, hasta ponerlo en pie.

-104-

Estoy rendido. Sólo ahora comprendo cuánto hemos trabajado. Durante casi un mes hemos perforado el suelo sin encontrar rastro de agua. Y así uno y otro día. Es demasiado. Tampoco creo -por otra parte- que encontremos nunca una sola gota de agua. Esta tierra está maldita. La noche es oscura y apenas si se distinguen los contornos del cerro. Caminamos lentamente por el cauce pedregoso de un ramblazo. De nuevo aúlla el perro, y tras su aullido se disparan los élitros del insecto. Tengo ganas de llegar a casa. Los pasos de mi padre son casi inaudibles. Vuelvo la cabeza y atisbo su gigantesca sombra, casi inmóvil, unos metros atrás. Me detengo y lo llamo. Voy hacia él y le hago coger un extremo del azadón, en tanto yo sostengo el otro. Temo que se quede rezagado, perdido en las tinieblas.

La tierra es la tierra, desde luego. Pero esta tierra ya no será como antes. Nunca volverá a ser como antes. Es tan sólo un desierto. Un hermoso cadáver de guijarros y polvo. Nada más. Me gustaría gritárselo a mi padre, pero no me atrevo.

A lo lejos se enciende una débil luz. Mi hermana trata de guiarnos en la noche. ¡Pobre Eloísa! También ella está dejándose los años sobre esta sucia paramera. Y le cuesta, como me cuesta a mí, soportar la incertidumbre, el duro trabajo de cada día. Sí, la verdad es que tengo lástima de todos nosotros y de esa vieja casona; que puede derrumbarse en cualquier momento.

Bruscamente me doy cuenta de que el viejo no me sigue. El extremo del azadón abre un áspero surco en el lecho de la torrentera. Busco en la oscuridad. Grito hasta desgañitarme. Desesperadamente extiendo los brazos y palpo el fondo del cauce. Es muy probable que se haya sentado en cualquier lugar y espere el alba como si tal cosa. Él es así.

De súbito tropiezo con algo. Mis manos acarician ya el cabello hirsuto y corto del viejo. Me tranquilizo, sonrío y trato de levantarlo. Pero no puedo. Le pido que me ayude, que estoy muy cansado y apenas si me quedan fuerzas. Creo que intenta decirme algo. Me acuclillo y le alzo la cabeza. Sus ojos me miran profundamente. «La tierra es la -105- tierra y nosotros mismos». Me incorporo y tiro de él una y otra vez.

El aullido del perro y el de Elisa han coincidido. Mis ropas están empapadas de sudor, y el aire crepita en torno. Sin embargo, no puedo abandonar a mi padre aquí en medio. Lo tomo por las muñecas y hago un último esfuerzo. Pero parece clavado en la tierra, talmente como una raíz. Estoy aturdido y ya no sé qué hacer. Me inclino de nuevo y me abrazo a su cuerpo. De pronto siento náuseas; tengo la sensación de que se está hundiendo en el surco.

Es absurdo. Ha caído, sin duda, en uno de los muchos agujeros que nosotros mismos hemos cavado. De manera que agarro sus manos firmemente y tiro hacia arriba. Y tiro y tiro y su peso crece más y más.

Doy un brusco tirón, suena un chasquido y algo se me quiebra entre los dedos. Es tan sólo un sarmiento. Es tan sólo un sarmiento seco y nudoso. Un sarmiento. Pero no puedo contenerme y me pongo a gritar. Y grita mi

hermana y el perro, y nuestros gritos se confunden en la noche, definitivamente.

-106-

«Tomatoes sport, Ltda.»

Y, pues, ahora -te lo repito una vez más- vuelven las punzadas del brazo, del brazo apretujado contra el pedrejón, ya sabes, en tanto la sangre parece correr de nuevo, fluida y como arrebatada, y se vierte -unas pintas acaso, tan sólo unas pintas, por cierto- sobre la tierra. Pero lo digo de verdad: él parecía talmente un risco de tan alto, de tan firme y bronco, y me miraba, con las piernas muy abiertas y bien afianzadas, de modo que yo podía barruntar los agujales glaucos de su nariz, en los que reverberaban todas las sucias humedades del invierno, mientras rugía el cierzo por sobre su propia cabeza. Bueno, te digo y te repito que no sabía qué hacer: si acurrucarme entre sus pies o, muy por el contrario, si saltarle de golpe por el cuerpo y morderle por donde hubiera presa que tomar. Ya ves. Por entonces, las cosas estaban más o menos así: el pinche aún palpándose la cara enrojecida, sorbetón va, sorbetón viene; los braceros allí en el fondo, avivando las ramizas, y de espaldas él, erguido y firme, dispuesto para el castigo; y yo, por último, tragándome todo aquel dolor y toda aquella tremenda vergüenza, pero -eso sí- sin un solo lamento.

Vi, de pronto, un vestigio de claridad. Y no es que ya fuera el día, sino más bien como una roedura en la lámina -107- humosa de los cielos. Lo vi a través de la techumbre desmantelada del granero y me llegó igualmente el abandono infinito del pegujal y de las pobres gentes desahuciadas aún sin saberlo. Y te digo que era un daño más profundo que el del mismo brazo apretujado contra el pedrejón, y aún más, pero mucho más que el de mi boca ensangrentada. Y no sólo más profundo, sino también más revelador, ¿entiendes? Y no me digas tú ahora lo mismo que me dijo el encargado. No me digas que aún soy muy joven y que las cosas son así como son porque sí todas esas otras zarandajas inútiles y estúpidamente consoladoras. No, no me lo digas, por lo que más quieras, ni aún ahora que vuelvo a la tierra, al dolor entrañable de la tierra; ni aún ahora que me sé vencido, que me sabes vencido, por la sola fuerza, que nunca por ninguna otra cosa. No me lo digas -te repito que no me lo digas, por favor-, porque con ello no haces sino mostrarme el fracaso de todos. Oyelo bien: digo de todos. Y puede que eso sea malo para mí, ¿no te parece? Para mí que soy tan joven, según dicen.

Pues fue anoche cuando estuvimos bebiendo en la cantina del rehojo. Llegamos don Felipe y yo sobre las siete, y aunque no se sabía nada, los hombres estaban nerviosos y reían con sus risas amargas de antiguo, por que afuera seguía helando, y eso sí, que no había quien se lo callase. En dos o tres ocasiones me acerqué al ventanuco y fisgué por abajo, por el valle, en cuyo fondo palpitaban ya las lívidas lámparas del pueblo. Pero andaba la noche bien apretada en lo oscuro, y no se percibía más que el viento vaciándose constantemente en el peñascal. Entonces don Felipe me tendió un vaso de vino, chascó la lengua después de apurar el suyo y murmuró que nadie iba a subir por aquel endiablado sendero de chotos,

siendo ya como era tan tarde. Luego agregó que a buen seguro los de la empresa vendrían de mañana para arreglar las cosas como era menester. Y fue anoche mismo, te digo.

Nos retiramos a eso de las nueve y anduvimos en silencio, bien arrebujaos en las pellizas, hasta el otro lado del alcor, en donde quedaba la hospedería. Cuando finalmente -108- la alcanzamos, el masadero echaba algunos leños a la lumbre. No más advertirnos, se alzó del suelo y se restregó las manos en la pana de sus calzones. Entonces don Felipe le dijo que muy probablemente nos marcharíamos al día siguiente:

La helada, ¿eh? -preguntó el viejo.

-La helada -aseguró don Felipe.

El masadero volvió a arrodillarse junto al hogar y sopló sobre las brasas una y otra vez.

-Alguien quedará, ¿no?

Don Felipe acercó las manos al fuego, hasta que las manos se le pusieron singularmente rojas y como translúcidas.

-Puede.

Pero casi de inmediato añadió:

-Hay que recoger el tomate de destrío y desinfectar las cañas. De modo que alguien quedará.

Finalmente tomamos el candil y nos fuimos cada cual a su alcoba. ¿Sabes? No pude dormir en toda la noche, te lo juro. Si acaso, hubo momentos en que me quedé así como ingrátido o ¡qué sé yo! Pero nada más. Las hojas secas de las mazorcas del jergón crepitaban como nunca, y los postigos de la ventana se estremecían de continuo con el viento de las sierras. No, te digo que no pude dormir en toda la noche pensando en aquellas pobres gentes venidas de sabe Dios dónde -aunque de muy lejos en cualquier caso-, y que de súbito (por una mala nube, como afirma don Felipe, o por lo que sea) tenían que regresarse, apenas recién llegados, apenas recién abandonada su hambre, con las manos vacías y agrietadas.

Se me figuraron -conoces, por otra parte, que no es esta la primera vez que presencio un despido-, se me figuraron, repito, con una singular luz, entre amedrentada y rencorosa, en los ojos, en tanto se disponían a cobrar en la improvisada pagaduría de la empresa y a golpe de dedo los escasos salarios. Sin embargo, aún tenía que verlos algo más tarde frente a la puerta de la cantina, brincando y casi aullando, mientras el cabo de fila vociferaba los nombres de los elegidos, es decir, de quienes iban a quedarse por algún tiempo más para faenar lo poco que había.

-109-

Era ya de madrugada cuando sentí al encargado por el zaguán. Me vestí a toda prisa y corrí tras él, aunque me mantuve a la zaga, porque no tenía ganas de escuchar sus comentarios y sus pretendidas justificaciones. De camino, y al pie mismo del otero, se erguía el frágil arabesco del tomatal. Durante unos minutos examiné con recelo los frutos negros y sequizos. Por último, hundí la cabeza entre el cuello del tabardo y reanudé la marcha hacia el viejo granero donde aguardaban los peones. Cuando llegué, ya estaba don Felipe husmeando aquí y allá, como de costumbre, en tanto los jornaleros, todavía entumecidos, avivaban las ascuas y ponían a calentar sus potes de malta.

Bueno, era una escena habitual, repetida cada mañana, y sin embargo había

algo en la actitud de aquellas gentes, en el aire mismo ahumado y rijoso, difícil de soslayar.

Me pareció que tenían el mirar torvo y resignado, y que hasta el resuello les faltaba.

Fue entonces cuando don Felipe se acercó al pinche que aún dormía y le sacó las mantas de encima con el pie.

-¡Eh, chico!

El pinche se removió en su yacija y, finalmente, abrió los ojos.

-Vamos, vamos... Acércate a casa del Amadeo y que te dé un paquete de picadura.

Pero el muchacho se le quedó mirando como alelado, sin levantarse.

Entonces el encargado se enfureció.

-Espabila ya de una vez, holgazán -gruñó violentamente.

No puedo asegurarte qué fue lo que le dijo el pinche, pero fuera lo que fuese, no debió de hacerle ninguna gracia a don Felipe, porque le saltó sin más un brusco manotazo. El mismo aire se adensó, hasta tal punto que parecía irrespirable.

Bueno, pues estando como estaba a espaldas del encargado, te juro que no me pude contener. De manera que fue por eso por lo que le di la patada. No sé si me comprenderás, ahora que ya lo sabes todo. Pero no pude hacer otra cosa. Y conste que no me arrepiento, y que lo volvería a hacer de nuevo si fuera necesario. Para qué voy a engañarte.

-110-

Lo demás también te lo he contado. Don Felipe se revolvió y me golpeó brutalmente con el puño hasta derribarme sobre el pedrejón.

Con las cosas, como ya te he dicho, más o menos así; el pinche aún palpándose la cara enrojecida, sorbetón va, sorbetón viene; los braceros allí en el fondo avivando las ramizas, y de espaldas él, erguido y firme, dispuesto para el castigo; y yo, por último, tragándome todo aquel dolor y toda aquella tremenda vergüenza, pero -eso sí- sin un solo lamento, fue cuando escuchamos el ahogado ronquido del automóvil trepando por la costana.

Poco después llegaron el pagador de la empresa y los otros dos individuos de aspecto inequívoco.

-111-

Opus número uno

A Rigo le han tenido que amputar la mano definitivamente. «¡No me importa, no me importa! -gritaba entre lágrimas-. Ya tengo ganas de verme bien abajo, con todos los míos.» No sé. Quizá sea una solución, pero no sé. De cualquier modo, seis años son demasiados años, y yo también estoy deseando abrazar a Paca y a los muchachos y a los nietos, a quienes ni tan siquiera conozco. Pero, en fin, lo importante es que el trabajo no escasee, y nunca me ha faltado desde que entré en esta obra. De manera que lo siento por Rigo, y por ese viejo camarada de tute, de vino y de tajo. Lo siento, y él lo sabe y lo siente, a su vez, por mí, ¡qué cosas!

El avión de Argel parece mismamente un vencejo desde aquí arriba. Esta mañana pasó más pronto que de costumbre, a la altura de la planta

cuatrocientos, y nosotros ya andamos por el millar. Bueno, lo cubrimos la última semana.

Por eso hicimos fiesta y nos visitó hasta el mismo patrón. Estuvo muy amable, y saludaba a unos y a otros con cariñosos golpecitos en la espalda, como un padrazo. Nos dijo muchas cosas, cosas ininteligibles, pero santas, sin duda, santas y reconfortables. Luego nos dieron café y coñac, y cantamos canciones antiguas, en tanto el patrón -112- sonreía muy satisfecho de nuestro alborozo. Sólo Rigo permanecía cabizbajo y no hacía sino renegar de todo aquello: «Cuernos para sus bonitas palabras. Cuernos para su sonrisa. Cuernos para su beata impostura. Cuernos para...»

-Rigo, canta, hombre, ¡canta!

«... Sus consejeros. Cuernos para...»

-Rigo, Rigo...

A tres mil metros de altura, las casas cuando se ven no parecen ni siquiera casas, sino algo muy extraño y desalentador. A tres mil metros de altura, una casa está lejos, demasiado lejos, demasiado ausente y dolorida. «Son los efectos de la gravedad», me dijo don Jesús, el aparejador, un buen día. Y así ha de ser ciertamente, porque en terreno llano, por la vieja barriada de la ciudad, no tardaba yo ni media hora en correr esa distancia, sabiendo, como sé, que al final me aguardaban mi mujer y mis hijos y unos nietos a los que todavía no conozco.

-«Sus cochinos negocios. Cuernos para...»

-Rigo, bebe. Bebe y canta, Rigo.

Pero es una obra importante, única, ejemplar. Y tenemos la obligación de sentirnos orgullosos y casi agradecidos por trabajar en ella. Y en ella trabajaron mi padre y mi abuelo, y yo entré cuando apenas contaba quince años. Entonces -lo recuerdo exactamente- íbamos por la planta quinientas cuatro, y ahora ya andamos metidos en la mil una. Así es que tengo sobre unos sesenta y cinco años, y me siento orgulloso y agradecido, como ordena el patrón y aun los mismos capataces. Son, pues, cincuenta años de orgullo y agradecimiento y seis sin ver a mi familia. Vaya una cosa por otra, y en paz. Eso afirma Rigo.

-«Su orgullo. Cuernos para...»

Este viejo y cabezota camarada de tute, de vino y de tajo, con su mano tumefacta y purulenta, aguantando más y más, para dejársela también definitivamente con todos sus años de soledad, a cambio de un improbable porvenir, junto con los suyos. «¿Y qué hacer si no?» Sin embargo, fue aquella una fiesta alegre. Mediada ya la tarde, el patrón se despidió con un gesto cordial y emocionante. Lo seguimos hasta una amplia explanada -113- de cemento. Hacía frío. Poco después su helicóptero descendió suavemente hasta sumergirse en un espeso banco de nubes.

Es muy posible que a Rigo se lo lleven pronto; ahora ha dejado su mano aquí arriba. De poco sirve. Por si así fuera, tengo dispuesta una carta para mi familia. La verdad es que me siento viejo y necesito decirles, como siempre, lo mucho que los quiero, porque no se me ocurre ninguna otra cosa. Ni siquiera me atrevo a repetir algunas de las hermosas frases del patrón. Pienso que no comprenderían nada y que terminarían riéndose como tontos.

No obstante, deseo vivamente regresar a casa y salir cada domingo al campo

o a la playa y tumbarme al aire humano y soleado, bajo un pino o junto al mar, mientras los chiquillos juegan a mi alrededor. Pero bueno, no hay más remedio que proseguir en la brecha. Por otra parte, y según se comenta, dentro de unos meses habremos cubierto aguas. Entonces aún me sobrará tiempo para hacer lo que me plazca, y siempre -lo siento, Rigo- tendré dos manos.

Por aquí arriba se trabaja duro. Desde la maitinada hasta la noche, porque a caso todos nos interesa aprovechar cualquier momento extraordinario. Los pocos ratos libres o los días festivos solemos echar una partida de tute en la cantina o nos metemos a ver una película. Personalmente, prefiero jugar a las cartas -¿y ahora sin Rigo? o charlar frente a una botella de vino. Porque lo cierto es que la empresa conoce muy bien el terreno que pisa y no ha escatimado diversiones.

Además del vértigo, lo peor es el frío. Casi a diario tenemos nieve o hielo y un ventarrón irresistible que dificulta la obra. Así ocurre que son muy frecuentes las caídas, y casi todas las semanas hay algún accidente. Como el de Rigo. Aunque él prefirió callarse y dejar que el mal le pudriera la mano poco a poco.

Por Navidad sube el patrón y un grupo de grandes personalidades, de aspecto satisfactorio y bonachón. Entonces los capataces nos llevan a la sala de actos del piso novecientos noventa y nueve y allí nos dicen discurso tras discurso, y nosotros aplaudimos aún sin entender mucho, -114- porque todos hablan muy notablemente de nuestro trabajo -siempre dicen «nuestro»-, de nuestra obra -siempre dicen «nuestra»-, de nuestro sudor -siempre dicen «vuestro»- y de vuestros beneficios -siempre piensan «nuestros», de ellos, por supuesto-. Todavía con las sonoras palabras resbalando por las nubes inútilmente, abandonan la sala y desaparecen en una lejana noche de recuerdos.

La última visita que nos hizo el patrón, es decir, el martes de la semana pasada, todo fue muy bien. Bebimos y cantamos, salvo Rigo, que estuvo todo el tiempo murmurando: «Cuernos para sus accionistas. Cuernos para sus inversionistas. Cuernos para...»

-Bebe, Rigo. Canta y bebe, Rigo.

-«... sus obligaciones. Cuernos para...»

-Rigo, Rigo.

-«... sus esclavistas... Cuernos para...»

Sucede, sin embargo, que Rigo es demasiado intransigente, demasiado, no sé cómo decir. Porque el patrón no pudo estar más amable de lo que estuvo. Y eso que opina el señor Anselmo, nuestro capataz: «Con gente así da gusto, ¿no os parece? Uno sabe por qué hace lo que hace.»

Pues sí, las cosas son por aquí siempre iguales, fuera de esos acontecimientos a los que me vengo refiriendo, y que no vienen sino a prestarnos nuevos bríos y a estimular la faena, que supone la total realización de esta única y muy singular obra.

Y se nos pasan los días y los meses y los años y hasta la misma vida, como casi se me ha pasado a mí, tan sólo con una esperanza, muy remota, por cierto, y sin más referencias que alguna visita extraordinaria, unos tragos de tinto y unas cuantas partidas de naipes. Cuando menos, antes -claro, que hace ya de esto sus buenos trescientos y pico de pisos- aún podíamos divisar la ciudad y hasta, con los prismáticos de don Jesús, los

automóviles y los tranvías y las gentes, aunque todo muy pequeño, muy pequeño y muy desalentador, por supuesto. Ahora, sin embargo, sólo nos queda el convencimiento -y no demasiado sólido, como es obvio, mi querido Rigo- de que nuestro -115- trabajo tiene realmente un sentido, una dignidad y una esperanzadora y justa promesa. Y yo creo que es más que suficiente, si se considera también la posibilidad de abrazar a los familiares dentro de muy poco y la de asistir, a mi caso, al nacimiento del quinto nieto.

Hoy hemos cubierto aguas. Después de ya no recuerdo cuántos años, el edificio se yergue imponente y solitario, mucho más allá de las nubes. Pero ha ocurrido algo muy penoso. Muy penoso y muy desconsolador. Resulta que el mismo patrón me advirtió anoche que era a mí a quien correspondía el honor de izar la bandera, por ser el más viejo de los obreros. De modo que, siguiendo sus instrucciones, me he dirigido al almacén en busca de la enseña y me he encontrado con que allí las había de todos los colores y con todos los astros del firmamento. Desgraciadamente, no he sabido cuál era la que debía coger. He tratado de hacer memoria, me he esforzado en comprender por qué y para qué y por quién he hecho cuanto hecho. Pero ha sido inútil... Así es que me he puesto a llorar estúpidamente, en tanto mis compañeros y el patrón y todos los demás esperaban fuera.

-116-

La espera

Bueno, tenía que suceder así. Y ahora ya estoy solo, decididamente solo. Hasta Eleuterio se ha marchado, como se marcharon «El Penas» y tío Martín y tantos otros. El pobre Eleuterio me lo dijo anoche mismo, entre balbuceos, sin atreverse a mirarme.

-Son los chicos, ¿sabe?... Crecen y...

Aparté la marmita del fuego, mientras Andrea zurcía unos calcetines. Sí, los chicos, por supuesto. Quince y doce años casi perdidos en este lugar. «Es justo». Pero, en realidad, no hice sino contemplar cómo ardía la ramiza, en tanto Eleuterio murmuraba no sé qué cosas.

Los he visto partir desde lo alto de la colina. Apenas si había amanecido, y durante algo más de una hora sentí el estremecimiento de las llantas girando montaña abajo.

Y ahora es mediodía y estoy solo.

Del informe técnico -y me parece recordar que aún lo conservo, siquiera sea fragmentariamente, por algún rincón del desván- se desprendía la urgencia de someter las tierras a un tratamiento químico, complicado y costoso. A tío Martín -lo recuerdo como si hubiera sido ayer, y ya hace..., ¿cuántos años?- no pareció causarle ningún efecto. Se lo tuve que leer varias veces, sin que a su rostro cimbreño y quemado asomase ni una pizca de pasmus. Estaba -117- sentado en el poyo de piedra, con las manos enlazadas sobre la garrota, y escudriñaba algo -un punto, quizá, conceptualmente matemático- por encima de nuestras posibilidades.

-Es tarde.

Pero yo pensé entonces -y conmigo todos los de más: Eleuterio, «El Penas», Negrales y los dos cazadores de ranas- que se refería a la hora, porque ya

había oscurecido y su masía quedaba al otro lado del serrijón.

Se levantó entre un funeral chasquido de huesos. -A casita, ¿eh?

-A la tierra -dijo.

Echó a caminar, con su paso menguado, por la vereda.

-Con Dios, abuelo -gruñó el más corpulento de los cazadores de ranas.

A tío Martín le dimos sepultura, tres días después, a la sombra de un peñascal. Hacía calor por aquel tiempo, y un lagarto ocre, con lunares celestes en los costados, asistió a la ceremonia. Aun así, el reverendo llegó a la mañana siguiente, a horcajadas de una borrica.

-Es de suponer que el viejo Martín andaba ya en paz con las cosas de Dios.

A sus años...

-Amén.

El sol goteaba inagotablemente por sobre las tierras altas y áridas.

Cuando concluyeron las exequias, nos fuimos todos, casi corriendo, al interior de la casona. El reverendo se licuaba con mansedumbre.

-Aguardaré la atardecida para emprender la marcha. No hay quien soporte esta solanera.

Entonces recuerdo que «El Penas» miró a Eleuterio. Y Eleuterio miró al cazador de ranas más corpulento. Y el cazador de ranas más corpulento miró a su camarada. Y su camarada me miró a mí. Y yo miré, por último, y con cierta resignación, las vigas desnudas y ahumadas del zaguán.

Probablemente, el reverendo debió darse cuenta de algo, porque murmuró:

-Os prometo que todo el pueblo hará rogativas para remediar vuestra miseria.

-Amén.

-118-

Pero lo cierto era que tío Martín nos había dejado, y su muerte resultaba en verdad una muerte profética. Nos había dejado él, siendo el más anciano y el más sabio de la región, no abandonando exactamente la tierra, sino incrustándose bajo su mantillo, con el propósito tal vez de alentarla o bien de gritarle cara a cara ciertas cosas que desde aquí afuera no se pueden ni mentar.

El cura se marchó, según había anunciado, a la caída de la tarde. «El Penas» masculló no sé qué, dio una patada a un chinarro y de su alpargata brotó un hongo polvoriento.

El camión no podía llegar hasta las quebradas de Negrales, de manera que tuvimos que subir el agua barreño tras barreño, en tanto el chófer y su ayudante nos miraban sin entender, ni con mucho, qué era lo que hacíamos en aquel lugar. Por nuestra parte, andábamos más que contentos. De los aljibes nos venía un gozoso rumor de esperanza.

Por las noches soplaba un viento comfortable, mientras discutíamos de nuestros asuntos, sentados a la fresca, y examinábamos el cielo -estrellas y más estrellas y algún que otro hombre y algún que otro guante, según decían los periódicos, por allá arriba-; lo examinábamos, como digo, por ver si de pronto surgía el morro de la lluvia, siquiera el chaparrón transitorio y hasta sofocante, sin duda, multiplicándose -y dejándonos su misterio- en el timbal mismo de los tejados. Pero el cielo emitía apacible y despiadadamente su clave de guiños, y nosotros seguíamos allí esperando, esperando, esperando.

Entonces «El Penas», por ejemplo -o aun el propio Negrales-, hablaba de

Alemania, como si Alemania fuera una nueva tierra de promisión. «Hay fábricas. Hay patatas. Hay mantequilla.» Y escuelas también. Y escuelas había en la ciudad. Y en el mismo pueblo. Eleuterio miraba para sus hijos, para los casi quince y doce años de sus hijos, tan baldíos, sin embargo. Y miraba -todos mirábamos, en definitiva- para los campos tan baldíos igualmente sin comprender casi nada.

-Miguel el de la poza se largó allá, ¿lo recordáis? Claro que yo hubiera deseado ponerme en el centro -119- mismo del veril para pedirles a todos -incluso a Miguel el de la poza, ya tan lejos, aunque no tanto como para que no pudiera oírme- que lo importante era levantar de nuevo la masía del tío Martín.

Pero se había hecho muy tarde a todo esto, y «El Penas» dijo que tenía sueño. «Mañana nos espera mucho trabajo.» Negrales bostezó, y los cazadores de ranas aseguraron, por último, que entre las paredes ruinosas de la masía de tío Martín habían visto una bicha de cuidado. «El Penas» se fue con su mujer y su hija sin despedirse. Tampoco advertimos nada anormal el día de su marcha. No quería -según supimos meses después- que su hija se pasara la vida escarbando el terrazgo.

Pues sí, también se marchó «El Penas» -lo repito con su familia detrás (se debieron de marchar, en cualquier caso, algo avergonzados; él muy en particular, por que ni siquiera tuvo valor para despedirse de sus vecinos. Y es que, sin duda, comprendió -quizá cuando ya no había solución- que estaba cometiendo una cobardía, por muy necesaria que fuese).

Aun así, mi más cordial adiós para «El Penas» y todos los suyos. Y mi adiós para Negrales, que no demoró demasiado en seguirlo. Y para los cazadores de ranas también, por supuesto. ¡Los pobres! (sé que desplazaron su peregrina industria al otro lado de la cordillera, donde tantos y tan dulces chortales dicen que hay).

Y el país bíblico -¿y por qué no?- se llenó entonces de alacranes, de cizañas y de escombros. Y fue cuando Eleuterio -cuarenta años de mediero, de sol y de hombre compartidos- decidió dejarme. Pero es claro que yo lo sabía mucho antes de que me lo confesara. Lo sospechaba más bien. Lo sospechaba en las manos trémulas de Andrea; lo sospechaba en la débil sonrisa que abría de par en par los quince y los doce años de sus hijos. Adiós, pues, adiós, mi viejo, mi buen amigo Eleuterio.

«Nunca se había conocido una sequía tan pertinaz. Y es poco lo que podemos hacer, porque la tierra somos nosotros mismos.» De acuerdo, tío Martín. Nosotros mismos transformándonos y transformándola, y aun toda una serie de cosas tan importantes o más que nosotros mismos, ¿es o no?

-120-

Si me río ahora lo hago porque pienso que por ese carril han creído escapar Eleuterio, «El Penas», etc. Bueno. Pero ya es tiempo de regresar a casa. Hay mucha labor allí para un hombre solo y tengo que preparar la sementera. Porque sé que va a llover. Lo sé.

-121-

Caín, de ocho a ocho
(Tercer premio «Ciudad de Badalona»)

Me encontraba en uno de los bancos del parque central, cuando llegó aquel hombre, tomó asiento a mi lado y al punto lo reconocí. Era algo tarde, quizá demasiado tarde, aunque no tanto, por cierto, como para marcharme, estando como estaba casi diluido en la penumbra entre vegetal y nubosa. Digo que reconocí al punjo a aquel hombre y me quedé mirándolo gravemente, sin que él me prestara por eso atención alguna o como si acaso aún no hubiera advertido mi presencia, estando yo como estaba tan identificado con la espesa sombra de los tilos.

Creo, sin embargo, que al poco debió sentirse observado, porque se movió inquieto hasta quedar de espaldas. Aun así, me di cuenta de que se encontraba viejo, terriblemente viejo -si he de ser sincero-, y cansado, muy cansado. Podía escuchar su oscuro jadeo entre el rumor de la hojarasca y el líquido casi animal de la cercana fuente, pero no quise recordarle nada, ni aun escuchándolo y viéndolo respirar con aquella fatiga, ni tampoco traté de sorprenderlo (aunque ahora no estoy muy seguro de haberlo conseguido, por otra parte) con una tos fingida, con un ademán algo brusco o con un saludo, pero no con uno esos saludos convencionales y casi mecánicos, sino con -122- el saludo propio y un tanto mordaz de quien ha esperado mucho, demasiado ya, en cualquier esquina.

Miré sus hombros tan frágiles envueltos en una chaqueta de lana descolorida, y tuve de pronto unos vivos deseos de abrazarlo y de gritarle que ya todo había concluido, y que a partir de entonces íbamos a caminar juntos necesariamente, teníamos que caminar juntos hasta que él cumpliera en mí su inexcusable y programado destino.

Pero ni siquiera pude moverme, estando como estaba instalado en aquella penumbra -casi penumbra yo mismo- y dispuesto a ofrecer mi cuello, sin que dejaran de alborotar los gorriones, ni el líquido casi animal de la fuente, del agua vertida por las repugnantes fauces de la gárgola, al fondo de la pila, verdinegro, suave, excitante me refiero al fondo verdinegro-, suave de la pila -según he dicho-, casi tanto, tan excitante, como el sexo de una virgen muy poco probable, el fondo verdinegro y excitante de la pila donde se derramaban los humores de la bestia, mientras ofrecía mi cuello y miraba a aquel hombre y le suplicaba que concluyera de una vez, que yo estaba allí muy bien dispuesto y que apenas si le iba a costar trabajo.

Atardecía, y él se obstinaba en permanecer distante, indiferente más bien, tal como un simple anciano que disfrutara ávida y apaciblemente de la tarde de octubre, con nubes lilas y filamentosas en su vértice superior, incluso con unos cuantos nietos en cualquier casa de la ciudad y un tazón de leche amarilla en el saloncito cálido, empapelado y abierto al barrio antiguo, por el que todavía se esparce, monótono y casi agrio, el bronce de las campanas sobre el templo de Eleyin (que es un decir, claro. O una imagen como las imágenes, más o menos, de aquel poema que usted recordará, y que habla de una hoz que parte, de una verga que azota, de un fuego que abrasa, de un molino que tritura, etc.). Pues él no quería otra cosa más que sustraerse a la memoria de algo aún no sucedido; sin embargo, y a

pesar de todas mis mejores intenciones, por la estúpida obstinación del anciano que nunca había de tener reposo si no se decidía de una vez a mirarme fijamente, como pienso que ha de mirar un hombre al hombre -123- que, quiéralo o no, ha de matar de un momento a otro.

No sé qué torpes excusas buscaba, por aquel entonces, para prolongar la espera angustiada, la agónica desde el mismo principio espera, en tanto se hacía viejo, terriblemente viejo, y tal vez confiaba en que la vejez habría de liberarlo, en definitiva. Y yo, a todo esto, sin saber exactamente qué hacer y, en consecuencia, ofreciéndole mi cabeza como un tonto, aunque con ciertas reservas, si he de ser sincero, pero sabiendo que era inútil cuanto pretextáramos uno y otro, y que al final tendríamos que caminar juntos para siempre -como hasta ahora-, necesariamente juntos -como hasta mañana y aún hasta dentro de muchos años, de muchos-, juntos como se nos había ordenado.

Y eso que yo mismo le sugerí toda clase de procedimientos, con ánimo de hacer su tarea más fácil y hasta mucho más anodina, quiero decir, algo así como un acto cotidiano, insignificante, casi reflejo. Pues tampoco pude convencerlo, y por eso andamos como andamos, de uno a otro extremo de la casa o de la ciudad, cada uno por su lado, hasta que inevitablemente venimos a dar aquí, en cualquier banco del parque o, verbigracia, en el mostrador de un viejo café, y él, como ya es ritual, simula no conocerme para nada y yo trato de llamar su atención, aun que sin demasiadas fuerzas.

Pues bien: fuimos dejando atrás todas las oportunidades, desde la piedra a la daga, de ésta al pomo renacentista o a la guillotina o al arma de fuego o al gas (iperita o cloro) o a la silla eléctrica, ya tan civilizada, sin que él, en ningún caso, se decidiera por una u otra cosa, siempre indeciso, con titubeos inadmisibles, para, por último, alejarse bajo los árboles o por entre las gentes que a aquellas horas -era media tarde o quizá el momento en que los cinematógrafos han de cerrar sus puertas, ya no me acuerdo bien- llenaban, las gentes, repito, los bulebares. Bueno, también le hablé -no directamente, como cabe suponer, dado que es muy aprensivo y nunca lo hubiera soportado- del napalm, tan rentable, o del uranio-238 o alguno de sus isótopos (ver ley de Soddy y Fajans y todo eso), -124- pero ni me quiso escuchar, aunque le hice saber que mi sugerencia era aséptica, muy científica en verdad, y no tenía por qué ensuciarse las manos. Y él entonces se las miró receloso, y no hace sino mirárselas de continuo, y luego las hunde con desesperación en sus bolsillos y se aleja entre las gentes y los árboles, o bien lo veo entre los automóviles, cuando aún el semáforo señala peligro y el guardia le sigue soplando al silbato violentamente, como si ya fuera un asesino. Y ahora se me vuelve de espaldas y guarda silencio entre el líquido casi animal de la cercana fuente o el alboroto de los gorriones por entre los plátanos del parque, y asegura que no me ve -ha de asegurarlo, estoy seguro por más que mi aliento le abrasa la nuca, de tan juntos que estamos. Y yo, mientras, le animo con mi actitud de entrega absoluta, y casi estoy a punto de tomarle la mano y obligarle a oprimir el gatillo o a pulsar el interruptor o a descargar el hacha sobre mi cuello, si con eso concluyera todo de una vez y este parque volviera a ser un parque con niños y niñas y soldados, con niños que jueguen en la espesura, en la

que algunas parejas hacen el amor, y coman barras de chocolate y beban en sus termos una leche caliente y espesa, etc. Pero insisto en que él ni me mira, y tan sólo percibo su jadeo, y conozco que es la nuestra una huida inútil, porque al final siempre nos encontramos y nos reconocemos al punto, en cualquier banco del parque o en la terraza de algún café, por ejemplo.

No, no sucede nada, y eso que los gorriones duermen ya -octubre apenas si comienza- en las ramas de los tilos, de los plátanos y de los otros grandes árboles, cuyo nombre siempre he ignorado, de hojas aovadas y de tacto casi metálico, o en el monótono líquido casi animal de la fuente, de fondo de musgo verdinegro, suave y excitante, pero nada sucede, como era de esperar. Simplemente, y en un instante dado, aquel hombre contempla las palmas de sus manos, que brillan de súbito con un brillo cruel y se encienden por los bordes, como sarmientos, en la penumbra que soy yo mismo, con el periódico abierto sobre las rodillas (el periódico que no he leído y que habla de cientos de muertes, de miles, con naturalidad); y él permanece -125- ahí mirándose a las manos como si tal cosa, y de pronto se pone en pie y echa a caminar despacio en un principio, para luego alargar las zancadas y terminar corriendo, hasta perderse entre las gentes, por los bulevares, cuando los cinematógrafos terminan su sesión nocturna, y yo me quedo allí mismo, de nuevo defraudado, en espera de la oportunidad definitiva. Porque sé que volverá aquel hombre -u otro muy parecido- y tomará asiento junto a mí, en cualquier banco del parque, y yo le reconoceré al punto y aguardaré el término de algo realmente innecesario.

-126-

Así en la tierra

Y ahora ya estoy convencido de que andamos extraviados. De cualquier forma, le tomo la lamparilla al doctor y describo un semicírculo buscando un simple arbusto, una roca, un pequeño indicio, en fin, que me sirva de referencia. Pero es inútil. El haz luminoso choca y se disgrega en la oscuridad. Avanzo, pues, con tiento, mientras escucho justamente a mis espaldas los jadeos y protestas del doctor.

Todo ha sucedido con demasiada rapidez. No hace aún ni tres horas que llegué a su casa. Le dije que lo necesitaba, que era muy urgente. Se lo dije quizá con cierto nerviosismo, de modo que no me entendió bien. Estaba cómodamente, junto al fuego, con su mujer y sus hijos. Así es que se lo repetí. Le dije: «Tiene usted que venir conmigo, doctor. Es muy urgente.» Entonces para la chimenea y respondió de muy mal talante: «Pero ¿ahora?» «Ahora mismo, doctor. Es muy urgente.» Sin embargo, aún trató de excusarse. «¿Es usted o no el médico de esta comarca?» Creo que murmuró, «por supuesto», o algo parecido. Luego me dejó unos minutos en el zaguán, en tanto recogía su abrigo y el maletín. «Vámonos ya de una vez», gruñó. Le ofrecí la mula que tenía en la posada del Escolástico, -127- pero él ya se había metido en el automóvil. Partimos a toda velocidad, y pronto quedó la aldea con sus cuatro luces en el fondo del collado. Yo tenía un nudo gordo como el puño y apretado en la garganta, y apenas si podía

hablar. «Es mi hijo, ¿comprende, doctor? Está muy enfermo, mucho.» Pero él posiblemente ni me escuchó. Iba pendiente del camino, y no hacía sino proferir imprecaciones.

Cuando alcanzamos los cañaverales, junto al recodo, le pedí que se detuviera. Me miró sorprendido, tanto como si hasta entonces no hubiera advertido mi presencia.

-¿Aquí?... ¿Pretende usted que me detenga aquí en medio?

-Mi casa cae por lo alto... -murmuré, mostrándole la sierra-. No hay modo de seguir con el coche.

Bajó y cerró la portezuela violentamente. -Vamos, vamos, enséñeme el sendero de una vez -suspiró con fingida resignación-. No puedo perder más tiempo, ¿me oye?

Fue entonces cuando eché a andar por el veril, como costumbre, y él detrás con su lámpara eléctrica. Pero de todo esto hace ya sus buenas y cumplidas horas, y el asunto está más o menos así: yo marchó a la cabeza, pero indeciso, en silencio y con la certidumbre de que algo inusitado va a ocurrir o ya ha ocurrido o está ocurriendo en estos precisos instantes; el doctor me sigue soplando, a pesar del frío. Por otra parte, resulta que tampoco hay cielo, y si lo hay, es acaso un reflejo de esta tierra dura y desamparada.

Y me digo de pronto, y una vez más, que todo es muy extraño, que yo he caminado uno y otro día por este serrijón, y lo he corrido de extremo a extremo, y lo he rotura do inútilmente año tras año, y lo he revuelto y lo he acariciado y hasta lo he golpeado con ira, lo he desmenuzado con estas mismas manos, que ahora, sin embargo, no asientan ni un mínimo gruijo conocido, ni tan siquiera una ortiga, ni el vago y huidizo rumor de una bestezuela, de un ave nocturna, por ejemplo, ni ese latido del agua subterránea y burlona. Es todo muy extraño, me repito, y en -128- tanto mi pobre hijo está solo en la casa, solo con esa soledad amarga, inmersa, dolorosa de las tierras estériles. Siento cómo el señor doctor se detiene, y aunque no puede verme, me mira fijamente.

-Pero, ¿qué es lo que sucede?... ¿Quiere usted decirme de una vez qué significa esto?

Y la verdad es que no puedo aguantar más y me pongo a sollozar, vencido ya -otra vez vencido- por el desaliento.

-No es más que un niño, ¿comprende, doctor?... Y está solo, demasiado solo, demasiado triste.

Entonces sé que el doctor deja resbalar sus ojos hasta el suelo y reanuda la marcha.

Sus palabras parecen venir desde muy lejos: Erase una vez... Es muy cierto que no puedo escucharlo. Lo adivino, más bien. Adivino cuánto pretende decir. No obstante, hago un esfuerzo y trato de incorporarme: Erase una vez... ¿Sis?... ¿Y qué?... Y me habla de Felipe, el mayor de sus hijos, que también es médico y vive en una gran ciudad, y otras varias cosas. Pero no me importa nada, aunque él insiste e insiste, sin recordar ya -o quizá y precisamente intentado disolverse en no sé que pasa do- que hay que seguir adelante. Me acuclillo, poco antes de partir, junto a la charca y sumerjo las manos en un cieno incoloro. Aquí, de tan arriba como nos encontramos, verdad es que el sol semeja mismamente una baya ácida. Pero echo a andar y él tras de mí, como siempre, desde hace..., ¡ni lo

recuerdo! Y de nuevo enciende la linterna -se la devolví cuando nos tumbamos a descansar-, la enciende, repito, porque a todo esto la oscuridad ha crecido desde el valle, como una madre selva de grafito. Y de tal modo continúa la búsqueda uno y otro día y aun otro más y otro, sin que en ningún momento me sea dado descubrir siquiera la ortiga o el alacrán o el lagarto panzón y melancólico, pero conocido en cualquier caso.

El doctor, por supuesto, todavía gruñe, pero apenas si tiene bríos ya y no hace más que reprocharme mi torpeza, mi zafiedad de hombre rústico y desolado. Y es lógico, según pienso, y aun yo mismo me daría de golpes contra el muro si con ello pudiera encontrar la casa, mi casa, en definitiva -129- -donde el pobre muchacho, con una vida generosa y, sin embargo, rudamente desamortizada, agoniza ya; el muchacho, que es mi hijo, o que pudo haberlo sido, no sé si agoniza, como voy rumiando, solo con la soledad de su vejez-.

No lo entiendo. No lo entiendo.

A pesar de que lleva toda la razón, tampoco le permito sentarse ni descansar. Hay que ganar tiempo. Pero ¿Cómo se gana tiempo? De pronto, el doctor asegura que apenas si ha visto crecer a sus hijos por mi culpa.

Dice también que muy probablemente su pequeña se habrá casado ya. Y le respondo: «Es cosa buena eso de casarse, doctor. Yo mismo quise casarme una vez, ahora que hago memoria.» Pero tengo un solo hijo y se me está muriendo desde el punto en que nació; eso, diga lo que guste el señor doctor, no es cosa buena. De modo que siendo un niño, si acaso lo es, va a morir como un viejo. Y él dice entonces, pero mirando hacia otro lugar: -Nadie os mandó venir aquí.

Alguien tenía que hacerlo, ¿no le parece?

Tal vez, sí. Pero ¿a mí qué me importa? Yo soy médico y nada puedo revelar.

Cuando duerme, el doctor tiene la cara lívida y los ojos hundidos en las aguas amoratadas de sus párpados. Parece el recuerdo de un hombre. De un hombre parido por no sé cuál inadvertida madre.

Madrugamos mucho y emprendemos la marcha. Así sucede cada día. Tampoco tenemos ninguna otra cosa que hacer. Aun sin percatarnos, nuestras relaciones son cada vez más íntimas, más amigables. Charlamos a ratos, y él me cuenta sus cosas. Por ejemplo: le gustaría haber tenido tres hijos y haber estudiado Medicina. Yo también le hablo de mis asuntos tan elementales: del rastrojo, de la sementera, del hijo que pude tener.

A veces, en la ladera sombría de un alcor, reposamos y proseguimos nuestras escasas conversaciones, que de un modo u otro vienen a parecerse. Entonces pienso en las cosas que nos unen y en aquellas otras. Y siento angustia y se me antoja que he olvidado algo, que algo se me ha ido definitivamente de entre las manos.

-130-

Y por donde, no hace aún ni cinco minutos, barruntamos estas ruinas. Tan remotas, tan descabelladas.

-Pero... ¡Qué idea!... ¿A quién se le ocurriría meterse aquí, en este endiablado paraje?

El doctor rompe a reír.. Porque lo cierto es que ya nada tiene sentido. Y yo voy, entre tanto, hasta un montón de piedras, me agacho y recojo una

torpe cruz de madera y leo un nombre escrito a tajos de navaja, y lo vuelvo a leer -y una vez más, y otra, y otra... ¡Dios mío!-, y sé que es el nombre de mi hijo- del hijo que tuve, del hijo que pude haber tenido-, y debajo del nombre -de «su» nombre- hay un año del que ya ni siquiera tenemos memoria.

Entonces miro al doctor y el doctor me mira también, como avergonzado de su risa, y por último ahoga su mirada -y la mía, en consecuencia- en esta tierra cruel, despiadada y tan querida, sin embargo.

-131-

Informe de urgencia para el señor Malthus

Pues bien: primero subió a lo alto de la loma, aún con un sol desarticulado entre el rompecabezas de las cercanas urbanizaciones -«Miami», apartamentos de lujo, y «Niza», «Acapulco», zona residencial, y «Florida», y muchas otras, muchas-, subió a lo alto de la loma y espío la llegada de los camiones y de las grandes máquinas amarillas, cuyo gruñido había percibido ya a muchas leguas; de los hombres con sus cascos protectores y las ropas de faena; del equipo de técnicos; y hasta, por último, de un jeep con varios números de la Guardia Civil. De improviso tomó un canto y lo arrojó furiosa y estúpidamente contra aquellos invasores, que aún quedaban muy lejos, sin embargo. Descendió aprisa, saltando de peña en peña, cruzó el huerto y entró en la casa todo arrebatado, y gritó a su mujer y le dijo a gritos que ya estaban allí, que ya nada podían hacer. Por unos instantes miró de reojo la vieja escopeta que colgaba sobre el cantarero y la canana casi vacía. Pero el leve llanto del pequeño le devolvió de golpe a la realidad. Cuando regresó al cobertizo, el sol se había retrepado a grupas del altillo y un abejorro irisaba por entre el emparrado.

«Debe usted comprenderlo, buen hombre. Su obstinación no tiene sentido.» Y él se fue entonces hacia el aljibe -132- -sabiendo, como sabía, que todos aquellos tipos no le quitaban la vista de encima-, sacó un par de cubos de agua, llenó la gamella, como cada mañana desde hacía más de treinta años, y comenzó a lavarse, en tanto escuchaba, entre los enérgicos gorgoteos, los retazos de una conversación apenas susurrada. Finalmente, el automóvil se puso en marcha, y lo vio alejarse, no sin cierto alivio, por el carril, brincando entre pesadas tolvaneras.

Pero sabía muy bien que habrían de volver. Y se lo dijo a Mónico, y Mónico, que andaba ya recogiendo sus cosas, le contestó que era inútil resistirse, que aquellas gentes de la ciudad conocían las leyes y cuanto se podía hacer con ellas.

-¿Y dónde vamos a ir?

A otra parte. «Toma lo que te den y lárgate a otra parte. Es lo mejor.» De cualquier modo, don Justo no tendría empacho en procurarles faena en lo de los tomates. Hizo un gesto ambiguo. No, no le gustaba don Justo. Había escuchado a sus jornaleros, a las mujeres que se consumían, hora tras hora, en las oscuras naves envasando frutos.

Sonrió y pensó en la hermosa finca de don Justo, con sus jardines y su enorme piscina de aguas claras y placenteras. Con frecuencia, cuando

bajaba al caserío -días feriados de dominó y de tinto, días de papeleo en la Hermandad-, barruntaba, siempre al otro lado de la verja, por supuesto, las carreras y zambullidas de aquellas gentes -hombres y mujeres- de cuerpos elásticos, suavemente atezados por un sol de ungüentos y aceites aromáticos.

-¿Y qué quieres?

Pero él nunca lo comprendía del todo.

-Siempre ha sido así, y así seguirá siendo. De modo que no vale para nada calentarse los cascos.

Y Andrea, su mujer, le escuchaba con mansedumbre, pero sin enterarse realmente de cuanto le decía.

-Si fueras más a misa... -y era como un punto final a toda posible consecuencia, a todo intento de esclarecer y ordenar aquel turbión de cosas que le bullían de continuo en la cabeza.

-133-

Y de súbito lo de la carretera o la autopista, como le llamaban ahora. Y había que dejarlo todo porque era el progreso, nada menos, y por allí iba a llegar, sin duda, la felicidad para todos.

-También para usted, buen hombre. También para usted y para su familia. Conque, qué le parece, ¿eh?

Y vio, sin embargo, cómo la nueva carretera -o autopista, o lo que fuese- circundaba la hermosa propiedad de don Justo: el parque, la pinada, las canchas de tenis... Curioso, muy curioso, se dijo.

-Si persiste en su actitud, le aseguro que va a salir perjudicado.

Aun así, se negó a firmar los documentos. Decididamente, no abandonaría el terreno, ¡que hicieran la carretera por otra parte! «Mira bien lo que te piensas. Mira que esta gente va a lo suyo. Mira que saben de leyes y conocen cómo hay que barajarlas», le dijo Mónico, en tanto iba y venía sacando a la solana arcones y sillas, atadizos de ropa y aperos. Tampoco estaba dispuesto a trabajar para don Justo ni para nadie que fuera como don Justo.

Cuando regresó al cobertizo, el sol se había retrepado a lomos del otero y un abejorro irisaba entre el emparrado. Y allí estuvo contemplando su pequeño huerto hasta que escuchó, vereda abajo, el ronquido ahogado de los coches.

Pues resulta que ahora llevaban un mandamiento judicial o algo así, y había que firmar de un modo u otro y largarse de inmediato. Y todo porque un personaje muy importante iba a venir al cabo de unas semanas a inaugurar las obras y urgía el trabajo y ya lo había entorpecido él mas que suficiente, dijeron.

-Traen un papel del Juzgado.

Miró entonces para los cuatro guardias civiles que se habían quedado a la zaga. Conocía a uno de ellos. Habían bebido juntos, cuando lo de San Roque, y habían reído, y siempre le pareció un hombre entero. Y ahora estaba allí, como si no se hubieran visto en la vida, con el fusil golpeándole el costado.

Andrea y los hijos terminaban ya de recoger las cosas, aún sin acercarse a lo que realmente estaba sucediendo. -134- Bueno, había que marcharse en seguida. Eso era todo.

Entre tanto, las brigadas de obreros invadían la loma y los sembrados, y

las gigantescas máquinas se aproximaban haciendo retumbar la tierra. No, ya nada podía hacer. Echó una ojeada a aquellos hombres, de apariencia pulcra y correcta, y tuvo la intuición de que su odio no era tan personal como se le había figurado. Y en aquel punto sí que cobró plena conciencia de por qué las cosas andaban como andaban.

Por último, subió al carro, donde ya se habían acomodado Andrea y los chiquillos, y azuzó al macho. Erguido, bien firme y con las riendas fuertemente empuñadas, no quiso mirar hacia atrás ni por un instante.

-¿Te has fijado? -preguntó de pronto uno de los ingenieros, cuando el carro pasó frente a ellos. Y sin esperar respuesta, agregó:- ¡Ocho hijos! Te digo que, en el fondo, soy un maltusiano convencido. ¡Qué gente! No sabe otra cosa más que hacer hijos y luego se queja de que no tiene con qué darles de comer.

Luego dio media vuelta y se dirigió hacia el «Mercedes» negro que esperaba.

-135-

Torre de Babel, octavo izquierda

Pues la última vez ya andaba ese tal Ciro en pie de guerra, según hago memoria. Pero, claro, por aquel tiempo yo tan sólo vivía pendiente del asunto del apartamento, de modo que apenas si prestaba atención a las noticias radiadas ni a los periódicos. Por otra parte, ese tal Ciro no parecía tan desalmado como dicen, y, en definitiva, los movimientos de sus gentes de armas no iban más allá de pequeñas escaramuzas a lo largo de la frontera. Así que entre una y otra cosa (los muebles, el aire acondicionado, los electrodomésticos, etc.) aquellas luchas se me antojaban poco menos que un juego de niños. Y -ya ves- fue por eso precisamente por lo que nunca se me ocurrió pensar que detrás de tantos y cuántos incidentes nocturnos, de tantas y cuántas masacres en las aldeas de junto al río, en fin, de tantos y cuántos alzamientos de las tribus montaraces, anduviera el petróleo. ¡Qué cosas! Hubiera jurado -te digo- que en el fondo de las tales querellas no habían sido motivaciones religiosas o ciertas diferencias étnicas. Y lo hubiera seguido jurando -en tanto conseguía que me instalaran el contador de la luz- de no haber mediado mister Woody, que, como bien conoces, es doctor en Ciencias económicas, profesor universitario y presidente del consejo de administración de la «Universal Oil -136- Co.». Pues bien, insisto: mister Woody me abrió los ojos, exactamente hasta donde podía y debía abrírmelos. Y así fue cómo, poco después, pude percatarme ya de cómo las lanchas rápidas, de bandera casi sideral, patrullaban Éufrates abajo, Éufrates arriba.

Y -te repito- que volvía entonces en el viejo «Opel», porque me era muy necesario -vital más que necesario- reconstruir cuanto sucedió o cuanto podía suceder de un momento a otro, y volví otras veces -bien lo sabes, bien lo sabemos- con el mismo objeto, sin que me fuera posible -en todos aquellos repetidos viajes- establecer una relación coherente cronológica o jerárquica de los acontecimientos que, por fin, provocaron el caos.

Ya sabes demasiado bien a lo que me refiero. Y aunque nunca logré

encontrarte, por alguna razón ignorada, hasta ahora y quién me dice que no hasta mañana o hasta jamás, la verdad es que siempre regresaba con el deseo de advertir acaso el solo y tenue perfume de tu cuerpo en la gran alfombra de pelo azul turquesa, donde debíamos -debemos, deberemos- hacer el amor cada tarde, en las largas, en las flatulentas tardes del verano babilónico.

Y de nuevo tiento el acelerador del viejo «Opel», aunque me consta que nada voy a conseguir. Lo sé. Lo sabemos todos. Y, sin embargo, humea el radiador, por la llanura de Sennaar, hasta el «road-hause», donde -hace ya mucho conocimos al señor Noé, ahora -según se comenta- primer lord del Almirantazgo. Entonces sí que debimos -debemos, deberemos, etc.- hacer el amor, como una pareja más, bajo tu hermoso paraguas de flores pálidas, de crisantemos. Pero, entre tanto, mientras te escribo, quiero decir, me detengo frente al «road-hause», para que el «Opel» se enfríe al cobijo del confortable reparo de mimbres, y bebo cerveza, y me entran las voces amables y vacías -vacías, compréndelo bien de una vez- de «Los Platers» o quizá de alguien que nada tiene que ver con «Los Platers», a 45 r. p. m., y me -las cosas han pasado y van a pasar muy aprisa- escuece la ausencia de ese amor que ya deberíamos haber hecho- y debemos y deberemos y etcétera- sobre la gran alfombra de pelo cárdeno, como el crepúsculo monumental de Babilonia.

-137-

Es difícil manipular no sé qué ordenadores, para los que apenas si tengo más dato que una frustración. Y, aún más, desde aquí -estoy empinado sobre una colina- se me figura alucinante el espectáculo de nuestra torre de Babel- en régimen de comunidad (?)-, con el cuello estirado mucho más allá de las nubes (cirros, nimbos, estratos, cúmulos, pero perdona, perdona, estoy tratando de comenzar por algún sitio), y chispeante -el cuello de la torre- con los luminosos de la «Coca-Cola» o de la «Shell» o de qué sé yo. Miles, míralos desde mis hombros, de palabras que huelen a grasa industrial, a aminoácidos, a hidratos de carbono, a sudor ajeno o enajenado, y que burbujan -el sudor no, el sudor se evapora, se dispersa, se disimula- por encima del modesto Zodiaco de los astrólogos caldeos, a quienes ahora -o mañana o nunca verás ejerciendo oficio de conserjes y afeitados decentemente, o bien disfrazados de echadores de cartas, porque aún la profesión les tira, aunque no dé para mucho.

Pero no importa, se trata de empezar, de recordar juntos, de no dispersarnos por las playas de moda o por las galerías interminables, donde las voces se multiplican en cientos de ecos, de resonancias, por las bóvedas, por las cúpulas, por los mausoleos. Ven ya, por favor. Te necesito, para empezar en ti, desde ti, desde un amor que debimos -debemos, deberemos, etc.- rendir sobre la gran alfombra de color verde de botella verde de vino rojo. Ven y trataremos de llamar, no Joe, sino amigo, a Shamassaritsan, el más joven de entre los sacerdotes de Belo, aquel a quien los relumbres de la «Coca-Cola» (también me consta que padece astigmatismo y miopía) le han birlado la imagen de la hermosa, perniabierta y recatada Venus, la que lubrica singulares conjunciones planetarias y para hijos acéfalos y propicios a la plusvalía. Pero, perdona de nuevo, ¿de qué estábamos hablando? ¿De qué hablamos aquella vez, hace ya no sé cuanto? ¿De qué hablaremos mañana, si es que acaso aún

mañana tenemos la palabra siquiera? Volvamos a empezar, ¿te parece? Urgamos un principio, cualquiera que sea. Convengámoslo. Asámonos a él y tratemos de buscar un acoplamiento sobre la voz, sobre la gran alfombra de pelo de camello. Dime, ¿te parece? ¡Pero dímelo ya, de una vez para siempre! Por favor, por favor, por favor.

-138-

Regresaba entonces como regreso ahora y como regresaré mañana -recuérdamelo-, para buscarte y buscarme, para consumir y consumirnos, aquí, en tanto nos amamos, y Shamassaritsan a Joe, se desgañita entre las explosiones del motor del «Opel», y con él se desgañitan sus hermanos de claustro y todo el cuerpo oficial de astrólogos, y plañen por el sacrílego desahucio, mientras voy hacia ti y atisbo cómo se desploma el templo de Belo desde el ático, y gimen los pobres, en tanto los técnicos devoradores de chicle rastrean -ya bien instalados en lo más alto- satélites artificiales o no, cosas, en fin, que duelen a veces, y que arrancan atiplados lamentos en los corazones de los sacerdotes tan venerables -pero yo, te lo juro, ya te buscaba-, vendedores ambulantes de horóscopos, de cajetillas de rubio, de alucinógenos de menta, fresa y limón (sólo para niños mayores de un minuto de embarazo); pero te repito que iré hacia ti y cerraré los ojos y procuraré no hacerme ilusiones tontas, si es que tan sólo arrebató de un golpe todo el tenue perfume de tu cuerpo derramado por sobre la gran alfombra de pelo de color de vidrio de frasco de ámbar de alcohol de vino de uva de cepa de Borgoña.

Pero no llueve. No llueve como entonces. Aún no es mañana; pienso porque no llueve y todo esto aún no existe, y leo cartesianamente sobre el cerebro cartesiano de Descartes -mi viejo amigo- pensamientos que pienso al revés, o de lado simplemente, escritos en su calavera a plumazo limpio, y a pesar de mis esfuerzos continúa sin llover y la llanura de Sannaar es casi una tea y no llueve, y sir Noé echa betún sobre la olorosa madera de ciprés, pero no llueve, como ayer y como ahora ha de llover, y así es nuestro recuerdo y así nuestra consigna, mal que le pese al servicio de meteorología democratacristiano. Pero entonces llovía -va a llover, llueve, ¡llueve!-, y de pronto me viene a la memoria (¡Aleluya, lluvia!) que fue por aquel tiempo -no sé, no sé cuánto- cuando supe la muerte de Nitocris por el llano en plena ebullición, casi de autoclave esterilizadora -con perdón-; descendiente Nitocris por vía materna, Nitocris, de Nemrod, fabricante. Nitocris, de reyes al por mayor, Nitocris, había muerto -139- -me refiero a Nitocris, por si acaso lo hubieras olvidado mañana, a Nitocris quiero decir- de muerte abdominal durante un concierto de música «pop», que así es como mueren las reinas bien nacidas, que se celebraba -el concierto «pop» «pop»- en New Washington, antiguo Nínive, estado de Asiriawoming, entrando a mano derecha del Pacífico o a la diestra por el Mediterráneo. En fin, eso fue lo que escribió un columnista de ecos mundanos apellidado Alfonso Décimo el Sabio, cruz de placa de..., refiriéndose a Nitocris, cuanto ya estaba para descerrajar a luz un nuevo presidente de esos tan rubios y altos que dicen «Pace Paz Pax Pax Pax», y que también navegan inmaculados y esbeltos por los estanques; pero corría hacia ti por aquel tiempo, y los decibelios de napalm caían dulcemente (¡Aleluya, lluvia, maná!) sobre todos los poros de poros, y yo, muy sosegado, y como si nada de cuanto iba a suceder fuera

conmigo, llegué a la torre, cogí el ascensor, llegué a nuestro apartamento -no habían instalado aún el contador de la luz, ni el del agua, ni el de nada- y me lancé sobre la alfombra grande, grande, de pelo de perro de color de endrina del Tíbet y olí. Olí muy fuerte, como nunca ha olido nadie en el mundo.

Cuando vinieron nuestros vecinos lapones de visita, apenas si pude obsequiarles con media cabeza de ajos, pero ellos debieron comprender mi excitación y se pusieron a ladrar cordialmente y a pastar sus renos sobre la inmensa alfombra de pelo de oso del Polo y a comer arenques muy podridos, pero nada me pudieron sacar -aunque te confieso en la mayor intimidad que por unos instantes estuve a punto de ladrar en su misma longitud de onda-. Luego se fueron con sus ajos y sus renos y sus arenques y yo salí, bajé en el ascensor, cogí el «Opel» y me fui a toda prisa, para volver de nuevo y buscarte en la alfombra, y sólo encontré no ya tu perfume, ni tan siquiera el de los arenques, sino estiércol de reno, que con los años había fecundado un extraño pelo, como de hongo previsor. Te buscaba, te he de buscar, te busco, pero ya no sé qué hacer, no sé por dónde iniciar la búsqueda ni nada me divierte, ni tampoco me interesa el estudio de la moderna -140- prosa cuneiforme del joven Truman, trujamán trujinante, e incluso se me da muy poco que gane ese tal Ciro o el Hexágono o el «trust» petrolero, se me da muy poco, muy poco, poco, po, p. Al cabo, pienso, cuando cierro los ojos y cuando los abro al rosicler, a la densa alizarina de los soles babilónicos, al azófar de la noche de la cola, cuando los cierro y cuando los abro, o cuando ni los cierro ni los abro -ciego de mí, ciegos visionarios cada madrugada -al pertinaz insomnio o al terrible dolor de muelas, pienso, pues, digo, como estoy diciendo quiero decir, que habrán de inhumarme como a los viejos caldeos de rizadas barbas y mitras en el vientre oscuro y fresco de una lavadora superautomática.

Voy hacia ti, te busco, te busco. Y qué rápido se me ha venido el día, el siglo, desde aquellos remotos orígenes -¿recuerdas?- de árboles frutales casi intactos a esta llanura de la voz degradada, y quiero hablar y buscarte, aun sabiéndolo, en medio de un coro de catres los vecinos de enfrente- que me soban y ríen sus risas oxhídricas, sus ojos irisados de pipermin frapé, mientras, enloquecidos ya -ahora todo gira, de pronto- los lapones aúllan, en tanto se cuecen y brinca en sus pupilas una hermosa e inasible teoría de glaciares, de renos galopando por el espinazo de la aurora boreal y, en el caos, Shamassariteen el bueno, masca goma de mascar hasta que le revientan los alientos de clorofila y grita la presencia de novísimos astros en peligrosa conjunción cuando ya los alanos del radar le huellan los talones.

Pero si aún te encuentro, si aún nos encontramos y hacemos el amor sobre la gran, sobre la vasta alfombra de pelo verde de zafiro de esperanza, podremos salvarnos. Vuelve, por favor. Te busco, te buscaré siempre en el tremendo fragor de las mesnadas de ese tal Ciro, que cruza el Éufrates con las lanchas rápidas hasta las rodillas, y de las antiestrofas de los pistoleros, que se saben de carretilla la artesanía del átomo de cobalto y aun las Soddy, y mientras te buscaba, mientras mañana te busqué, todo va a desplomarse ya, ya todo se desploma, ya todo se viene abajo, y escucho gritos, y la tierra se abre, y todo se tambalea en esta gran ceremonia de

la confusión, y todavía -141- esperanzado me echo de bruces sobre la alfombra, te busco en ella, el recuerdo de otro tiempo que pudo ser de otra forma; tu recuerdo lo busco como siempre he de buscarlo, y a poco volverá a suceder todo esto que está sucediendo, y entonces, como ahora, la torre concluirá por precipitarse sobre nuestras cabezas, no tan inocentes como pensamos.

-142-

Me llamo, v. gr.: Heráclito

Me llamo Heráclito, pongamos por ejemplo, aunque tampoco importa mucho. Sucede que cada mañana, desde no recuerdo cuándo, vengo aquí, donde ahora, y me siento donde ahora estoy sentado, en tanto medito -por más que meditar no es mi oficio y mantengo el oído alerta, en verdad, y los ojos. Digo los ojos, y lo repito para que no haya dudas: los ojos. Ya está- y los observo fijamente, y ellos lo saben y fingen no verme y pasan de largo, mientras ríen con sus risas huertanas -casi obligadas por mi obstinación-, quiero decir, casi de tierra -sus risas-, casi de yermo -sus risas, como voy rumiando-, sus risas quiero decir, en fin, que más que risas me parecen rumor de aguas improbables -se entiende, ¿no?-, de aguas suplicadas a solas o en públicas rogativas (don Fabián o don cura se hurga los dientes) -lo he visto así de continuo- y alza su miopía hacia arriba, y a quién va a engañar, pregunto yo, si no se le alcanza el extremo cárdeno de su misma nariz). Insisto en que ni me miran, y hablan de sus cosas, y se esfuerzan en ignorar mi hambre, y eso que se la escupo a cada quien todos los días, como ahora, estando aquí sentado, bajo el olmo si el sol pega, acaso al sol si sopla la tramontana.

-143-

De tarde, alguien -forastero quizá, o quizá aún no demasiado encogido- se me acerca y me sacude una palmada en los hombros. «¿Y qué tal, abuelo?», pregunta. O «¿Cómo andan sus asuntos?», pero siempre por lo bajo y así como recelando de su propia hombría. Lo miro entonces y sé que mi mirada se diluye pronto y se queda suspendida brevemente en la enramada o en la cal nueva del almacén de los piensos.

Pues, sin duda, el amo debió de ponerse malo cuando se lo dije, estando, como aseguran que está, tocado del hígado. Pero eran muchos hombres aquellos y venían de todas partes, con el sudor agarrado al pellejo y el pellejo curtido y en exceso para tan magros como se llegaban. Y resulta que sólo había lugar para los menos, y el amo me mandó que contratara a mitad de jornal, porque era mal año y porque ellos iban a faenar por lo que fuera, ¡y qué remedio! El viejo sonrió, mirándome ladinamente, y se me puso, casi de golpe, a hervirme el cuerpo y ya no me pude contener. De modo que se lo dije a gritos, porque me pareció demasiado y aún -digan lo que digan- me lo sigue pareciendo. «Las cosas son como son y no hay que darle vueltas.» Pero conozco que no es así, y miro al río, y sé que no podría ahogarme dos veces en las mismas aguas por más que a alguien se lo pareciera, y sé también que todo se mueve y se renueva como el río. Eso, cuando menos, es lo que debe de ser, es lo que a mí se me figura, personalmente hablando.

Después el amo argüía: «Yo no puedo arreglar el mundo de un plumazo. Si no hay nada que faenar, no es asunto mío. De modo que alguien tiene que cruzarse de brazos y apretarse el cinturón.» El amo liaba un cigarro y, de repente, vociferaba: «¿Y cuando la crecida, eh? ¿quién pierde cuando viene la crecida?... Vamos, contesta, contesta...» Pero yo no contestaba. «Pues pierde un servidor, para que sepas. ¡Un servidor!, ¿me oyes?... ¿Y sabes lo que hacen ellos? Se ríen a mis espaldas. Sí, lo sé, lo sé muy bien.» El amo terminaba poniéndose lívido, de una lividez sucia, casi repulsiva. De cualquier forma, seguía plantado frente a él -frente al amo- sin dejarme impresionar por sus gritos. «Anda, -144- vete. Vete ya a lo tuyo», concluyó aquel día. Fue entonces cuando, de una vez, le dije que no, que no podía hacer aquello, mal que le pesara. Y se lo repetí, hasta que saltó y dio un par de tremendos manotazos al aire denso y como florecido de moscardas, y se puso amarillo -más que nunca-, y apenas si logró balbucir no recuerdo qué amenazas.

No, ya ni siquiera hago memoria de cuál fue aquel día, ni me importa demasiado. Pero desde entonces voy de un lado para otro y no hay quien se atreva a darme cobijo, ni aun en el granero ni en la mista, y aun mucho menos puesto de guarda en la longa o qué sé yo. Porque nadie quiere verme, ni el amo se lo consentiría, y hasta juró que había pretendido robarle sus tierras y tuve que irme por los caminos, para volver más tarde, porque allí quedaban, a pesar de todo, mis gentes y mis asuntos. Y cuando volví, supe también que el joven de la corbata había contado a todos la clase de tipo que era yo, y de cómo siendo capataz había atentado contra las propiedades ajenas. Todo eso dicen que decía, más o menos, el joven de la corbata. Y luego llegó don Fabián o don cura y se encaramó al púlpito, manoseando, entre tanto, el libro aquel tan enigmático, y barbotó algo sobre Satanás -y se santiguó-, barbotó también algo sobre mis no sé cuántos pecados y se santiguó-, murmuró, finalmente, acerca de ciertas abundantes cosechas, en algún lugar que nadie de la aldea sabía muy bien por donde quedaba, y volvió a santiguarse, por tercera vez, aunque, eso sí, con mucha unción, según se comenta.

Regresé, como voy diciendo, pese a todo y me senté donde ahora estoy sentado y aguardé como ahora aguardo y los miré como los miro cada día, desde entonces, escupiéndoles mi hambre y mi desprecio. Hasta que, no hace mucho, hablaron de cómo me había ido, por último, con el recial, de cómo se había descubierto mi alpargata en el fango de la margen izquierda, al lado mismo de una oveja hinchada por las aguas, de cómo era mi gorra que no la alpargata lo que, en realidad, se había encontrado y junto -no a una oveja- sino al capón del amo. Hablaron y hablaron, en fin, disparatadamente, en tanto yo permanecí -145- allí, como ahora permanezco, mirándolos y aniquilándoles sus frágiles engaños.

Pero conozco que ha de llegar un hombre, con los ojos ardientes y altos -y ese hombre ha llegado ya, lo presiento- y conozco también qué dirá cuanto me bulle y rebulle por todo el cuerpo, tal como yo hubiera deseado decirlo. Mientras, aguardo aquí, sentado como estoy bajo el olmo si el sol pega o al sol si sopla la tramontana, y miro a las gentes y sé cómo ocultan sus miradas, decididamente avergonzadas.

Historia antigua

Yo he nacido en una cárcel o en penal, no sé cuál es la diferencia exactamente. Aunque, de cualquier modo, la cosa carece de importancia. Bueno, quiero decir que todos los muchachos de mi edad han nacido en iguales condiciones.

Es una vieja historia, ya casi olvidada. Resulta que un buen día, de no recuerdo qué año, murió por envenenamiento el señor de esta villa, mientras en los jardines de su castillo se celebraba una gran fiesta, a la que, precisamente, habían sido invitados todos los habitantes del lugar. Cuando el físico dio a conocer la noticia, los villanos se entristecieron de verdad, porque, dentro de lo que cabía, y según dicen, el anciano señor era bastante considerado, al punto de cobrar tan sólo la mitad de los impuestos y de no exigir ciertos derechos muy al uso y nada desagradables. Claro que, como los maliciosos insinúan, es muy posible que la renuncia a tales derechos fuera más bien a causa de su chochez que de su nobleza. Pero, fuera como fuese, aquel aciago día cada cual marchó a su casa con el corazón apretujado en un puño.

Al otro día, y no bien hubo amanecido, la pequeña y tranquila villa fue ocupada por la guardia real, que llegó -147- con mucho aparato de hombres y armamento. En pocos minutos reunieron en la plaza mayor a todos los villanos. Entonces se adelantó de entre la tropa un arrogante teniente y, después de hacer cabriolas con su montura, les conminó a entregar al asesino en el acto, ya que de otra manera se vería obligado a tomar serias represalias.

En un principio nadie se atrevió a hablar, pero de pronto quisieron hacerlo todos al mismo tiempo, y sólo lograron levantar un rumor infinito. El capitán apercibió a sus hombres, que desenfundaron automáticamente los sables. Los humildes lugareños se sobrecogieron de espanto y se apretaron unos contra otros en el más respetuoso silencio. Fue entonces cuando de aquella masa salió mi padre a parlamentar con el coronel, no porque fuera un héroe, sino porque era honrado y trabajador.

Manteniendo siempre una distancia prudencial, le dijo que ninguno de los allí reunidos había dado muerte al señor, porque todos se encontraban juntos, como ahora, y que, por tanto, cada uno de ellos podía certificar la presencia del otro en el momento de cometerse el crimen. Pero el general se puso rojo de rabia y empezó a decir barbaridades. Por último, cuando se hubo calmado, gritó que en nombre de alguien muy importante -aunque ninguno de los del pueblo recordaba de quién se trataba los condenaba a prisión el resto de sus vidas. Mas como quiera que los calabozos del castillo eran insuficientes para contener a los no sé cuántos miles trescientos y pico habitantes de la villa, ordenó cercarla con unas grandes murallas, sin puertas ni ventanas, que se alzarán hasta poco menos de la luna.

Durante años y más años, centenares de obreros, bajo la dirección de los más sabios maestros de aquel tiempo, trabajaron incansablemente en la gigantesca construcción. Finalmente, cuando la obra estuvo concluida, los condenados se sintieron aislados de todo lo demás, pero mucho más felices y tranquilos que nunca. Como eran muy laboriosos, en poco tiempo

florecieron la agricultura, el comercio y la industria de tal manera, que la villa se enriqueció notablemente y sus gentes gozaron de una maravillosa paz.

-148-

Yo nacía a los diez años de cautiverio. Me he criado aquí y estoy muy satisfecho. Trabajo en la herrería de mi padre y ya casi domino el oficio. En un principio no podía dejar de estremecerme cada vez que divisaba las murallas, pero mi padre me convenció de que no hacían más que preservarnos de ambiciones y de pestes.

Y así debe ser, en efecto. Lo digo porque, no hace mucho, nos llegó una paloma con un mensaje atado a su bonita pata. En él se nos anunciaba que éramos totalmente libres, ya que el anciano señor, cuya muerte se nos atribuía, se había suicidado realmente. Casi al término del escrito se nos ordenaba que colaborásemos desde adentro a derribar la gigantesca muralla.

Durante algunas horas el consejo permaneció entregado a sus deliberaciones. Por último, llegaron a la conclusión de que se nos trataba de hacer caer en una trampa. Así que decidieron poner contrafuertes a lo largo de los muros, y la vida en nuestra ciudad continuó como hasta entonces.

Pero no transcurrieron más de dos meses sin que nos llegase otro mensaje con el mismo o muy parecido tono, y firmado, como el anterior, por el general de la tropa que nos apresó.

Sucesivamente, se recibieron otros muchos. En todos se nos decía que nuestra obligación de hombres libres era cooperar con la guardia real a defender la ciudad de las incursiones de los bárbaros. Por último, la orden se trocó en súplica. Los notables de afuera habían agotado sus provisiones de trigo y de carne, no tenían con qué cubrirse y sus palacios se desmoronaban. Aún así, el consejo estimó que todo aquello formaba parte de una treta, y que lo único que pretendían los del otro lado no era más que saquear nuestra ciudad. De cualquier modo, y por si acaso hubiere algo de cierto en cuanto decían, se les envió toda clase de simientes para que las sembraran y cultivaran como es menester.

Poco más tarde dejaron de recibirse mensajes, pero fue entonces cuando comenzaron los misteriosos ruidos de junto al muro.

Por eso afirmaba en un principio que no me importa -149- en absoluto haber nacido aquí. No es más que una vieja historia, ya casi olvidada. Lo que nos preocupa ahora realmente son esos endiablados ruidos, que crecen de día en día. Con frecuencia la ciudad se tambalea, y tengo la impresión de que las infinitas murallas van a desplomarse sobre nosotros de un momento a otro.

-150-

Un viaje largo y esperanzador

Poco antes de las doce llegó al China Doll. La sala estaba casi a oscuras y el pianista no hacía sino bostezar, mientras tocaba una música tristona y leve.

-Un coñac con hielo -pidió.

El barman le sirvió mecánicamente, sin tan siquiera mirarlo.

-¿Cuánto es? -preguntó con voz desinflada.

-Veinticinco pesetas.

-¿Veinticinco pesetas?

-Veinticinco pesetas, señor.

Pagó y se volvió hacia la pista. Bajo el gran poliedro de cristal, algunas parejas permanecían estrechamente unidas, casi sin moverse. Así van las cosas como van, pensó.

Ya eran las doce y diez, de modo que Gonzalo no tardaría mucho en llegar. Apuró el coñac y pidió otro. Resultaba excesivamente caro, pero no sabía qué hacer allí, frente a la hermosa barra, entre todas aquellas gentes distinguidas y melancólicas. De cualquiera manera, se encontraba cohibido en aquel ambiente, molesto, nervioso, y sin acertar en ningún momento con la actitud adecuada.

-¿No habrá visto usted a Gonzalo, eh? -preguntó de pronto.

-151-

Pero el barman continuó limpiando algunos vasos, y tuvo que repetir la pregunta con decisión.

-Por favor, ¿ha visto a Gonzalo?

El barman levantó la cabeza y pareció mirarlo, pero sin detenerse en su faena.

-¿A Gonzalo...? ¿A qué Gonzalo?

Iba a replicar, pero se contuvo. No recordaba, por cierto, el apellido de su amigo. Claro que no resultaba difícil identificarlo. Así es que agregó:

-A Gonzalo; ese que le falta un dedo en la mano izquierda.

El barman sonrió imperceptiblemente, se acodó en la barra y lo miró casi con descaro.

-¿Un dedo, no...? ¿Ha dicho que le falta un dedo? Hizo un gesto afirmativo, ya más nervioso que nunca, y dio un trago.

-¿Y qué dedo le falta, señor?

Estuvo a punto de atragantarse. ¡Qué diablos importaba el dedo que fuera!

-Lo lamento, pero no puedo ayudarle. Con tan pocos detalles... -dejó de sonreír y volvió al trabajo. ¡Imbécil! Aquel tipo había querido burlarse de él. Pero demasiado bien sabía que Gonzalo era sobradamente conocido por allí. Lo decía en su nota. Sacó el arrugado papel de su bolsillo y lo leyó de nuevo: «A las doce, en el China Doll. Pregunta por mí en cuanto llegues. Gonzalo.» La cosa no podía estar más clara. De modo que si aquel tipo tenía ganas de broma, no iba a ser él quien se las quitase. Pidió otro coñac y dijo con aire festivo: -El gordo, ¿sabe usted? Ese es el dedo que le falta. El barman se quedó un tanto perplejo. Luego se aproximó y le susurró casi al oído:

-¿De veras quiere usted otro coñac, señor?

Bebió con rabia mal contenida. Aquel imbécil comenzaba ya a cargarle con sus insolencias.

De pronto, el pianista pareció despertar. Un ritmo acelerado y pegadizo hizo que las parejas abandonaran su languidez y se precipitaran en un torbellino frenético y altamente estimulante. Bebió otra vez. Todo iba bien. Sólo eran las doce y media, y Gonzalo ya no podía tardar mucho.

-152- Fue entonces cuando se acercó la muchacha. Olía a menta silvestre,

estaba seguro.

-¿Me invitas? -dijo.

Olía también a arcilla, pero tenía que renunciar. Todo estaba dispuesto para el gran viaje y sólo faltaban ocho horas. Ocho horas. Después la mar y una vida recién cortada y bien envuelta en papel de plata. No. A pesar de todo, tenía que renunciar.

-Lo siento -dijo, sin saber exactamente qué era lo que decía-. Es que aguardo a Gonzalo, ¿comprende? Y ya después de que la muchacha se hubo ido, advirtió cómo la sangre se precipitaba estúpidamente en sus mejillas. Por supuesto, nunca aprendería a comportarse en aquel mundo tan extraño como inaccesible.

Anduvo hasta un ventanal y atisbó por entre las pesadas cortinas; sobre las montañas brincaba la llama oxhídrica de la tormenta. Las primeras gotas salpicaron los cristales y los lujosos automóviles aparcados en la explanada que se abría frente al China Doll.

Mañana todo esto me parecerá un sueño, se dijo. Volvió al cobijo de la barra y pidió un cuarto coñac. Le temblaban algo las piernas y no disponía de mucho dinero, pero era su última noche, ¡qué diantre!

Por entonces llegó aquel tipo gigantesco y de pelo color zanahoria, a quien el barman llamó señor Brawnny. El señor Brawnny tomó asiento junto a él en el mostrador, y dijo con acento extranjero y gangoso que le sirvieran lo de costumbre. El barman le puso delante un vaso alto y lleno de hielo, en el que vertió una considerable cantidad de whisky.

En un principio, aquel tipo se limitó a beber tranquilamente. Pero poco después, y sin mediar palabra alguna, lo invitó a una copa, mientras le ceñía los hombros con uno de sus poderosos brazos.

Trató de excusarse, pero el señor Brawnny dijo que no entendía e insistió en la invitación. Finalmente -y sin necesidad de que él se decidiera-, el extranjero hizo una seña y el barman le sirvió otro whisky. Nunca había probado aquello, pero bajo la mirada irónica del barman, lo tomó casi de un solo trago. Tenía un sabor desagradable -153- -a naftalina, quizá-, aunque ya le era indiferente. «¡Olé!», gritó el señor Brawnny cuando lo hubo terminado, y le dio un codazo en las costillas, mientras reía muy divertido.

Miró el reloj: pasaban algunos minutos de la una. Era, pues, necesario hacer algo. Tal vez Gonzalo anduviera por allí cerca con alguna chica por entre la penumbra de la sala. Fue a levantarse, pero el gigante lo alzó por un hombro y volvió a dejarlo en el taburete. Su vaso estaba lleno de nuevo y el señor Brawnny lo miraba con una amplia sonrisa.

-Necesito encontrar a Gonzalo, ¿entiende usted? -balbució.

Pero era inútil. De manera que volvió a tomar de aquello, ya sin importarle en absoluto el sabor a naftalina o a lo que fuere. Quiso entonces ponerse en pie, pero perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse al extranjero. Estaba más borracho de lo que él mismo había creído. Bueno, disponía de dos semanas para dormir tranquilamente la borrachera. De repente empezó a reír y miró al señor Brawnny con abierta simpatía. En realidad, no tenía por qué disgustarse. Era un hombre feliz. Le esperaba un largo viaje y una vida llena de promesas. Sí, todo iba bien. Por eso había estado ahorrando durante meses y meses. De modo que un poco de alcohol o un simple retraso de Gonzalo no podía causarle ningún serio

contratiempo. Además, aún era muy temprano. Incluso podía estar bebiendo, si le daba la gana, hasta un par de horas antes de salir el barco. Una vez Gonzalo le hubiera dado todos aquellos dichosos papelotes y el pasaje, no tenía más que acercarse a la pensión, recoger sus maletas y bajar al muelle en el mismo taxi.

Del piano brotaba ahora un ritmo conocido y antiguo. Miró hacia la pista y vio al señor Brawnny bailando con la misma chica que poco antes se le había insinuado.

Bailaban a saltitos. Era muy divertido verlos. En particular al señor Brawnny. El señor Brawnny parecía mismamente un oso, uno de esos osos bobalicones que los húngaros llevan de pueblo en pueblo. Sí, el señor Brawnny -154- era un oso que iba a pagar su tercer whisky. Tercer whisky. No estaba mal aquello. Y ya había desaparecido definitivamente el sabor de naftalina. Entornó los ojos. Aquel poliedro de cristal, con su luz incolora, le producía vértigo.

No se dio cuenta de que estaba medio dormido hasta que el señor Brawnny, siempre muy sonriente, por supuesto, lo zarandeó una y otra vez. Cuando consiguió abrir los ojos, el China Doll se encontraba casi vacío.

-¿Y Gonzalo...? ¿Ha venido ya Gonzalo?

El barman soltó una palabrota y se fue hacia el otro extremo de la barra moviendo la cabeza.

Entre el señor Brawnny y la muchacha lo arrastraron hacia la puerta. Sintió náuseas y contuvo el vómito a duras penas. Pero era necesario aguardar hasta el último instante. Trató de zafarse, pero no logró más que escurrirse y dar de costado en el suelo, como si fuera un pelele. Tuvo que ponerlo en pie un camarero, en tanto el gigantón y su amiga se reían a carcajadas.

-Tengo que esperar a Gonzalo... ¿Me oyen...? Es necesario...

Pero resultaba inútil. Apenas si podía hablar y nadie se preocupaba de lo que decía. Por último, hizo un esfuerzo desesperado.

-Por favor..., yo..., mañana... ¡Por favor!... -sollozó entre ronquidos.

Debían de estar ya al aire libre, porque sintió las gruesas gotas del chaparrón patinándole por la frente. Algo aliviado, procuró recobrar la conciencia de cuanto estaba sucediendo, pero era demasiado tarde y ya todo giraba en su cabeza vertiginosamente. A empujones, lo metieron en un coche y se quedó adentro, en la parte posterior, incapaz de no hacer sino lloriquear, en tanto el automóvil arrancaba como una exhalación.

-Gonzalo... Tengo que a Gonzalo... -murmuró poco después.

Alguien lo cogió por el pelo. Abrió los ojos y vio el rostro sonriente

-con una sonrisa cruel y despectiva- de la muchacha muy cerca del suyo.

-¿Por qué no cambias el disco, monín?

-155-

Antes de perder el conocimiento, percibió, por entre las amables explosiones del motor, la voz del señor Brawnny que canturreaba en un idioma bárbaro.

Cuando volvió en sí, el auto estaba parado. Se incorporó a duras penas y miró a través de la ventanilla: una playa desierta y fantasmal se extendía frente a él. En los asientos delanteros descubrió al señor Brawnny y a la chica estrechamente abrazados. De pronto, ella se desprendió del abrazo y gritó que iba a bañarse. Los vio correr hacia el mar, persiguiéndose entre

las risas nerviosas.

Luego se dobló sobre sí mismo y comenzó a vomitar. Cuando se despertó, un cielo frágil y lejano flotaba sobre él. Cerca alborotaban los pájaros. Se levantó, perplejo y todavía aturdido por el alcohol. Estaba solo, en medio de las abruptas colinas. Dio unos pasos, sin salir de su estupor, se llevó las manos a la cabeza y recordó: el China Doll, la muchacha, el extranjero aquel, Gonzalo... ¡Gonzalo! Sólo faltaba un cuarto para las ocho y su barco salía a las ocho. ¡Dios! Echó a correr desesperadamente. Alcanzó la carretera y siguió corriendo. Tras una curva barruntó la ciudad en el fondo del valle, a unos veinte kilómetros y bajo un sol benévolo y reciente.

Tiene que pasar algún coche, es necesario que pase algún coche, se dijo mientras alargaba sus zancadas. Y continuó corriendo, hasta que ya no pudo más y se abalanzó sobre la hierba húmeda aún la cuneta. Durante varios minutos permaneció como había caído, con la cabeza escondida entre los brazos. Finalmente, se puso en pie, y descendió por la suave cuesta hacia la ciudad.

-156-

El lugar más lejano
(Premio Sésamo)

Cuando llegué al Ayuntamiento un guardia me advirtió que no podía ver al señor alcalde, porque había ido a la capital a resolver ciertos asuntos y no regresaría hasta transcurridos varios días. Ni tan siquiera levantó la cabeza; siguió sentado, con la mirada en el periódico. Le pregunté si podía entrevistarme, pero de cualquier modo tenía que aguardar, ya que aún no había llegado. Así que me senté junto a él -junto al guardia- en el banco del zaguán.

Me encontraba cansado del viaje y algo triste, por eso tenía ganas de comenzar mi trabajo. Una vez en la escuela, todo iría mejor. Bostecé disimuladamente y estiré las piernas. Las tenía entumecidas, después de seis horas en aquel desvencijado autobús; ¡y qué seis horas! Cestos y gallinas por todas partes, brincos, tumbos y gritos. Además, el coche había tenido que detenerse en varias ocasiones, porque el agua del radiador se recalentaba y echaba humo como una cafetera. Los campesinos debían de estar acostumbrados a las frecuentes paradas, de manera que las aprovechaban para pasear tranquilamente por la polvorienta carretera. Sin embargo, yo me puse furioso con todo aquello.

Al llegar al pueblo mis compañeros de viaje desaparecieron -157- con mucha prisa en el interior de las casuchas diseminadas aquí y allá, entre breñas, árboles y vallados. Hacía un calor sofocante. Estábamos a mediados de septiembre y desde aquellas alturas el sol parecía estar al alcance de la mano.

Era ya mediodía y volví a preguntar al guardia si el señor secretario

tardaría aún mucho. Hizo un gesto de incertidumbre y continuó su lectura. No sentía más que el zumbido de los insectos y el repique distante de un yunque. Me levanté y anduve hasta la puerta. Miré hacia afuera y no vi a nadie. No sé por qué se me ocurrió pensar que aquel pueblo era distinto de cuantos conocía. Había algo muy singular en todo, incluso en el aire denso y pegajoso. Claro que quizá no fuera más que una observación algo desenfocada como consecuencia de mi estado de ánimo.

Había transcurrido cerca de una hora cuando llegó el secretario. El municipal se puso trabajosamente en pie, sin soltar el periódico, y murmuró un saludo. Me acerqué a él y sin más preámbulos me presenté. Era un hombrecillo amable y muy nervioso. Me hizo entrar en su despacho y me ofreció una silla. Le dije que iba destinado a la pedanía de Los Tatujos y que deseaba incorporarme inmediatamente.

-Lo comprendo, lo comprendo... -murmuró, sin mucho entusiasmo.

Entonces le pregunté si podía tomar posesión de mi cargo, ya que el señor alcalde estaba ausente.

-Por supuesto que puede -dijo-. Aunque... Bueno, me temo que no voy a serle de mucha utilidad hizo una breve pausa y se encogió de hombros-. El caso es que no sé por dónde cae la pedanía esa que dice usted.

Como quiera que yo mostrase cierta perplejidad, siguió diciéndome que la cosa carecía realmente de importancia, ya que él también era nuevo en aquella comarca y hacía una semana tan sólo estaba allí. Reímos con desgana, sin saber qué hacer. Por fin, el secretario agregó.

-Vaya usted a ver a don Rufo, el maestro del pueblo; quizá él pueda proporcionarle información.

Le di las gracias y salí. El guardia, con muy escasas palabras, me explicó por dónde quedaba la casa de don -158- Rufo. Descendí a lo largo de una calle pisa y desigual, y me detuve, ya casi al término de la misma, frente a una pequeña huerta. Bajo un peral, un hombre de pelo gris se balanceaba en su mecedora. Empujé la cancela, me aproximé a él y le pregunté si tenía el gusto de hablar con don Rufo.

-Sí -dijo incorporándose-, yo soy don Rufo. ¿En qué puedo servirle?

Para no cansarle demasiado, le expuse muy brevemente el motivo de mi visita. Tenía que alcanzar pronto mi destino, necesitaba ejercer mi magisterio cuanto antes. Estaba seguro de que él comprendería.

Mientras hablaba, don Rufo movió repetidas veces la cabeza en señal de asentimiento. Parecía darme a entender que también él era maestro y que, por tanto, sobraban explicaciones. Cuando hube terminado, me dio unos golpecitos en la pierna.

-Le comprendo a usted muy bien, joven. Aún recuerdo la emoción que sentí cuando me hice cargo de esta escuela -sonrió mientras parecía evocar alguna escena muy significativa-. De eso hace ya casi cuarenta años; ¡figúrese usted!

Por unos instantes, los dos guardamos silencio. Una misteriosa ráfaga de viento agitó la hojarasca que cubría la huerta. Del fondo del valle subió el ladrido de un perro.

-Sin embargo -agregó de pronto-, no consigo recordar ese nombre... ¿Cómo ha dicho que se llama?

-¿Cómo se llama qué cosa?

-El lugar donde va destinado.

-Los Tatujos.

-¿Los Tatujos?... Es curioso, pero después de cuarenta años, no consigo recordar ese nombre -hizo una pausa-. Los Tatujos, ¿eh? Pues nada, que no sé ni por dónde para -espantó algunas moscas de su frente-. De todas formas, no debe extrañarse. Este es un terreno muy accidentado, como habrá podido usted apreciar, y hay muchos caseríos desperdigados por toda la sierra, ¿comprende? -Luego añadió como para sí-: Esta dichosa cabeza... Le rogué que no se preocupara más del asunto, pero me hizo callar con un rápido gesto.

-159-

-¿Los Tatujos?... ¿Ha dicho usted Los Tatujos, verdad?

Repliqué que sí, que había dicho Los Tatujos, un poco harto de aquel juego.

-Verá usted. Es que ahora me parece recordar que ya hubo otro maestro que también me preguntó por ese lugar... o por uno muy semejante. Claro que ha llovido mucho desde entonces.

Pensé que se trataría de mi predecesor en el cargo, y así se lo dije a don Rufo, quien se manifestó de acuerdo. De nuevo le pregunté cómo aquel compañero había lo grado dar con la pedanía.

-Bueno, realmente no puedo asegurarle si dio o no con ella, aunque... Sí, sé de alguien que a buen seguro le ayudará. El tío Candelas conoce al dedillo la región, ¿sabe usted? Se gana la vida vendiendo chucherías y se mete por todas partes.

Me dijo que el tío Candelas estaría en su casa a aquellas horas y que vivía al otro extremo de la calle. Agradecí su interés, le estreché la mano y abandoné la huerta.

El tío Candelas era un individuo bajito, de ojos pequeños y centelleantes.

No, no recordaba a ningún maestro que hubiera ido a Los Tatujos.

Posiblemente don Rufo estaba en un error.

-Se le va la cabeza al pobre. Es ya demasiado viejo. Desde luego, sabía, poco más o menos, dónde estaba Los Tartujos, aunque jamás había subido hasta allá. -Creo que hay muy poca gente, y, según dicen, son pobres e ignorantes. De manera que, como usted comprenderá, pocos negocios puedo hacer.

Aun así, él podía alquilarme su mula que conocía el camino perfectamente y en pocas horas me llevaría a mi destino. No había más que dejarla ir. Era dócil y resistente. Me encogí de hombros. Si no había otra solución...

¿Otra solución? El tío Candelas rompió a reír muy divertido por la ocurrencia. ¿Acaso creía que estaba en la ciudad? No, hombre. Aquella era una comarca agreste y dejada de la mano de Dios, de forma que no se podía andar uno con remilgos. Así, pues, cerramos el trato. Le pagué -160- el alquiler de la mula y me advirtió que tan pronto como alcanzara Los Tatujos la dejara libre, que ya se encargaría ella de regresar. Le aseguré que así lo haría, cargué la maleta y el envoltorio de plástico con los bocadillos que me había preparado mi madre, y emprendí la marcha. Deseaba llegar cuanto antes para echarme en cualquier camastro y dormir veinticuatro horas de un tirón.

Ascendimos por una vereda más bien apacible. Poco a poco, el pueblo se fue quedando muy abajo. Podía barruntar sus tejados, sus chimeneas ahumadas y sus corralizas semiderruidas. En un principio, todo aquello me resultó

satisfactorio. Discurríamos junto a pequeños prados por donde zigzagueaban cientos de arroyos, junto a bosques de castaños, junto a sorprendentes paisajes en los que se conjugaban con total armonía los colores más dispares. La mula conocía bien el camino y su paso era uniforme, seguro y melodioso.

Debí de quedarme adormecido, porque cuando desperté, el valle se hallaba sumergido en una claridad rojiza. Miré el reloj: ya eran las seis y cuarto. Así que llevábamos más de tres horas de marcha y todavía faltaba mucho para coronar el formidable macizo. Empecé a ponerme nervioso. Decididamente, el tío Candelas no tenía idea alguna del tiempo. Por otro lado, el panorama que se me ofrecía ahora resultaba sobrecogedor. Ya no había bosques, ni regatos, ni se escuchaba el gorjeo de los pájaros. Caminábamos entre peñascales grises y escarpados, junto a oscuras gargantas y peligrosas simas, junto a inmensos farallones que parecían no tener fin. No se percibía ningún sonido fuera del clop-clop cansino y monótono de mi cabalgadura. Sobre un picacho, -me hizo el efecto de una mano surgiendo de entre las agitadas aguas del océano- planeaba un águila real de gran envergadura.

De pronto volvió aquella vaga sensación de temor. Me reproché mi atrevimiento y traté de reconsiderar, con la mayor serenidad, la coyuntura. Estaba solo, en un paraje inhóspito y desconocido, confiado total y estúpidamente al instinto de una bestia. Me pareció un sueño, una pesadilla más bien. Tentado estuve por unos instantes de regresar al punto de partida. Pero me dije que tal vez mi -161- destino estuviese ya más cerca de lo que yo mismo podía suponer. Así que decidí continuar adelante. Me aferré al roncal y procuré pensar en otras cosas: en Angela, por ejemplo.

La montaña parecía interminable. Se había puesto el sol y la oscuridad trepaba desde lo más hondo del llano. De nuevo consulté el reloj: marcaba las diez y unos minutos. Y, sin embargo, sobre mi cabeza se elevaba hasta el infinito la muralla granítica.

No tenía ningún apetito, pero era necesario tomar un bocado para restaurar mis energías. Comí sin descabargar, sin detener el paso. No quería diferir, bajo concepto alguno, aquel horrible viaje. Me acomodé lo mejor que pude sobre la grupa y comencé a repasar mentalmente los últimos meses de mi vida: el término de la carrera, las oposiciones, los proyectos para el futuro... Y así fue como caí en un pesado sueño.

No puedo precisar cuántas horas o días permanecí dormido, porque cuando desperté mi reloj se había parado alrededor de las once. Pero tenía las ropas húmedas y un frío insoportable. Nos envolvía la niebla y resultaba imposible ver nada en absoluto más allá de tres palmos. Sin embargo, advertí que íbamos por campo raso. Detuve la mula, salté al suelo, abrí la maleta y me abrigué con una gruesa chaqueta de lana.

Durante no sé cuánto tiempo -mi reloj, como ya he dicho, estaba parado- anduvimos entre la espesa niebla. Por fin, cuando escampó y bajo una tenue claridad lunar, contemplé el vasto páramo que se abría frente a mí. No pude evitar un estremecimiento. ¿Y si la mula se había extraviado, muy a pesar de las predicciones del tío Candelas? Por lo pronto, nada divisaba -ni una luz, ni una parcela de tierra de laboreo, ni el más insignificante vestigio humano- que hiciera sospechar la proximidad de caserío alguno. Me

sentí deprimido y con ganas de llorar. Estaba corriendo un peligro inútil por culpa de una desmedida y vanidosa confianza en mí mismo. Me maldije y maldije a la mula. Y al alcalde. Y a don Rufo. Y al tío Candelas. Y a aquel perdido lugar que se alejaba más y más, y que tal vez ni siquiera existiese... Durante el curso de mis -162- ideas anonadado por la tan repentina como espantosa duda. Pero, ¿podía ser posible aquello? Es decir, ¿podía ser posible que la aldea no existiera realmente o que hubiera existido en otra época más o menos remota y que ahora tan sólo fuera un recuerdo, un nombre en los polvorientos archivos del Ministerio? Nadie, ni el secretario, ni el maestro, ni el buhonero, me había proporcionado datos concretos sobre la pedanía, sino insinuaciones, cálculos aproximados, chismes... ¡qué sé yo! Pero nada, nada en concreto. Nada en firme. Nada seguro. Y entonces fue cuando aquel temor incipiente y torpe cobró dimensiones, me paralizó la sangre, me oprimió la garganta hasta cortar la respiración.

Se había levantado un viento glacial y su aullido recorría toda la planicie. Aspiré con ansia y traté de recuperar el resuello. Ante todo, era un hombre consciente y no debía precipitarme en conclusiones absurdas. Muy probablemente, mi caballería se había despistado con las brumas, o bien se trataba de un bromazo muy al uso entre aquellos montañeses. Eso era todo, en definitiva. Animado por tales pensamientos, bastante lógicos, en verdad, sentí que se renovaban mis fuerzas y con un débil grito hundí los talones en los hijares de la bestia.

El fuerte viento levantaba nubes de arenisca, que se precipitaban sobre mí con violencia. Me tendí sobre el cuello de la bestia y cerré los ojos. Así anduvimos durante un buen rato. Al incorporarme para echar una ojeada creí vislumbrar un destello, una chispa en medio de las espesas tolvanas. Pero en vano busqué por entre el caos. ¿Había sido, pues cosa de la imaginación? ¿Se trataba realmente de un relámpago? ¿O es que, por fin, estaba cerca de mi destino?

Dos horas después -quizá fueran tres o trescientas, ¡qué sé yo! Porque, ¿he dicho que mi reloj se había parado? ¿He dicho que el tiempo carecía de módulo? ¿Lo he dicho?- se produjo un hecho singular. Aún hoy, no puedo decidir si tan sólo tuve una alucinación. El caso fue que de entre los espumajos de polvo surgió una fila de jinetes a lomos de pequeños borricos. Cabalgaban en sentido contrario e iban cubiertos hasta los ojos con mantas y tabardos -163-. Me detuve y esperé que ellos hicieran lo mismo. Pero no debieron verme porque pasaron junto a mí sin tan siquiera advertir mi presencia. Volví grupas, me situé al lado del último y puse mi montura al paso de la suya. Le grité repetidas veces si aquella senda conducía efectivamente a Los Tatujos. Pero el viento arreciaba y mis palabras se diluían en su potente aullido. Así que lo cogí por un hombro y lo zarandeeé.

Se volvió sin demostrar sorpresa alguna y me miró. Sus ojos eran pequeños y hundidos, como dos ranuras, como dos tajos, y se iluminaron al mirarme con una ligera ironía. Me pareció que movía los labios, pero en aquel momento un nuevo remolino nos separó. Fue inútil que los buscara después que hubo amainado el vendaval. Habían desaparecido tan sorprendentemente como llegaron. Pero de cualquier forma, el encuentro me hizo recobrar ánimos. Era señal evidente de que cerca, muy cerca ya, había un lugar

habitado. Si no Los Tatujos, sí una venta, una alquería, algo, en fin, donde pudiera descansar.

Amanecía cuando cesó la tormenta. El sol surgió sin transiciones, y el inmenso pedregal se me ofreció bajo una extraña luz azulenca. Sólo al Norte, pero muy distante, se alzaba una gigantesca cordillera cubierta por las nieves.

Durante todo el día cabalgué si detenerme. Me encontraba febril, y mis miembros estaban atrofiados de tanto dolor. Dormía a intervalos, y pasaba del sueño a la vigilia casi sin darme cuenta. Tan pronto sentía frío como calor. Y cada vez que abría los ojos, la atmósfera había cobrado una tonalidad diferente: del blanco lechoso y glacial de las noches a la opalina y metálica luz de los días. Iba como un sonámbulo persiguiendo una chispa en aquella estepa, un destino inaccesible, un débil rescoldo más allá del horizonte.

Cierta madrugada, al despertar, me sobresaltó la calma que se había hecho en torno. Miré hacia adelante y vi de nuevo la diminuta llama. Esperé que, como en otras ocasiones, desapareciera casi en el acto, pero, contra toda conjetura, permaneció fija. Me froté los ojos, pensando que se trataba de un engaño. Sin embargo, la luz permanecía -164- allí, firme y esperanzadora. Estuve a punto de llorar. Por fin, Señor, ¡por fin! Espoleé mi cabalgadura, que emprendió un trote discreto. No dejaba de mirar la luz, temiendo que volviera a extinguirse de un momento a otro. Pero ya estaba muy cerca. A cien metros. A cincuenta metros. Tan sólo a diez metros.

Entonces pude distinguir al hombre que sostenía la lámpara. Era muy viejo y se encontraba junto a un elevado muro desprovisto de puertas y ventanas. No hice demasiado caso de aquella observación. Estaba demasiado alegre, porque la pesadilla había pasado finalmente.

-¿Me esperaba? -le pregunté cuando estuve a su lado.

-Cada noche, desde hace ya muchos.

Quise explicarle todo cuanto me había sucedido, pero el viejo echó a andar y me ordenó que le siguiera. Desmonté, cogí la maleta y di unas palmadas a la mula para que emprendiera el regreso. La vi alejarse con aquel monótono clop-clop que nunca olvidaría, y de repente sentí deseos de correr tras ella, de regresar con ella, de huir de todo aquello. Pero era demasiado tarde. El hombre se había detenido y me aguardaba con la lámpara en alto para alumbrarme el camino.

Me condujo hasta una especie de granero inmenso. No podía distinguir más que el contorno de las cosas, pero olía a moho, a materia en descomposición. Se detuvo frente a una mesa desvencijada y puso la lámpara de aceite sobre ella.

-Hemos llegado -dijo.

Le pregunté qué era aquello, y me respondió que la escuela. Entonces traté de decirle que todavía era muy temprano para empezar las clases y que lo que necesitaba verdaderamente era una cama, un jergón, algo donde dormir y descansar durante algunas horas. Sin embargo, no me permitió concluir.

-Espere, espere -dijo, mientras se alejaba con una sonrisa, que se me antojó burlona, y se perdía en las sombras sin atender a mis ruegos.

Me encogí de hombros con cierta resignación. Decididamente, me encontraba entre gentes hurañas. No había -165- más remedio que acostumbrarse a

sus cosas si quería cumplir con mi deber. Limpié una polvorienta silla, tomé asiento y descansé brazos y frente sobre la mesa. Así caí en un profundo sueño. Me despertó el repique de cientos de campanas y el rumor creciente de una multitud. La lamparilla se había apagado, pero ya era de día. Miré a mi alrededor: todo estaba roto, amontonado, olvidado. En el suelo, entre los desconchados del cemento, crecía el jaramago. Pero afuera crecía también el rumor, la gritería, el tañido. Era, sin duda, la bienvenida con la que pretendían sorprenderme. Estaba claro. Así que me acerqué a la puerta con una amplia y agradecida sonrisa y en los labios, sonrisa que terminó quebrándose en una mueca amarga, porque frente a mí sólo se extendía la infinita llanura, con su soledad y abandono. Cerca, muy cerca, piafaba inquieta la mula del tío Candelas.

-166-

El paseante

De modo que, digan ahora lo que quieran, nadie debió de advertirlo hasta pasados varios días. Y eso que, poco después, como ya se sabe, habría de sembrar la alarma y aun el pánico entre todos los vecinos de la pequeña república, sin que para entonces, Ciro Adra, prefecto mayor de la seguridad nacional, pudiera hacer otra cosa más que redactar un minucioso y amplio informe acerca de los inusitados acontecimientos que se produjeron en la villa desde que se registró testificalmente la presencia del paseante, quien -a juicio del prefecto- debía ya de andar metido en tan desvergonzados menesteres, con bastante anterioridad a su revelación. Y cuando por último, como se verá, Ciro Adra recibió órdenes concretas al respecto, el paseante había desaparecido y ya nunca jamás volvió a saberse de él.

En el dicho informe se contienen todas las circunstancias y singularidades que concurrieron en tan enigmática historia. Y aunque su estilo es lacónico y casi forense, como corresponde a las graves funciones de un prefecto mayor, se puede muy bien inferir de su detenida lectura, la turbación y hasta el tremendo espasmo que experimentó aquella, hasta entonces, sosegada y laboriosa comunidad. Ciertamente y en su virtud, el paseante fue calificado -167- de catástrofe pública, como así consta en actas y crónicas, y de cuyos textos abundan cuantas copias legalizadas se requieran, según.

El informe se inicia precisamente con el descubrimiento de la viuda Ursula Doria; descubrimiento que tuvo lugar la noche del cinco de noviembre de aquel mismo año, y siendo las once horas quince minutos, en el reloj de bolsillo marca «Rooskopf & Co.», número de serie 8995, que había pertenecido de por vida al difunto esposo de la anciana señora Ursula Doria, extremos, en fin, que fueron verificados escrupulosamente por el propio prefecto mayor, en persona. Pues bien: la noche de autos, cuando la viuda Doria se acercó a las ventanas de su dormitorio para cerrar los postigos de las mismas, pudo observar en el jardín fronterizo a un hombre que, con las manos tras la espalda, se movía imperceptiblemente alrededor de un macizo de matricarias -*Chrysantemun parthenius* se dice, con rigor científico, en el informe de Ciro Adra-. Solicitada por tan insospechado

comportamiento, Ursula Doria confiesa que apagó las luces de la alcoba, en evitación de indiscreciones y riesgos, y continuó sus pesquisas que concluyeron exactamente a las once horas y cincuenta minutos, con los sorprendentes resultados que se relacionan: el sujeto dio trece vueltas y media al citado macizo de matricarias -*Chrysantemun parthenius* (sic)- y luego se dirigió, siempre con una irritable lentitud, hacia el extremo más alejado de la plaza. Durante su trayecto -dato, según conjetura el prefecto mayor, altamente significativo-, se detuvo cinco veces: tres de ellas, para examinar un ruinoso edificio de época, y las dos restantes con objeto, al parecer, de entregarse a la muda contemplación de sus propios zapatos. En este punto, la anciana viuda, no sin cierto rubor, declaró que no estaba muy segura de si, en efecto el misterioso paseante se había mirado los zapatos o, por el contrario, andaba en el ejercicio de ciertos actos de naturaleza vituperable, por cuanto la penumbra de la zona en donde tuvieron lugar las dos últimas detenciones, dificultó su percepción visual.

El turbador testimonio que abre el caso, termina refiriéndose, aun de manera sumaria, a las pesadillas y ahogos -168- de que fue víctima Ursula Doria, a lo largo de aquella interminable noche y durante los escasos minutos en que logró conciliar el sueño, tras su repugnante y circunstancial descubrimiento.

Se emiten aquí prolijas invocaciones jurídicas que ocupan, en apretados latines, tres títulos y parte de otro más del informe, para relatar con llaneza los efectos subsiguientes a la revelación. Esto es: la anciana señora puso en conocimiento de sus vecinos cuanto había presenciado la noche del cinco de noviembre de aquel mismo año de gracia. A partir de entonces, los vecinos y aun ella misma constataron sobrecogidos la regularidad del paseante quien, puntualmente, sobre las once -siempre en el «Rooskopf & Co.», núm. 8995, propiedad de Ursula Doria- repetía, una y otra vez, los mismos o parecidos actos descritos ya por la venerable viuda. De este modo, y presumiendo un inminente peligro, los vecinos del barrio de comerciantes en paños -uno de los más prósperos de la villa- decidieron poner en conocimiento del propio prefecto mayor de la seguridad nacional, cuanto estaba sucediendo.

Ciro Adra recibió y escuchó a los comisionados. Un poco incrédulo, trató de sosegarlos recordándoles que sus hombres velaban de continuo por los intereses y la tranquilidad de todos los ciudadanos. No obstante, y en consideración al rango de los visitantes, les prometió que practicaría las diligencias pertinentes, en evitación de cualquier improbable atropello. Cuando se hubo quedado solo, Ciro Adra sonrió pensando en la infundada sospecha de los pañeros. Pero de acuerdo con las responsabilidades de su cargo, bien cierto es que meditó gravemente sobre las providencias que debería sancionar, en el supuesto caso de que todo aquello fuera verdad. En principio, se dijo el prefecto, resultaba inverosímil que en villa de tan sólidas costumbres, alguien pudiera malgastar tiempo y energías en torpes e improductivas expediciones nocturnas. Sin embargo, tampoco le parecía prudente poner en duda la palabra de los honrados mercaderes. Dos días después y aun sumido como andaba en tan -169- contradictorias reflexiones, fue de nuevo solicitado en audiencia por una representación del gremio de orfebres y plateros quienes, con visibles muestras de

inquietud, repitieron la misma historia: en la antigua ronda de los yunques, se había advertido la presencia de un individuo que, siempre con las manos tras la espalda, iba y venía por las aceras, con alarmante premiosidad, en tanto no cesaba de husmear en vitrinas y escaparates. Los representantes del gremio, en fin, convencidos de que la conducta de tan siniestro paseante -sobre constituir un flagrante atentado contra la moral pública- hacía presumir muy posibles riesgos, recabaron del prefecto mayor enérgicas medidas que garantizaran cumplidamente la seguridad de sus bienes.

Ciro Adra asintió, en tanto recomendaba discreción y sosiego. Consciente de los valimientos e influencias de aquellos notables, les acompañó en persona, hasta la misma antesala, renovándoles, una y otra vez, sus ofrecimientos de orden. Por último, en el retiro de su escritorio, Ciro Adra, decididamente abrumado ya por tan sutil misterio, se dio a cavilaciones, y tras convencerse de que muy poco iba a conseguir de aquella confusión, resolvió acudir, con carácter privado, al juez supremo de la república.

Conocidos los antecedentes y puesto al tanto del enojoso asunto, el sabio legislador entró en devoto trance y se abismó hasta los más recónditos orígenes de la ciencia jurídica, para finalmente evacuar algunas consultas en la reliquia de unos vulnerables y polvorientos legajos. Mientras, Ciro Adra, permaneció en actitud recatada, sin permitirse tan siquiera inspección ocular de los textos consultados, hasta que el juez supremo los devolvió a su anaquel.

A su juicio -sentenció, tras una tosecilla premonitoria-, el paseante no había incurrido aún -aún, ¿entiende?, dijo con reticencia- en delito alguno tipificado por las leyes de la república y, en consecuencia, si bien era cierto que todo en su actitud hacía conjeturar próximos deslices, había que transigir, en nombre de esas mismas leyes invocadas, con tan disolutos hábitos. El juez, entonces, apeló al glorioso pasado revolucionario de la comunidad, -170- a sus luchas por las libertades y derechos individuales, por las garantías democráticas... Y era tanta su elocuencia, tal su convicción, que Ciro Adra, conturbado ya con los heroicos recuerdos, vivió nuevamente tiempos de partisano.

No, en modo alguno se podía atentar contra los principios inalienables -inalienables, ¿entiende?, repitió con reticencia- de los ciudadanos, y si uno, uno de ellos tan sólo, se permitía ciertas licencias no previstas ni codificadas, en el cuerpo legislativo del país, poderes más altos que el suyo -dictaminó el sabio- sancionarían, en su momento, tan pródiga conducta.

Aquella noche, Ciro Adra regresó visiblemente satisfecho a su casa. El juez supremo, con sus lúcidos consejos, le había descargado de agobios y responsabilidades. Ordenó, pues, a sus hombres que mantuvieran al paseante bajo control, pero que en ningún caso lo molestaran, mientras no infringiera ley alguna. Ciro Adra cenó con apetito desacostumbrado y después dispuso los aparejos para la pesca de la trucha de la mañana siguiente.

Pocos días, sin embargo, duró aquella paz. Y muy pronto, los más recientes acontecimientos desbordaron la confianza del prefecto mayor: el paseante había sido localizado, simultáneamente, en numerosos puntos de la villa.

Con el correspondiente atestado y seguro ya de que en todo aquel enigma se ocultaba una tremenda amenaza para la seguridad de la república, Ciro Adra decidió recurrir en audiencia al mismísimo señor burgomaestre, en tanto, por costanas, bulevares y plazuelas, la multitud despavorida exigía garantías constitucionales. La ambigua y contradictoria situación era prácticamente insostenible.

En vista de ello, el burgomaestre convocó, con carácter de urgencia, a la asamblea general. Ediles y consejeros se mostraron contrariados, el juez supremo sostuvo, con firmeza, su irrevocable actitud y Ciro Adra se confesó imposibilitado para hacer frente a los graves y oscuros sucesos, en tanto no se proveyera a su autoridad de más amplias atribuciones. En aquel punto, de la asamblea surgió un sordo rumor de desaprobación: la propuesta del prefecto -171- violaba los principios liberales del país. Se alzaron entonces gritos enconados y hubo quien vertió, sin recato, despiadadas críticas contra tan sospechosos como inadmisibles propósitos.

Alarmado por el giro de los acontecimientos, el burgomaestre restableció enérgicamente el orden y la serenidad. No parecía recomendable arbitrar medidas que atentaran contra los derechos de los ciudadanos. Pero, por otra parte, la presencia reiterada y múltiple de aquel misterioso individuo constituía, sin duda, un peligro, aún de naturaleza desconocida, para la república. Así, pues, el planteamiento era el siguiente: cualquier acción policíaca que se ejerciese contra el paseante, conculcaba de facto los fundamentos democráticos de la comunidad; pero de no llevarla a cabo, su contumacia misma vaticinaba no pocas calamidades y desastres para la próspera villa. En su consecuencia, se imponía una rigurosa indagación, un profundo examen de todos los testimonios, datos y episodios relacionados con el paseante, por ver si con un estudio detenido de todos y cada uno de tales extremos, los intérpretes de la ley encontraban, por fin, materia cuestionable capaz de situar el incómodo sujeto fuera de la impunidad que le brindaba la propia constitución.

A tal efecto, y como quiera que la asamblea en pleno se mostró unánime, se suscitó un cuerpo especial de escribanos y se amplió la plantilla de alguaciles, con objeto de extremar la vigilancia. Para proveer tan gran aparato, hubo necesidad de promulgar nuevos impuestos y gabelas que bajo el genérico epígrafe de «Pro erradicación de paseantes» no recibió, ni con mucho, lo que se dice una fervorosa acogida.

Y fue precisamente a partir de entonces cuando el informe de Ciro Adra sufrió un considerable impulso, habiendo, como había, para su redacción, tantos funcionarios y colaboradores. Por el dicho informe, sábese, pues, lo que sigue:

En ningún momento, se logró desentrañar la identidad del paseante. Ítem más: de las descripciones del mismo practicadas por miembros de la seguridad nacional y testigos presenciales, todos ellos de reconocida solvencia -172- se desprende la turbadora posibilidad de que fueran varias las personas que, en aquel tiempo, se dedicaron a tan inquietantes actividades nocturnas, por cuanto unos afirman que el paseante era persona corpulenta y de muchas arrobas, otros hablan de una menguada estatura, y aun terceros hay que insinúan -en sus declaraciones- cierta textura de naturaleza más bien quimérica. Algo similar sucede, siempre a la vista de

los testimonios que se anexan al informe del prefecto mayor, en lo que se refiere a los gustos e inclinaciones del paseante: para los primeros, el objeto de su recelosa atención eran nada menos que las flores y muy particularmente el *Chrysanthemum parthenium*; para los segundos, las fuentes públicas, las viejas estatuas y monumentos; y para los últimos, las fachadas, los altos campanarios, incluso las nubes. Pues bien, en base a esta posibilidad que otorgaba carácter plural al fenómeno, Ciro Adra sustentó la hipótesis de una vasta conspiración alentada por algún secreto club de jacobinos.

Una característica común presentaban, sin embargo, las diversas declaraciones verificadas en torno a la personalidad del paseante: su lentitud en los desplazamientos.

A partir de este dato y en virtud de las sospechas nada descabelladas del prefecto, la asamblea permanente urgió una disposición que regulara la velocidad mínima de los peatones en cuatro kilómetros por hora. No se aprobó la moción, toda vez que varios ediles y magistrados afectados de gota, artritis y otros achaques protestaron por lo que consideraban flagrante desprecio para sus derechos democráticos.

El juez supremo propuso entonces la inmediata creación de un centro de investigaciones para el estudio de la velocidad media del ciudadano viandante y activo, en cuyo centro podría determinarse científica y jurídicamente dicho factor, en función de la edad, estado de salud, grado académico y clase socioeconómica de cada transeúnte, ya que, como parecía fuera de toda duda, no era prudente, ni razonable, que la velocidad de desplazamiento de un jefe de negociado de primera o de un empresario coincidiese con la de un subalterno o con la de un fresador, ponía por caso. El juez supremo sonrió con -173- una suspicaz sonrisa y advirtió que en su propuesta sólo había respeto por los principios liberales de la república y que a ellos apelaba, una vez más, para formular una equitativa proporción: a mayores necesidades también mayores prisas.

La asamblea premió la feliz iniciativa con una nutrida salva de aplausos. De inmediato, se acordó designar una comisión especial para el estudio del anteproyecto y se decretó un nuevo gravamen para sufragar los cuantiosos gastos, en la seguridad de que la villa, aun a costa de un sacrificio más, sabría dispensarle una cálida acogida, por cuanto a la vuelta de unos años, se dispondría de un eficaz instrumento democrático capaz de suprimir los excesos y torcidos intereses de aquel paseante que tanto deterioro estaba ocasionando al país.

Fue ciertamente aquella -y así se registra en los anales- una jornada memorable que redimió a los asambleístas de sobresaltos y cavilaciones, aunque, la verdad sea dicha, por poco tiempo. Por poco, porque a pesar de la progresiva instrucción del ya voluminoso informe y de cuantas medidas se arbitraron en su consecuencia, el paseante continuó mirando flores, fachadas e incluso nubes, como si nada de todo aquello fuera con él.

La alarma cundió cuando, días más tarde, se supo que una enfermera había sido víctima de un ataque de nervios al darse de bruces con el paseante, en tanto regresaba a su domicilio, tras cumplir el turno de guardia en el hospital donde prestaba sus servicios. El hecho, que no tuvo mayores consecuencias, prendió, sin embargo, en los ya por entonces crispados ánimos y provocó un pánico general imposible de contener.

Se recurrió, por último, a la habilidad y astucia del viejo interrogador decano, jubilado ahora después de tantas brillantes actuaciones durante la época revolucionaria. En definitiva, si uno, uno tan sólo de los testigos vertía la más mínima acusación contra el paseante, los hombres de Ciro Adra podrían por fin proceder libremente. Pero los años, el forzado alejamiento de audiencias o váyase a saber qué otra cosa, no dieron al interrogador decano ocasión de reivindicar su proverbial perspicacia.

-174- En el informe del prefecto mayor consta integro el postrero testimonio de la existencia del paseante que coincide también con la última actuación pública del ya citado interrogador decano, y que es textualmente como sigue:

-Su nombre y oficio.

-Ovidio Silva, señor. Y soy propietario de una fábrica de embutidos.

-¿A qué hora acostumbra usted a llegar a su casa? Normalmente, a las ocho. Sólo los dos últimos días de cada mes, suelo hacerlo sobre las once u once y media de la noche, ya que reviso la contabilidad de mi pequeña industria.

-Está bien. Y dígame, ¿es cierto que el pasado día treinta vio usted al paseante, en persona?

-Sí, señor. Es cierto.

-¿Quiere explicarnos cómo sucedió?

-Fue cuando regresaba a casa. Iba muy a prisa, porque además hacía frío y...

-¿Qué quiere decir con «además»? Tenía miedo, señor.

-¿Del paseante?

-Del paseante, señor.

-Continúe.

-Entonces, le vi.

-¿Dónde estaba?

-¿El paseante?... En el centro de la glorieta de las dalias.

-¿Y qué hacía?

-Contemplaba una estatua, señor.

-¿Una estatua?... ¿Qué estatua, si puede saberse?

No entiendo de esas cosas, señor. Tan sólo soy un humilde fabricante de embutidos. Sin embargo, creo recordar que era... un desnudo.

-¿Un desnudo de hombre o de mujer?

-Me pareció algo así como un ángel, señor.

-¿Un ángel, eh?... ¿Y qué parte del desnudo contemplaba?

No lo sé, señor. Yo... Yo...

El interrogador sonrió con los titubeos del fabricante -175- de embutidos y dirigió a los miembros de la asamblea una mirada de inteligencia. Todo iba bien.

-Prosigamos, ¿qué hizo usted entonces?

-Pues... me detuve sobresaltado, por unos instantes. Luego, reanudé mi camino lleno de temor, lo confieso.

-¿El paseante advirtió su presencia?

-Sí, señor. Y vino hacia donde yo me encontraba muy apaciblemente. Fue entonces cuando eché a andar de nuevo, como ya he dicho, señor.

-Y le agredió, ¿no es cierto?

-¿Agredirme?... No, no señor.

-Pero confiesa usted que tenía intenciones de hacerlo, ¿no es así?
-No lo sé, señor. Pasó junto a mí y...
-Y qué, ¿conteste!
-Me saludó con una sonrisa, señor.
-¿Le saludó?
-Sí, señor. Me saludó.
Pero... Vamos a ver, ¿le dijo algo o tan sólo fue un gesto, un ademán?
-Me dijo: buenas noches, amigo.
-¿Buenas noches, amigo?... ¿Cómo se explica... Está usted absolutamente seguro de que le dijo buenas noches, amigo?
-Lo recuerdo bien, señor. Me dijo: buenas noches, amigo. Y me sonrió.
-¿Sabe usted que está bajo juramento?
-Sí, señor.
-Está bien. Y dígame, ¿cómo era el paseante?
-¿Que cómo era?... Pues, si me permite, como usted o como yo... Perdone, señor. Quiero decir que como una persona más.
-Pero, ¿no notó usted en él algo... algo diferente, extraño, singular?
-No, señor. Aunque acaso...
-¿Acaso?
-No estoy seguro, señor, pero me pareció un hombre cansado, infinitamente cansado.
-¿Cansado?... No lo entiendo. En fin, dígame, ¿a qué velocidad suele usted caminar?
-176-
-¿Que a qué velocidad suelo...? Pues... a unos cuatro o cinco kilómetros por hora.
-Perfecto. Y ahora, una última pregunta, ¿cuál cree usted que sería la velocidad del paseante?
-Andaba despacio, desde luego, muy despacio. Yo calculo que... No iría a más de un kilómetro por hora, señor.
Y aunque si bien es cierto que las últimas palabras del testigo Ovidio Silva, fabricante de embutidos, levantaron de nuevo un sordo murmullo de asombro e indignación, de entre los comicios, también es verdad que ninguna luz se arrojó sobre el asunto, toda vez que la comisión especial designada al efecto todavía se encontraba elaborando pacientemente el anteproyecto del instituto de investigaciones, el cual, en su día, iba a ser órgano regulador de las velocidades de desplazamiento de los viandantes, en virtud de su salud, titulación facultativa, renta «per cápita», etcétera, como ya queda escrito y aprobado por unanimidad. Pues según se desprende y a la vista de las acuciantes circunstancias, el burgomaestre decidió depositar el gobierno de la ciudad en las lúspidas manos del mariscal Galerio Delcourt. No fue una decisión nada fácil, el burgomaestre derramó, incluso, unas patricias lágrimas de dolor, pero la república estaba, sin embargo, al borde de una guerra civil: se decía ya que el paseante había ocupado la vieja ciudadela del Norte. Galerio Delcourt recibió con secreto regocijo el mensaje cifrado de acuerdo con la criptografía de los samoyedos, pero no se apresuró. Se hizo espolvorear todo el cuerpo con finísima harina de arroz, vistió su uniforme de gran gala y ciñó su invicto sable, en cuya hoja se leía: Peace is our profession. Luego, al frente de su aguerrida, aunque escasa, tropa,

abandonó sus fríos cuarteles de montaña y se dirigió hacia la capital. Durante muchos años, desde que concluyeran las luchas revolucionarias, el mariscal Galerio Delcourt, vencedor en ciento una batallas de los ejércitos de la liga noble, había aguardado esta ocasión, siempre a extramuros de la enriquecida ciudad, como determinaban las propias leyes constitucionales que él había jurado.

-177-

Los heraldos anunciaron su llegada y la multitud le prodigó una ovación delirante: Galerio Delcourt, el olvidado, regresaba de su destierro, para devolverles la paz y la prosperidad.

En palacio, resonaron por galerías y antesalas, el tintineo de las espuelas del mariscal y de sus veteranos oficiales. Dos ujieres abrieron a su paso las amplias puertas del salón del concejo y todos, ediles, magistrados y notables, se pusieron respetuosamente en pie. Galerio Delcourt se cuadró ante el burgomaestre y le saludó con enérgica marcialidad. Entonces, el burgomaestre, con visible y honda emoción, lo besó en ambas mejillas, tosió con estrangulado disimulo a consecuencia de aquellos irritantes polvos de arroz, e hizo entrega al mariscal del pergamino lacrado y sellado en donde se le confería el más absoluto poder, hasta que lograra conjurar definitivamente cualquier amenaza de daño o peligro para la república.

La diligencia de Galerio Delcourt superó todo posible vaticinio. En muy pocas horas, disolvió la asamblea plenaria de ediles y el consejo de intérpretes de la ley, decretó la leva de todos los jóvenes y declaró la ciudad en estado de sitio.

Ante tales medidas, el burgomaestre se mostró ligeramente contrariado. Galerio Delcourt le advirtió que sólo así conseguirían capturar al paseante y reintegrar a la comunidad el anhelado sosiego de otrora. Galerio Delcourt fijó, de pronto, su atención en el semblante del burgomaestre, estáis pálido, excelencia, sin duda vuestro grande esfuerzo en el gobierno del país os ha quebrantado la salud. Me atrevo a sugeriros un período de descanso, en cualquier lugar tranquilo, en Acapulco, si os parece. Convaleced en paz, excelencia. Y aunque el burgomaestre alegó que ni tan siquiera sabía dónde se encontraba Acapulco, aquella misma tarde abandonó la ciudad, en compañía de su médico de cabecera y escoltado por un escuadrón de dragones.

Las disposiciones del mariscal se sucedieron a partir de entonces. Convencido de que el paseante entrañaba -no una conspiración interna, de acuerdo con la tesis de Ciro Adra-, sino más bien la señal inequívoca de una futura -178- invasión de cualquier país vecino, militarizó la industria, fortificó la ciudad y prohibió el tráfico de caravanas, por cuanto a su cobijo podían introducirse subrepticamente nuevos agentes y saboteadores enemigos. Y, por si acaso, Galerio Delcourt era muy sagaz, urdió una vasta red de poderosos artefactos para vigilar los espacios siderales.

Por otro lado, ordenó que las emisoras de radio y televisión transmitieran «slogans» cautelosos: «Desconfía de los demás», «El paseante puede estar en tu propia casa, en tu propia oficina, en tu propia fábrica», «Padres, vigilad a vuestros hijos. Hijos, vigilad a vuestros padres». Y así, mil cuarenta y dos más por el estilo.

A todo esto, el prefecto mayor recibió instrucciones drásticas: ya no podía actuar libre y enérgicamente. Los hombres de la seguridad nacional se lanzaron, por fin, a una búsqueda tan afanosa como inútil: el paseante había desaparecido y ya nunca jamás volvió a saberse de él. Tan sólo cuando Ciro Adra, leyendo y releendo el minucioso informe y haciendo cábalas y conjeturas con tanto dato acopiado, creyó vislumbrar un indicio esclarecedor acerca de la enigmática identidad del paseante, el mariscal Galerio Delcourt, que supo de aquellas incómodas indagaciones, decidió que el prefecto que tantos y tantos servicios había rendido ya a la república, debería dedicarse, en aquel punto y para el resto de sus días, a la pesca de la trucha a la que tan aficionado era.

Una noche, Ciro Adra dispuso apaciblemente los aparejos, cenó con apetito y se acostó. A la mañana siguiente, con las primeras nieves de aquel invierno, Ciro Adra salió de la ciudad.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo